ELEMENTOS
DE MEDICINA
DEL DR. JUAN BROWN

SECRETARIO DE LA SOCIEDAD

DE ANTIQUARIOS DE ESCOCIA:

AMPLIFICADOS POR

D. JOSEPH MARIANO MOZIÑO,

Profesor Médico en esta Capital, y Botánico de las Reales expediciones facultativas de Nueva España.



TOMO PRIMERO.

Impresos en México por D. Mariano de Zúñiga y Ontiveros, calle del Espíritu Santo, año de 1803.

Omnia probate, quod bonum est, tenete.

Exâminad todas las cosas, y aprovechaos de la que fuere buena. Epist. 1. Thessal. cap. 5. ℣. 21.

Parecer del R. P. Dr. Fr. Ramon Casaus, del sagrado Orden de Predicadores, Catedrático del Doctor Angélico en la Real y Pontificía Universidad.

Exmô. Señor.

» LA Obra de *Brown* ó contiene verdades de las mas » importantes para la vida y salud de los hombres, » ó contiene errores de igual importancia. Por lo que » hace á mí, soy de parecer que contiene verdades, y » tales, que merecieran la atencion de los Legisladores. » El sistema de *Brown* es un objeto de interes nacional, » quanto pueda serlo qualquiera otra cosa. » Con esta sola reflexîon del célebre Franks, honor de la brillante Universidad de Pavía, puede V. E. penetrar quan oportuna y aun necesaria será la publicacion de este sistema ampliado y aclarado por el docto y laborioso profesor Don Joseph Mariano Moziño, quien puede disputar la gloria de la claridad y elegancia, de la exâctitud y valentía al famoso Weikard, ex-Consejero de Estado, que sentado junto al trono del Emperador de Rusia, ha esparcido por toda la Europa la importante noticia de este sistema sencillo y luminoso. Igual beneficio recibirá la América de la impresion de la obra de Moziño; y me parece la demanda no solo el honor de la facultad médica, para no juzgar el sistema sin conocerlo, sino el interes de la salud pública, á fin de que guiados por tan sencillos principios, sepamos en caso necesario á quienes háyamos de confiar nuestra salud y vida. El insigne Valenciano Luis Vives, el restaurador, como Verula-

mio, de las ciencias y artes corrompidas, se condolió altamente en su tiempo del estado infeliz de la Medicina; siendo así que ninguna pide mas exâctitud, certeza de principios, desvío de hipótesis filosóficas, tino en la práctica, observacion constante, conato en asistir á los enfermos &c.; porque sus profesores tienen un derecho de vida y de muerte, no concedido á potestad humana, y que lo exercen seguros, por lo comun, de la impunidad aun de los yerros mas enormes. El mismo Vives, de cuyas reflexîones me valgo, hace tanto caudal (*lib.* 4. *de trad. Discipl. p.* 351. *impr. de Nápoles año* 1764.) de la confianza que el enfermo ha de tener en la habilidad del profesor, que da por primer consejo „ el que el médico „ no tenga enfermedad grave, no esté pálido, ni en su „ rostro presente la imágen de la enfermedad (ó de la „ muerte): no se le diga luego lo del Evangelio: *Médi- „ co, cúrate á tí mismo.* Porque ¿qué esperanza concebirá „ de su médico el paciente, quando ve que su arte á él „ mismo de nada le aprovecha? *Tum ob aegrotorum fas- „ tidia vestiatur nitidè magis, quam splendidè.*„

Los profesores sabios que aprecian la salud y vida de sus semejantes, que estimulados de su honor y conciencia, pesan, exâminan, calculan para encontrar una luz benéfica en los mayores conflictos de su corazon, que son los casos en que se decide la suerte de un hombre; estos beneméritos profesores meditarán sin duda este sistema, para decir al mundo, si es tan sólido como brillante, si es mas útil y certero, ó mas pernicioso y falso que los ya desechados por consentimiento universal. Ellos demostrarán, si Brown fué un médico geómetra, comparable á Descartes en la exâctitud, pero como Descartes forjador de quimeras luminosas; ó si mas bien ha sido el sabio y profundo intérprete de la naturaleza viviente, destinado por su Autor á ser, como el profundo

Newton en la Física, quien hallase la ley sencilla de que pende su exîstencia y conservacion.

Al contrario, si hubiere médicos que ni sepan ni quieran saber lo que se ha adelantado en las ciencias naturales; que se espanten con solo el nombre del autor, como de un barnizador de sistemas viejos reprobados, estos hallarán en la obra algunos caústicos para su desorganizado cerebro, en pago de los inútiles que ellos habran aplicado á cien pacientes; y quizá se curarán sus dolencias intelectuales, como ya Weikard habrá curado á muchos con los estimulantes de su Prefacio. Y si ni así queda esperanza, el público se precaverá no hallándoles raciocinio: tomará una suficiente tintura en esta obra para poder discernirlos: traerá á la memoria la comedia de Moliere *el Enfermo imaginario*, donde se les pinta con caracteres fixos, como Lineo describe tambien á las plantas venenosas; y en fin se guiará por lo que decia Boileau Despreaux del médico Perrault, que temia á sus remedios, y no á sus amenazas, (*Letrre* 11. *au Duc de Vivonne*) porque se resintió agriamente de la pintura que de él habia hecho (1) como de un monstruoso asesino.

Quando unos profesores, acreditados ántes, sacrificando sus propios intereses, vienen á decirnos con ingenuidad, que estaban equivocados y atrasados en las

(1) L' art poetique, chant IV.
» Dans Florence jadis vivoit un Medecin
» Savant hableur, dit-on, et celebre assassin.
» Lui seul y fit long-temps la publique misere.
» Lá le Fils orphelin lui redemande un Pere,
» Ici le Frere pleure un Frere empoisonné.
» L' un meurt vuide de sang, l' autre plein de séné.
» Le rhume à son aspect se change en pleurésie;
» Et par lui la migraine est bien-tôt phrénésie
» Il quitte en fin la Ville, eu tous lieux détesté. »

nociones médicas, casi no es posible desconfiar de su probidad: y esta confesion espontanea los hace acreedores á la pública estimacion y á una fama duradera.

Por todas estas consideraciones, y por no haber en la obra nada contrario á nuestra santa Fe, buena moralidad, y Regalías de S. M. (D. L. G.) me parece muy digna de imprimirse. Este es mi dictámen, sujeto al mas ilustrado de V. E.

Colegio de Porta-Coeli de México, 6 de Agosto de 1802.

EXmô. SEÑOR.

Dr. Fr. Ramon Casaus.

Parecer del Br. Don Joseph Vazquez Médico exâminado residente en esta Capital.

SEÑOR PROVISOR.

OBEDECIENDO el superior decreto de V. S. he leido con la mayor atencion el tomo primero de Elementos de Medicina del Dr. Juan Brown, amplificados por Don Joseph Mariano Moziño profesor médico en esta capital &c. y desde luego supongo de la hombría de bien del segundo la fiel traduccion del primero, por carecer del original, y no venir éste agregado, sin duda por no abultar demasiado. El que esta obra vea la luz pública es el medio para que se instruyan en su nueva doctrina los profesores de Medicina, y puedan discurrir y hablar sobre ella con conocimiento de causa: y por esto y no contener cosa alguna contra nuestra santa Fe, buenas costumbres, y Regalías de S. M. (Q. D. G.) puede V. S. conceder la licencia que se solicita para su impresion. Este es mi parecer, *salvo meliori*. México y Junio 4 de 1802.

Joseph Vazquez.

LICENCIA DEL GOBIERNO.

El Exmô. Señor D. Felix Berenguer de Marquina, Teniente General de la Real Armada, Virrey, Gobernador y Capitan general de esta N. E, &c. visto el Parecer antecedente del R. P. Dr. Fr. Ramon Casaus, concedió su licencia para la impresion de esta Obra por su Decreto de 11 *de Agosto de* 1802.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

El Señor Dr. D. Joseph Maria Bucheli, Juez Provisor y Vicario general en Sede vacante de este Arzobispado, visto el Parecer que expuso el Br. D. Joseph Vazquez, concedió su licencia para la impresion de esta Obra, como consta por su Decreto de 2 *de Julio de* 1802.

PRÓLOGO DEL AUTOR.*

Gastó el Dr. Juan Brown mas de veinte años en aprender y enseñar la Medicina, sin que hubiera parte alguna de esta facultad á que no dedicase la aplicacion mas escrupulosa. Pasó su primer quinquenio oyendo las lecciones de los maestros mas sabios que tenia en aquella época la famosa Universidad de Edimburgo, imponiéndose á fondo en sus doctrinas, creyéndolas ciegamente, y posesionándose de ellas con el mismo ahinco que si fueran la herencia mas quantiosa. Empleó los cinco años inmediatos en explicar, con la mayor claridad, cada uno de los ramos de esta ciencia, cultivándolos y puliéndolos con toda la sutileza de su talento. De los diez años

* Lo es en todo lo substancial, y será muy fácil conocer que no son expresiones de Brown, las que no estarian bien en su pluma, por ser elogios suyos.

para arriba comenzó á dudar acerca de la solidez de los principios en que estaba tan imbuido; porque ninguno de ellos habia podido aquietar su entendimiento, dispuesto naturalmente para la exâctitud. Siguióse á esto el resfriarse ya en su estudio, y llorar con muchos hombres ilustrados, y con el mismo vulgo, la desgraciada suerte del arte saludable, que veía lleno de opiniones inciertas é incomprehensibles. Le arrancaba las lágrimas el considerar que se le habian pasado ya tres lustros sin fruto, sin aquella dulce satisfaccion que esperaba una alma deseosa de conocer á la naturaleza; y aumentaba su dolor el haber malogrado tan grande parte del tiempo mas precioso que tiene la vida del hombre qual es el de su juventud. En el último quinquenio fué quando nuestro autor, á manera de un caminante que andaba perdido entre las espesas sombras de la noche, sin una sola vereda por donde dirigir sus pa-

sos, percibió la primera luz de la verdad, obscura todavía ciertamente, y que apénas podia llamarse crepuscular.

Trece años ántes de escribir su inmortal obra, quando tenia 36 de edad, fué atacado de la primera accesion de gota. La mayor parte del tiempo anterior habia disfrutado buena salud, y no habia precedido otra novedad á semejante ataque, que el haberse sujetado á alimento mas parco que el acostumbrado algunos meses ántes de la invasion. Duró la enfermedad cerca de quarenta dias, y no le volvió hasta seis años despues, precedida, como al principio, de haber disminuido por algunos meses el alimento que acostumbraba. Su edad era entónces la mas vigorosa, y su constitucion muy buena, exceptuando el vicio gotoso, y aquella poca debilidad que le habia inducido una desusada abstinencia. Segun la antigua opinion de los médicos, se decia, que aquella enfermedad provenia

de la llenura y del vigor demasiado, y por consiguiente, se le prescribía el alimento vegetal, y se le prohibía el uso del vino; prometiéndole que, como observara este régimen escrupulosamente, no volvería á molestarle aquel achaque. Pasó con el método referido un año entero, y en este espacio de tiempo le dieron quatro accesiones de las mas violentas y mas largas que habia experimentado. A excepcion de solos catorce dias, todos los otros de tan largo intervalo tuvo que pasarlos entre tormentos y cojeras.

No era el entendimiento de Brown como el de otros gotosos que, indolentes en medio de sus penas, no reflexîonan sobre sí mismos, abandonándose, ó á la desesperacion que inspira la idea de tener un mal incurable, ó á la ciega confianza en los remedios, que aunque nunca los han sanado, no obstante esperan que puedan sanarlos alguna vez. Brown se aprovechó

de su desgracia, y sacó de ella un fruto que debe agradecerle mucho el género humano.

Si la abundancia de la sangre y el vigor excesivo de mi constitucion son la causa de mis males, se decia á sí mismo, ¿de donde viene que quando mi vigor va decayendo y disminuyéndose mi sangre, sean mis ataques mas largos y mas molestos? ¿En qué consiste que no me hubiera dado esta enfermedad doce ó quince años ántes, quando era mayor la cantidad de mi sangre y excesivo realmente mi vigor; y que ahora me atormente con mas crueldad, despues de la larga y considerable diminucion de mis alimentos? ¿Qual es la causa de que entre la primera accesion y estas últimas, quando habia vuelto á mi ordinario método de vida, no me hubieran invadido, y lo hayan hecho con tanta freqüencia y con tanta acerbidad, despues que se ha rebaxado tan enorme cantidad

y por tan largo tiempo de la materia única de que se forman el quilo y los humores? ¿De qué procede que en las dos veces que mas me he abstenido de los alimentos, me ha venido este insoportable paroxîsmo? Todo esto meditaba Brown en medio de sus dolencias; y como unas dudas producen otras á los que saben dudar filosóficamente, se hizo á sí mismo otro nuevo interrogatorio, que sirvió para resolver todas las qüestiones anteriores. ¿Qué es lo que hacen los alimentos y los demas socorros de la vida en la primera época de ella? Dan vigor y robustez. ¿Y qué hacen despues? Van dando sucesivamente ménos. Y quando la vida está cerca de su fin, ¿qual es el efecto que producen? Estan entónces tan distantes de vigorizar, que debilitan manifiestamente; y si reflexîonamos bien, hallarémos que la vida fenece por la accion de las mismas potencias ó de los mismos auxîlios que la conservaban,

precediendo ordinariamente las enfermedades á su total exterminio.

Muera el hombre de la enfermedad que muriere, ninguno podrá negar que la debilidad es precursora de su muerte. En este artículo convienen los médicos; y aunque ellos no convinieran, convendrian sin falta quantos hayan visto á los moribundos. Todos ellos mueren débiles, y la extrema debilidad es la precursora infalible de la muerte. Resultando pues esta, no solo de la falta de los auxîlios conservadores de la vida, sino tambien de su abundancia; y siendo evidentísimo que la muerte es el término de la debilidad, y que ésta no se corrige sino por unos medios que confieran vigor, le vino á Brown la felicísima idea, de que podia haber una debilidad que procediese, no de la falta, sino de la abundancia de las mismas potencias que la quitan. Juzgó, con mucha razon y con gran propiedad, que esta de-

bia llamarse *debilidad indirecta.*

Conoció que la causa de sus males era una debilidad de esta especie; y aprovechando su hallazgo, trató de fortalecerse, siendo el efecto tan feliz, que en el espacio de dos años apénas sintió una accesion muy ligera, que no equivalía ni á la quarta parte de las que habia sufrido en el tiempo de su científica abstinencia. Qualquiera médico experimentado en el tratamiento de los gotosos, conocerá que esta enfermedad hubiera atacado á Brown, por lo ménos, en iguales épocas que le atacó anteriormente; y acaso no dificultaría presagiar, que las accesiones hubieran sido seis en lugar de quatro, manteniéndose en el mismo régimen que le probó tan mal. Quando lo varió, no tuvo en dos años mas que un solo paroxîsmo, que no igualó ni en vehemencia ni en duracion á una quarta parte de los que habia padecido anteriormente. Multipliquemos pues 12 por 4,

y nos saldrán 48: cálculo que nos hace ver demostrativamente que Brown por el método que le dictó el raciocinio, sacado de su calamidad, reduxo su mal á uno, en lugar de 48, que hubiera sufrido si hubiese continuado sujeto á las preocupaciones antiguas. En el primer año no usó mas alimentos que los vegetales, y tuvo quatro accesiones, que le ocuparon todo aquel tiempo, sin mas intervalo que el de catorce dias, que tampoco fueron en el todo buenos: en los dos siguientes usó alimento de carne, y escogió el mas nutritivo. Procuraba no excederse en la cantidad; pero elegía el de mejor calidad.

Un jóven que vivia en su casa, y padecia freqüentes accesiones asmáticas de mucha gravedad, se curó de la misma manera, en términos que hasta pasados dos años no experimentó mas que una sola accesion, quando ántes tenia que tolerarlas diariamente.

Despues, habiéndosele objetado muchas veces que no podia tener la gota por causa continente á la debilidad, respecto á venir acompañada de inflamacion, no dudó de que esta misma se originaba de la debilidad, y determinó correr el riesgo de exponerse á la prueba, para averiguar demostrativamente la verdad. Un dia que se hallaba atacado de la gota, convidó á sus amigos á comer: bebió alegremente, y dentro de dos horas sintió restablecido el uso del pie, en que ántes de comer sentía un dolor tan vivo, que no le permitía tocar el suelo. Esta prueba á *posteriori*, le acabó de convencer del carácter asténico de la inflamacion, compañera de la gota.

En adelante fué experimentando iguales efectos favorables con su método fortificante en la *angina pútrida*, en la *gangrenosa*, en la *reumatalgia*, que pésimamente llamaron *reumatismo crónico* los otros médicos, y en el fin del tabardillo que se cree

atacar algunas veces al celebro.

Como la gota afecta al canal alimentario, y muchas veces se presenta acompañada de unas turbaciones en estos órganos, muy semejantes á las de la dispepsia ó debilidad de las fuerzas digestivas; deseoso Brown de conocer la afinidad que habia entre estas enfermedades, trató á los dispépticos con los mismos remedios estimulantes que á los gotosos, y el éxîto fué tan feliz en un caso como en otro. Conducido, como por la mano, por este raciocinio analítico, fundado en una induccion juiciosa, aplicó su método á todas las enfermedades espasmódicas, á todas las convulsivas, y casi á todas las de los niños, con éxîto correspondiente á sus esperanzas.

Investigando despues los mismos afectos espasmódicos y convulsivos en los instrumentos del movimiento voluntario, descubrió felizmente que eran de una misma naturaleza que los otros, pero de una ve-

hemencia mayor; sirviéndole de prueba las prontas y venturosas curaciones que logró en los espasmos y en los dolores de varias partes externas del cuerpo, y aun en la misma epilepsía y en el tétano. Esta razon, poderosísima en sí misma como que no se funda en vanas teorías, y sí en una experiencia dirigida sabiamente, le hizo percibir, que no pendian de abundancia de sangre, sí solo de su escasez, y de las otras causas productivas de la debilidad, y que por lo mismo no debian curarse con sangrias ó *extracciones* de los otros humores, sino con un régimen nutritivo, y con el restablecimiento del vigor arruinado, innumerables enfermedades, contra las quales, por reputarse inflamatorias, estaba incesantemente desembaynada la lanceta.

En la primera época de estas nuevas, pero muy luminosas ideas, se contentaba Brown con atacar las accesiones de la gota por el uso del vino y otras bebidas de

igual energía, juntamente con los alimentos nutritivos de buenas carnes, bien condimentadas; y difería, por entónces, la aplicacion de los remedios mas poderosos. Pero despues, atreviéndose mas quanto su razon mas le ilustraba, echó mano de ellos con indecible felicidad, pues logró vencer las accesiones siempre que invadian, y restablecer prontamente la salud en quantas ocasiones la maltrataba la gota. El que consulta á la naturaleza en sí misma, y tiene un ánimo dispuesto para oir con docilidad sus respuestas, casi nunca se queda sin el premio condigno de sus pesquisas. A Brown le tocó el de hallar en el ópio el arcano contra la gota, deseado en todos tiempos, y desesperado ya de encontrarse en los siglos venideros. El ópio es este arcano, experimentado en la misma persona de su inventor y en otras innumerables. Tres años se le pasaron sin sentir las incomodidades de esta cruel enfermedad mas

que por unos pocos momentos, pues con el uso del ópio quedaba inmediatamente sano.

Enseñado con estas lecciones, halló tambien, que aquellos fluxos de sangre que impropiamente se llaman hemorrágias, no pendian de la abundancia de este líquido vital, ni tampoco del vigor; sí solo de su escasez, y de la debilidad procedente de otras causas: por cuyo motivo los excluyó de las enfermedades esténicas, entre las quales los habia colocadc al principio, dándoles el lugar que le correspondía entre las astenicas ú originadas de debilidad. La experiencia y la recta observacion le hicieron deshechar tambien las falsas ideas que le habian inspirado los maestros de la doctrina concerniente á las hemorragias. Notó en su práctica, que las sangrías y otras evacuaciones, la inédia, el frio, y el método que vulgarmente se llama refrigerante, léjos de curar semejantes fluxos, los empeoraban, y no pocas ve-

ces los producían; quando por el contrario, servía de remedio único el método estimulante, el mismo vino y el aguardiente, que los médicos anteriores habian reputado tan perniciosos en estos casos, siendo los auxîlios mas enérgicos con que la experiencia le enseñó debia combatirlos. Con este hallazgo acabó de distinguirse entre todos los otros médicos que le habian antecedido, é hizo dar al arte saludable un paso, para el qual sus mismos cultivadores le tenian entorpecidos los pies. Brown vió que eran muchísimas las enfermedades en que á los otros profesores les parecia estaba muy abundante la sangre, quando en realidad se hallaba escasa: que de su escasez, igualmente que de la falta de los otros estímulos, se habia originado la debilidad, y que por consiguiente debian aplicarse unos auxîlios estimulantes, proporcionados á la magnitud del daño de que la máquina estaba resentida.

Por igual camino, llevando siempre delante aquella luz que debe gobernar á los médicos en su diagnóstico y en su método curativo, llegó á conocer que las calenturas, tanto intermitentes como continuas, tenian una misma causa y demandaban una misma curacion.

Así la naturaleza lo fué llevando como por la mano al rededor del grande círculo que forman las enfermedades, indisputablemente, hijas de la debilidad. Viendo su orígen comun; palpando que todas ellas no formaban mas que una familia, entre cuyos individuos no habia otra distincion que la de la magnitud, creyó, con aquella solidez que no habrá quien pueda rebatir, que todas ellas indistintamente debian tratarse con un método estimulante, en que no hubiera otra diferencia que la mayoría; así como un padre viste á sus hijos de una misma tela, sin gastar en cada uno de ellos igual número de varas

quando son diferentes sus tamaños.

Por lo que toca á las enfermedades de naturaleza opuesta, que son las que llamamos esténicas, y llamaron flogísticas nuestros mayores: estas enfermedades, cuya causa y método curativo no habian alcanzado á conocer todos los médicos anteriores, Brown es el primero que las pone á toda su luz. Desde Hipócrates, hasta él, média un inmenso espacio de tiempo: al anciano griego lo escogió la naturaleza para su historiador fiel, veraz, imparcial, que refiriera desnudamente sus hechos y recogiera sus presagios: á Brown lo eligió para intérprete de su conducta y de sus auxílios: el Adan de los médicos da la mano á su primogénito, engendrado al cabo de millares de años.

Éste conoció, que la inflamacion en las enfermedades procedentes de un exceso de vigor, no era causa, sí solo efecto ó síntoma de ellas; y que tanto la enfermedad,

como este síntoma ó efecto suyo, dependian solamente de aquel estado del cuerpo que llamamos *diátesis*, el que consiste en un exceso ó en una falta de vigor; y que solo quando la tal diátesis era muy vehemente, nacía el peligroso síntoma de una inflamacion local. Gobernado siempre por los principios de una lógica muy exâcta, experimentó primeramente en sí mismo, y despues en otros muchos, que el catarro no dependia del frio, como lo habia creido el vulgo hasta de los mismos médicos, sino del calor y de los otros estímulos conocidos; y que se curaba con el frio y con los otros auxîlios debilitantes. Este hallazgo lo conduxo naturalmente á exâminar con sensatez los síntomas catarrales en el sarampion; y en este escrutinio, felicísimo para el linage humano, se apesaró de encontrar al grande Sidenham seducido por los médicos que tenian en el mas alto concepto á los alexîphármacos, ignorante de

las enfermedades asténicas, quando habia sido tan feliz en promover la curacion de las esténicas ó flogísticas: y como los síntomas catarrales son la parte mas peligrosa del sarampion, era imposible emprender la curacion separada de ellos, sin que al mismo tiempo se procurase por los mismos medios la de toda la enfermedad.

De este pensamiento, cuyo autor original es Juan Brown, resultó, que el método refrigerante y antiflogístico, se palpase no ménos útil en el sarampion que en las viruelas; y que las advertencias de Sidenham acerca de las últimas, fuesen aplicables con igual ventaja en el primero. En sus propios hijos experimentó Brown la utilidad del método refrigerante en el sarampion. Él fué el que instruyó al orbe entero acerca de la verdadera causa de las enfermedades que hemos llamado flogísticas: él amplió, él enriqueció, él explicó, y él reduxo su curacion á unos principios constantes.

Todas las enfermedades comunes las reduxo á solas dos clases, *esténica* y *asténica*, flogística y antiflogística, que decian nuestros antepasados; y con esto descargó á nuestra pobre memoria de aquel inmenso catálogo de nombres con que la abrumaban los nosologistas, y que á qualquiera médico que no la tuviera tan feliz como Xerxes, era preciso que costase muchísimo trabajo el retenerlos. Demostró muy bien, que las enfermedades de la primera especie consistian en una excitacion demasiada, y en la defectuosa las de la segunda; que aquellas debian curarse, y se curaban de hecho, con los remedios debilitantes, y éstas con los estimulantes; que las lesiones productivas de las primeras, eran los verdaderos auxîlios contra las segundas; y tambien las productivas de éstas, eran los correctivos de aquellas; y que unas y otras obraban del mismo modo que las potencias sostenedoras de la salud, va-

riando solamente en la magnitud. Extendió á las plantas la misma doctrina, y propuso un principio general, que ilustran y confirman quantos fenómenos se observan en los vivientes. Despues de esto, ¿no podrá decirse que la Medicina, arte conjetural hasta nuestros dias, poco coherente consigo misma, y enteramente falsa en muchísimas de sus partes, se ha elevado al grado de cierta, y que puede ya llamarse ciencia de la vida? Díganlo los lectores sabios y despreocupados que tomen la pena de comparar los fundamentos y raciocinios de esta doctrina, con quantos sistemas médicos ha habido en todos los siglos precedentes.

Nosotros quedamos asegurados en fuerza de nuestra persuasion y convencimiento, de las ventajas que por este medio logrará el género humano, hallando simplificadas las nociones de los médicos, mejor determinadas las enfermedades por sus causas

productivas, mejor tomadas las indicaciones, y mejor aplicados los remedios con el órden electivo, que debe emplearlos el profesor que no quiera vivir confundido entre los curanderos ignorantes.

DISCURSO PRELIMINAR.

No ha habido doctrina médica sobre la qual se haya hablado mas en esta capital y en todo este reyno que la del célebre escoces Juan Brown, ni tampoco hay otra sobre cuyo mérito hayan formado algunos facultativos juicios mas llenos de preocupacion y con ánimo mas precipitado. Repletos de sus opiniones rancias; amantes con extremo de la reputacion adquirida entre la ignorancia popular, han puesto el mayor empeño en desacreditar los principios mas sencillos y mas exâctos que han aparecido hasta ahora en el arte de curar. Sabemos muy bien lo dificultoso que es desarraigar las preocupaciones envejecidas: nos consta, con sumo dolor, ser una empresa que toca en los límites del imposible, el hacer que un presumido de sabio, en qualquiera profesion, confiese al fin los

errores en que ha vivido, y reconozca la limitacion de su entendimiento. Ya Horacio nos habia dicho, que los ancianos reputan por infamia suya el obedecer á los que tienen ménos edad; y que se creerian afrentados, si confesaran en la vejez que era preciso perder el fruto de los estudios á que se dedicaron quando niños. Weykard, primer médico del emperador de la Rusia y su consejero de Estado, hablando de las sentencias de Brown, que adoptó ántes que nosotros, dice lo que nosotros diríamos sin que nos lo dictara aquel grande hombre, que *el mudar de opiniones no es obra de cabezas ordinarias.*

Con efecto, los que analicen las perniciosas conseqüencias del amor propio; los que hayan observado el tiránico imperio que exerce sobre nuestra racionalidad este cariño de preferencia que tenemos respecto de nosotros mismos, concebirán bien la grandeza de alma que se requiere para

confesar ser errores los que por mucho tiempo nos han parecido verdades, y con cuya posesion habiamos labrado nuestra fortuna. Cullen desconfiaba justamente de que su sistema, mas sólido, mas juicioso y mas reflexîonado que el de sus antecesores, tuviese cabida en las preocupadas imaginaciones de los viejos, acreditados en el arte por muchos años.

La Medicina, no solo desde Hipócrates, sí tambien desde Esculapio, ha estado perpetuamente sujeta á continuas vicisitudes, que son la prueba decisiva de su falta de exâctitud. Es acaso mas antigua que la geometría; pero quando las otras ciencias naturales han llegado á una altura en que no sabemos si tienen mas que subir, ella sola quiere mantenerse estacionaria, como si ya no contuviera punto alguno disputable, y sus decisiones tuvieran entre las ciencias físicas la misma autoridad que en la Teología tienen las verdades reveladas.

Son inalterables éstas, porque dependen del oráculo divino, que en sí mismo trae todos los caractéres de su infalibilidad. Pero ¡señores médicos! ¿nos arguireis, en vuestra llamada ciencia, con unos principios tan claros y tan indisputables como son los de la geometría ó qualquiera otro ramo de la física demostrativa? ¡Lectores! Estad persuadidos, á que la Medicina es ciertamente la mas atrasada de todas las ciencias naturales: sus cultivadores mismos, los mismos que viven de ella, ponen obstáculos muy grandes para su adelantamiento: presagian su ruina, si ella se depura de todo lo misterioso, si se llegan á simplificar y facilitar sus principios, y si se convierte en ciencia exâcta, la que hasta ahora no ha sido mas que un arte conjetural, que necesita una reforma casi absoluta para ser de utilidad verdadera. Las opiniones hipotéticas casi nunca salen de su esfera; de ordinario estriban en supuestos

arbitrarios ó equivocados, de que no pueden derivarse conseqüencias que no sean hijas de semejantes principios.

No ha sido corto el tiempo en que nosotros hemos estado imbuidos de las mismas opiniones, bebidas en las propias fuentes que los actuales perseguidores de nuestra doctrina: viviamos, como ellos al presente, muy satisfechos de nuestra suficiencia; y á la sombra de ella, eran mayores nuestros créditos y nuestras comodidades. El mudar de sentimiento de ningun modo ha sido ligereza, sí solo efecto de un pleno convencimiento, y un justo homenage que todo hombre de bien está obligado á tributar á la verdad. Ninguno de nosotros mendigaba crédito: cada uno tenia el suficiente para vivir satisfecho; pero renunciamos con placer toda reputacion que no se funde en la justicia, prefiriendo el ser tenidos por singulares ó por innovadores, y tambien, si se quiere, por extravagantes,

á la infamia que creemos anexâ á los viles intereses adquiridos por medios impostores, y al amor propio sobrepuesto á la utilidad comun.

El género humano ha sufrido casi siempre la desgracia de que se procuren emplear los artificios de todas clases para privarlo de los inventos útiles en punto de Medicina. Ninguno se ha propuesto que no haya padecido crueles persecuciones por parte de los coetaneos. El mercurio, las preparaciones antimoniales, la quina y otras muchas cosas excitaron la emulacion de los médicos, que siempre vociferaban no ser su interes, sino el zelo de la salud pública, el que los obligaba á multiplicar escritos contra estos utilísimos remedios, y á implorar la autoridad del gobierno para su proscripcion. No obstante, á tales remedios deben la vida millares de hombres, que habrian perecido, si hubiera triunfado la preocupacion ó la malicia de sus ad-

versarios. Si nuestros lectores se acuerdan de lo mucho que se declamó contra la inoculacion de las viruelas en esta ciudad, quando ya en Europa estaban todos convencidos de sus ventajas, habiendo conocido con la mayor evidencia lo pernicioso que les hubiera sido seguir el dictámen del caprichudo Haen, verán el aprecio que merecen los que se oponen á todo lo nuevo, y creen que ya nada hay que discurrir ni que adelantar en el conocimiento de las enfermedades, en el de sus causas productivas, y en los medios con que deben combatirse.

La autoridad de nuestros antepasados, cuyo mérito no excita nuestra envidia por no haber vivido en nuestros tiempos, y porque no juzgamos competidores nuestros aquellos de quienes nos jactamos ser herederos: la autoridad de estos, repetimos, es uno de los manantiales fecundos de los enormes perjuicios que sufre la humani-

dad de parte de los médicos, que debian ser sus consoladores.

No hablamos al ayre, ni aventuramos proposiciones exâgeradas para alucinar la imaginacion de los incautos. Nuestros médicos, para no abandonar su practica de rutina, se abroquelan con los nombres de unos autores muy célebres en su tiempo, pero llenos de equivocaciones, que las edades subseqüentes han llegado á descubrir. En todas las ciencias naturales ha sucedido lo mismo: hubo célebres aristotélicos en el siglo duodécimo: escribieron bibliotecas enteras de física; pero prensando todos sus libros, no sale de ellos una sola gota de esta ciencia. Eran doctores en lo que ignoraban, y se reputaban como oráculos en lo mismo que no sabian; contentándose sus oyentes con repetir sus ideas y sus miserables frases, como los peñascos repiten en eco la voz del caminante. Se tenia por un gran sabio al que encomen-

daba á la memoria mayor número de errores: se creía que el entendimiento humano no podia llegar á donde llegó Aristóteles; y todo el mérito de los filósofos consistia en interpretar su mente, en repetir varios textos suyos, sin entenderlos muchas veces, y no pocas aplicándolos muy mal. ¿Habrá literato que no sepa las crueles persecuciones que sufrieron Descartes y sus discípulos por haber sacudido el tiránico yugo de las escuelas, y manifestado la crasísima ignorancia de los venerables representantes del anciano estagirita? Los ha habido tan atrevidos en esta clase, que han querido oponer sus débiles *blictiris* al raciocinio demostrativo del grande hombre que anatomizó la luz, y que determinó, sin medirla, la verdadera figura de la tierra, despues de haberse paseado con el entendimiento por los cielos, y probado el principio constante de la atraccion universal.

Grandes químicos fueron Staal y Boerhaave: por mucho tiempo se creyó que habia transmigrado á sus cuerpos el alma de Trismegisto; que la naturaleza les habia abierto sus profundos senos, poniéndoles á la vista el gran misterio de sus operaciones secretas; pero vinieron al mundo Lavoysier y otros químicos mas felices y mas sagaces, que hicieron desaparecer el flogisto imaginario, y nos dieron á conocer el oxîgeno y las otras substancias aeriformes que, siendo agentes muy poderosos en la naturaleza, no fueron conocidos de los que mas se empeñaron en escudriñar sus arcanos.

Si estas ciencias, que contaban con tantos y tan sabios promovedores, dedicados á ellas solamente, y que seguian un fenómeno con indecible constancia, exâminandolo por todos sus aspectos, viéndolo por todos sus puntos, han necesitado tantos siglos para llegar á la altura en que las ve-

mos, ¿habrá sido tan venturosa la Medicina en qualquiera de sus partes y en todas juntas para hallarse ya en términos de que se den por verdades averiguadas todos sus asertos? La anatomía, que ha estado sujeta puramente á los sentidos y á la destreza de las manos, todavía no está tan completa que no falte bastante que descubrir en ella, á pesar de lo mucho que se ha trabajado para perfeccionarla. Las otras partes de la Medicina, hasta nuestros dias, se han hallado defectuosísimas y muy fuera de estado de merecer el nombre de ciencias, á causa de lo falible de sus principios fundamentales, de la falsedad de sus aplicaciones y la incoherencia de sus raciocinios. Las teorías mas acreditadas no merecen otro nombre que el de novelas físicas, que hacen tanta fe en la historia natural, como en la civil las de doña Maria de Zayas y las de Cervantes.

La razon humana, como dice muy

bien Bacon de Verulamio, por lo comun no es otra cosa que el producto del error, y una confusa mezcla de opiniones aventuradas, adoptadas sobre la palabra de sus autores; de nociones pueriles que se han recibido sin distincion y exámen; y nosotros añadiremos, que despues se han sostenido por capricho y por terquedad. Este improperio debe hacerse con sobradísima justicia á la Medicina, segun el estado en que la vemos entre muchos de nuestros compatriotas, á quienes, no para su confusion, sí solo para su correccion y para utilidad del público, haremos ver claramente estas verdades, exponiendo las equivocaciones de aquellos grandes maestros á quienes se han propuesto imitar.

No tienen mas que recorrer los fastos de la Medicina desde sus principios, é ir viendo como unas sectas han ido destruyendo á las otras, y como en esta incesante fluctuacion de las doctrinas ha sido im-

posible que se fixen unas ideas inalterables que sirvan de basa fundamental para dar consistencia al arte. Solamente los hechos referidos con legalidad, como hizo el grande Hipócrates, podian ir dando los materiales para una induccion, que por la vía del análisis, elevara los conocimientos de los facultativos á formar unos teoremas, que sintéticamente instruyeran á los principiantes; mas, por desgracia, hemos tenido poquísimos médicos que se hayan dedicado á la observacion, sin mezclar sus hipótesis imaginarias, alterando los hechos, y atribuyendo tales ó tales efectos á causas que no habian podido producirlos. La creencia de que la Medicina no era mas que una continuacion de la Física, hizo siempre que los médicos aplicaran la buena ó mala que sabian, para la perfeccion de su facultad.

Galeno la volvió peripatética: los quatro elementos de Aristóteles lo induxeron

á suponer en el cuerpo humano quatro humores y quatro temperamentos, y á multiplicar las combinaciones quaternarias en todas partes. Su genio observador se eclipsó entre estas tinieblas, y los médicos que lo siguieron se contentaron con imitarlo, y aun excederlo en quanto tenia de malo, sin aprovecharse de lo bueno.

El justo desprecio que merecia la secta galénica, fué la causa ocasional de que naciera otro partido opuesto, mas monstruoso todavía y mas perjudicial al linage humano. Hablamos de los químicos que se llamaban así, y que pretendian aplicar sus imperfectos é infantiles conocimientos indistintamente á la economía animal. El xefe de esta escuela Paracelso, empeñado en confutar á los galénicos, y lleno de un necio orgullo con los aplausos que le daban los que admiran todo aquello que no entienden, comenzó á producir la nueva secta de los humoristas, que olvidados de

las partes sólidas del cuerpo, solo trataban de corregir sus vicios, enmendando á su parecer, la índole de los líquidos.

La Filosofía cartesiana, y la newtoniana, últimamente, dieron á la Medicina otra forma: de peripatética y química la convirtieron en mecánica; y este sistema, alucinador por sí mismo, baxo la tutela y el nombre de Boerhaave, llenó de médicos hidraúlicos á todo el orbe, y aun hoy nos tiene llena la mayor parte de la América, con notable detrimento de la salud de sus habitantes.

Es muy de notar cierto genio de condescendencia entre los profesores de todos tiempos, los que muy rara vez han desechado del todo las opiniones hipotéticas que encontraron establecidas. Por lo ménos, entre los boerhaavianos coetaneos nuestros hallamos un gergon de doctrinas galénicas, pseudoquímicas y mecánicas, tan indigesto y fastidioso, que excita mas nau-

sea en las almas lógicas, que la recordacion del vino emético ó del ruibarbo al que los gustó alguna vez.

La grande alma de Sydenham, bastante fuerte para combatir en algunas enfermedades los alexîfármacos de su tiempo, no fué igualmente feliz ni para libertarse siempre de los errores que impugnaba, ni para contener su plan debilitante en los límites que lo debió circunscribir. Este benemérito profesor, que con tanto acierto curó las viruelas y la pulmonía, y cuyo método será siempre racional y útil mientras estas enfermedades infestaren á nuestra especie, no aplicó los mismos principios al tratamiento del sarampion, sin embargo de los indicios de semejanza que ya divisaba entre él y las viruelas.

Tan sanguinario como su favorito Botal, desembaynó la lanceta contra la misma peste, cuyo caracter de debilidad se prueba concluyentemente con sus propias

descripciones. Su exemplo, pernicioso en esta parte, hace á nuestros médicos ordenar las sangrías contra los débiles cuerpos de casi todos los febricitantes; lo que es mucho peor que emplear la espada de Aquiles, con que habia de morir Hector, en el miserable cuerpo de Tersítes. Sydenham no es pues oráculo infalible; es mas bien un exemplo de la miseria humana y de la reducida esfera de nuestros conocimientos: sus aciertos son como 3, y sus yerros como 97. Nuestros médicos suelen imitarlo con confianza, en donde justamente debe huirse de su doctrina como de una peste; despreciándolo, por lo comun, en las cosas en que deberian seguirle, por ser su práctica el antídoto verdadero.

Boerhaave fué uno de aquellos hombres extraordinarios que parece nacieron para abarcar todos los conocimientos humanos. A todas las materias que trató dió un ayre de novedad, que hizo mas ilustre

su escuela que quantas nos refieren los anales de la Medicina. De ella salieron muchísimos hombres, que llenaron al mundo con la fama de su profunda sabiduría. Boerhaave, con efecto, les inspiro cierto gusto por los experimentos y por la lectura comparada de los escritores antiguos, pudiendo asegurarse sin exâgeracion, que él formó el carácter indagador de Alberto Haller, y el genio erudito de Gerardo Vanswieten; pero Boerhaave era tambien un hombre, y en aquello mismo que podiamos equivocar su entendimiento con la mente angélica, permitió Dios que se le ofuscara en tal grado, que inconseqüente consigo mismo, violó las leyes que él propio habia establecido para perfeccionar el estudio de la Medicina.

Habiendo dicho este grande hombre, que los conocimientos médicos debian irse derivando de unos principios muy conocidos y fáciles de entenderse, aplica repen-

tinamente las leyes de la hidraúlica á la máquina animal, formando así una fábula ingeniosa en vez de un sistema verdaderamente físico, como era el que debia trazar. Los que se han dedicado al estudio de sus obras, incapaces de advertir lo que en ellas hay de mal fundado y antojadizo, lo han adoptado sin distincion en todo. No sabiendo muchos de ellos ni los primeros elementos del cálculo, se atreven á resolver en la cabecera de los enfermos los problemas hidraúlicos, que no hubiera resuelto su mismo maestro, si despreocupado de la brillantez de su hipótesis, se hubiera hecho cargo de las grandes dificultades á que está expuesta. Con efecto, ¿como podía ocultarse á un Boerhaave, tan exercitado en las matemáticas, que es casi imposible aplicar los principios de la hidraúlica á la máquina del cuerpo humano, quando sabia tan bien el diverso calibre de infinitos canales flexîbles y tortuosos, compuestos

de otros menores, por donde circulan líquidos de muy diferente espesura, cuyo movimiento propulsivo depende de los mismos canales, dependiendo tambien la fuerza de estos de la accion distendente de aquellos? Aplicar á los líquidos las afecciones de los sólidos, es otra equivocacion que no puede hacer honor al insigne Boerhaave. Los licores mas inflamables, por grande que sea la velocidad con que circulen, son ineptos para producir el calor con la frotacion de sus moléculas, como lo pretendía Boerhaave, y lo pretenden todavía las boerhaavianos quando se empeñan en dar razon del calor febril.

Bastarían estas reflexîones para manifestar que el oráculo de Leyden, á quien tributamos el mas profundo respeto, no es una guía tan segura en la Medicina como lo han juzgado los que en lugar de honrarle lo ultrajan, llamándose discípulos suyos, careciendo de la ingenuidad y de los

conocimientos de Haller, para impugnar á su maestro en todo lo que éste se desvía de la verdad.

Pero en su doctrina hay todavía otro error mas pernicioso y de transcendencia mas general: es el de las degeneraciones espontáneas de los humores, que han sido la envenenada fuente de donde ha fluido la práctica médica casi universal en la Nueva España. En el discurso de esta obra tendremos ocasiones muy freqüentes de probar lo errónea que es semejante teoría en el tratamiento de las enfermedades, y lo mucho que importa desterrarla de entre nosotros, como la han desterrado ya los médicos mas sabios de la Europa. Nadie puede demostrarnos la exîstencia de las acrimonias, de que incesantemente acusan á los humores. A tres clases reduxo Boerhaave las suyas: ácida, alcalina y salina; pero ninguna de ellas se verifica sino muy rara vez, y solamente en aquellos hu-

mores que, en conseqüencia de las lesiones de los sólidos, han quedado fuera de la masa de la circulacion, sin poder ya refluir á ella, no corrigiéndose ántes el vicio de los canales por donde deben correr. Del supuesto glutinoso espontáneo se toma fundamento para el método diluyente, que hace todos los dias estragos irreparables.

Como nuestros médicos siempre estan alarmados contra los humores y entretenidos en espantar mosquitos, se descuidan de los tigres, infinitamente mas perniciosos: todas sus armas las dirigen contra unos seres imaginarios, así como Don Quixote enristraba la lanza contra los molinos de viento, que le parecian unos formidables gigantes. Los profesores mas cuerdos de Inglaterra, de Francia y de los demas paises en que mas y mejor se cultiva la Medicina, han depuesto muchos años ha las ideas humorales, de que aun estan llenos nuestros facultativos. Nuestra experiencia nos ha

enseñado, que en aquellas enfermedades en que los otros médicos juzgan como de primera necesidad la evacuacion de la bilis por vómito ó por cámara, el método estimulante ha producido los efectos mas felices aun en personas de edad muy avanzada, que tenian todas las señales con que nuestros médicos caracterizan los derrames biliosos en la cavidad del estómago. Las carimonias, de que tanto se habla en el vulgo de nuestros facultativos, ó no exîsten realmente, ó son sumamente raras, y casi nunca de la índole que imaginan y que aseguran, sin poder darnos mas prueba de esto que la autoridad de Boerhaave, desmentida por la experiencia.

En el caso de que extravasados los humores adquieran alguna acrimonia, esta será un síntoma de la enfermedad que produxo tal extravasacion y estancacion, y no causa de ella; porque el efecto nunca antecede á la accion que lo produce. Querer pues, curar las enfermedades corrigiendo

la acrimonia de los líquidos, es lo mismo que pretender derribar por los cimientos una torre con solo destruirle la linternilla. Aun quando la verdadera indicacion fuera la de corregir semejantes acrimonias, se necesitaría mucha credulidad para esperar conseguirlo por los medios que ordinariamente se emplean, incapaces de atacar á los humores en su misma fuente, y mas incapaces todavía de enmendar su índole, que no hay razon para suponer alterada en una pequeña parte, y sana en todas la otras.

Pero seríamos fastidiosos si quisiéramos seguir añadiendo pruebas de los errores é inconseqüencias de los humoristas, y descubriendo la gran debilidad que por este lado padece la doctrina del sapientísimo Boherhaave. En el discurso de esta obra se nos ofrecerán muchas ocasiones en que evidenciar lo que llevamos dicho; y esperamos que el útil trabajo de un compañero nuestro, que está analizando un cre-

cido número de sistemas médicos, convenza alguna vez á nuestros lectores de la justicia que hemos tenido para abandonarlos, y del grave daño que resulta á la salud pública de seguirlos por una excesiva adhesion á sus famosos autores.

Mucho mas feliz que todos los que le precedieron fué el célebre Cúllen. A la aparicion de su ingenioso sistema, fundado sobre observaciones, debieron desaparecer los imaginarios entes del *lentor y acrimonias*, que tanto papel habian hecho en la Medicina, substituyéndoles otros reales y mas conocidos en la naturaleza. En efecto, las ideas de debilidad, espasmo, tono, y accion y reaccion sobre que estriba su modo de pensar acerca de la calentura, conducen á sus discípulos á dirigir toda la atencion al estado de los sólidos para explicar las causas, síntomas, pronóstico y curacion de las enfermedades; y es innegable que de esta insigne alteracion, pre-

parada de antemano por otros médicos de grande nota, se siguió una práctica mas regular, mas activa, y mucho mas poderosa que la de los galénicos, químicos, sthalianos y boerhaavianos.

Sin embargo, aunque Cúllen es muy acreedor á nuestro respeto y gratitud por el incremento que procuró á la ciencia, no podemos desentendernos de sus defectos y equivocaciones, aun en la parte en que se le considera mas original.

Toda su explicacion de la causa próxîma y periodos de la calentura, es confusa, indigesta, y aun contradictoria. Las palabras *tono*, *contractilidad*, *espasmo*, *atonía*, y *esfuerzos curadores de la naturaleza*, no se comprehenden con bastante claridad. Un solo exemplo justificará estas aserciones. Dice este sabio, „ que consiste la calentura „ en un espasmo de las extremidades de los „ vasos capilares, producido por qualquie„ ra causa que irrita el corazon y las arte-

» rias. « Elem. de Med. T. 1. pág. 29. §. 41.

Añade: » que el espasmo es una parte » de los esfuerzos de la naturaleza para » efectuar la curacion; pero al mismo tiem- » po le parece probable, que durante toda » la carrera de la calentura, subsiste la ato- » nía en los vasos capilares, y que el espas- » mo no puede disminuir, hasta que se res- » tablecen el tono y accion de estos vasos. Ibid. §. 43.

Segun esta explicacion los vasos capilares, durante la calentura, estan á un mismo tiempo en *atonía y espasmo*; lo qual no puede suceder, si por *atonía* entendemos con Cúllen la relaxacion, y por *espasmo* la contraccion forzada é involuntaria.

La palabra *tono*, segun él, significa » la » tendencia de las fibras de los animales » vivos á contraerse. (Phisiolog. cap. 11. secc. 11. §. 101.) y sin embargo ha dicho, (Elem. T. 1. pág. 29. §. 113.) » que sub- » siste la atonía en los vasos capilares, y

» que el espasmo no puede disminuir (*en » la calentura*) hasta que se restablecen el *tono* y accion de estos vasos; » lo qual es como si dixera, que subsiste la *atonía* en los vasos hasta que se restablece en ellos la *tendencia á contraerse* &c. cosa que en verdad no puede suceder; porque la tendencia á contraerse, siendo esencial á los sólidos vivos, no puede faltarles en ningun tiempo.

Con toda la confusion y contrariedad expresada, es todavía mas defectuoso el sistema de la calentura de Cúllen, recopilando la serie de causas y efectos en que la funda: » las causas remotas de la calentura » son potencias sedativas, que debilitan el » sistema nervioso; y por consiguiente, to- » das las funciones, y con especialidad los » vasos capilares de la superficie. Esta de- » bilidad estimula indirectamente el siste- » ma sanguineo, y ayudada de la accesion » del frio y del espasmo que la acompaña,

„ aumenta la accion del corazon y de las „ arterias mayores. „ Elem. T. 1. cap. 11. §. 46.

Por esta exposicion se ve, que se interrumpe la cadena de causas y efectos que producen la calentura; porque siguiéndose el *espasmo al frio*, y no siendo efecto de él, sino de las *fuerzas curadoras de la naturaleza*, como se dice en el mismo tomo pág. 30. §. 42. queda enteramente destruida. A mas de esto, el *espasmo* se supone ser *parte de las fuerzas curadoras de la naturaleza*, miéntras que al mismo tiempo se establece, *que continúa en los vasos capilares, hasta que es vencido por dichas fuerzas curadoras*: á todo lo qual debe agregarse, que siendo cierto aquel razonamiento, se seguiría que las causas de la calentura producen á un mismo tiempo una debilidad bien caracterizada en el sistema nervioso, y un aumento de fuerza en el vascular; cuya imposibilidad quedará demostrada en el discurso de

esta obra, quando se pruebe hasta la evidencia, que la excitacion es una misma en toda la economía animal, asignándose á las palabras *debilidad y estímulo* su verdadero significado.

Dexando aparte esta materia, debemos tambien decir una palabra de la nosología del mismo autor. Por mas correcta que ella haya parecido, está implicada en los vicios mas perniciosos de las que le precedieron. De Cúllen y todos los nosologistas, podemos decir, que alucinados con los buenos caractéres y método exâcto que dió Lineo para distinguir sin equivocacion todos los individuos de la naturaleza, buscaron ciertas relaciones generales entre los achaques que afligen al cuerpo humano; y olvidados, ó desentendidos de su verdadera índole, contemplaron como especies de un mismo género unos males que tienen entre sí una similitud aparente, y una naturaleza enteramente contraria. La angina ton-

silar y la gangrenosa estan colocadas en un mismo género, sin embargo de proceder la una de un exceso de vigor, y la otra de una grande falta de el; que es lo mismo que si al formar el catálogo de los distintos cuerpos políticos que componen la sociedad, [illegible] con los opulentos consulados de mercaderes, los miserables hospicios de mendigos. Una enfermedad misma al parecer, suele ser muy distinta en realidad, como lo demuestran las viruelas: las discretas son de un carácter diametralmente opuesto al de las confluentes.

No tiene la Medicina pruebas sólidas diversas de las que los lógicos llaman á *posteriori.* Los resultados de las curaciones han hecho conocer la naturaleza de las enfermedades; y una justa analogía, libre del necio empirismo, no ménos que de la inepta erudicion de los pseudo-dogmáticos, es la que, como el hilo de Ariadna, puede conducir al médico en el obscuro labe-

rinto de las enfermedades humanas.

Nos hemos contentado con hacer estas pocas reflexîones acerca de las doctrinas que nos han parecido mas acreditadas en nuestros dias, juzgando ser bastantes para que nuestros lectores conozcan la falta de coherencia y de solidez de que hemos acusado al arte saludable, á fin de que puedan sentenciar si ha sido ligereza nuestra, ó efecto de prudencia, el adoptar los principios fundamentales de un sabio, á quien será muy dificil poner tachas iguales.

Brown se despojó de toda preocupacion científica, aparentando aún el que ignoraba la Física, la Química, la Botánica y las Matemáticas, para impedir todo roce de estas ciencias con aquella que pretendia purificar de quanto habia atrasado sus progresos, y reducirla á la exâctitud propia de su clase. Contempló á la naturaleza viva, puramente como viva: exâminó aisladamente los fenómenos vitales; y sin va-

lerse de las hipótesis antojadizas, los explicó con los principios de la misma vida. Vió, con suma claridad, que esta no depende de sí misma, sí solo de unas causas que le son forasteras, pero que necesitan de ella para producir efectos vitales; y esta idea felicísima abrió un horizonte nuevo y despejado por todas partes á sus conocimientos.

El morír los mas de los animales quando se mantienen á un frio excesivo; el perecer las plantas en igual caso; el suceder lo mismo quando faltan del todo los alimentos ó se pierde una gran cantidad de líquidos á los vivientes, son hechos que naturalmente inducen á inferir á qualquiera que reflexîone sobra ellos y otros semejantes, que la vida depende de cierta accion del calórico sobre los cuerpos vivos, no ménos que de la de los alimentos, del ayre &c. Estas cosas, extrañas á la máquina animal, sin las quales faltaría absoluta-

mente la vida, son las que Brown llama *potencias excitativas externas.*

Pero como ninguna de ellas puede actuar de un modo vital ni en el cuerpo que jamas ha tenido vida, ni en el que ha llegado á perderla, era preciso convenir en que el orígen y conservacion de la vida no pende solo de las enunciadas potencias, sino tambien de otro principio, sin la concurrencia del qual quedarían ellas impotentes, y solo producirían los efectos generales de todos los otros cuerpos destituidos de vitalidad. Este principio, cuya exîstencia se conoce demostrativamente, aunque se ignore su naturaleza, es el que Brown llama excitabilidad.

Conducido siempre por el raciocinio mas exâcto, y no perdiendo de vista las analogías mas manifiestas, concluyó, que la operacion de las potencias excitativas era idéntica, aunque ellas entre sí fuesen de distinta naturaleza; y sentó el grande axîo-

ma que tanta falta hacía en la Medicina, de que la identidad del efecto arguye siempre identidad de operacion.

Infirió de aquí, que siendo el efecto de las potencias excitativas internas, como la contraccion muscular; las sensaciones y la fuerza del cerebro en las meditaciones y afectos, igual al de las externas, debia tambien ser igual su operacion; y como la buena lógica nos enseña á discurrir acerca de lo no conocido por las relaciones que tiene con lo conocido, la operacion clara y manifiesta de las potencias que estan sujetas á nuestros sentidos, nos hace vér qual es la de aquellas que se hallan muy distantes de su jurisdiccion. La sutilísima materia que llamamos calórico, el ayre, los alimentos, la sangre y los humores que se separan de ella, todas estas cosas obran distendiendo las partes de la máquina animal, ó interponiéndose entre ellas. El separarlas de sus mútuos contactos, es inducirles cier-

ta violencia, que es lo que llama Brown estimularlas; (a) y como todas operan de un modo uniforme, cada una en su respectivo distrito, las denomina, con bastante propiedad, estimulantes; asegurando que la vida consiste puramente en el estímulo.

Este admite ciertos grados, y del mismo modo que todas las otras obras de la naturaleza, tiene su principio, su consistencia, y su fin; pero siempre es proporcional al estado del otro principio inseparable de la vida; esto es, la excitabilidad, la vitalidad, ó llámese como se quiera, con tal que no se varíe la idea que hemos unido á esta palabra.

Una experiencia constante, tomada sin excepcion en todos los seres vivientes, ha hecho vér, que quanto la excitabilidad ó vitalidad es mayor, tanto ménos estímulo admite, y tanto mas expuesta se halla á

(a) No se entiende por esto qúe la excitabilidad es afectada del mismo modo.

sofocarse con el mas pequeño: que esta misma excitabilidad va siendo sucesivamente menor á proporcion que el animal va sufriendo mas y mas la operacion de los estímulos; hasta que, por último, llega á anonadarse, quando la superior fuerza de aquellos la ha consumido del todo. Estas verdades se hacen patentes en toda la extension de la naturaleza viviente: nada tienen de hipótetico ni de arbitrario; y ellas sirven de basa fundamental á todo el sistema de Brown. Quando los dos principios constitutivos de la vida se hallan en un perfecto equilibrio, resulta el estado de salud mas perfecta; y como las enfermedades no son otra cosa que unos desvíos del estado de la salud, no pudiendo originarse estos desvíos mas que del exceso de qualquiera de los dos principios que hemos dicho, resulta por conseqüencia precisa, que ni hay ni puede haber mas que dos solas formas de enfermedades comunes: una, en

que prepondere la fuerza estimulante; y otra, en que sea excesiva ó muy defectuosa la excitabilidad.

Como el exceso, por un lado ó por otro, puede ser mayor ó menor, serán tambien mayores ó menores los desvíos del estado de la salud: esto es, mas ó menos graves las enfermedades, que por lo mismo exîgirán una curacion mas ó ménos vigorosa, pero siempre conforme y proporcionada á su naturaleza.

Esta es, en general, la medicina de Brown: este es el método que con tanta injusticia censuran y calumnian los que ó no lo entienden, ó no gustan de que el arte de curar se explique en términos perceptibles á todo el mundo; porque nuestra fortuna tiene íntimas conexîones con nuestro estílo misterioso y obscuro. Quando Brown llega á tratar de las enfermedades en particular, no usa mas que de tres pruebas, ninguna de las quales tiene un

solo ápice de arbitraria: 1ª. lesiones productivas de la enfermedad: 2ª. infelicidad de tal método en su tratamiento: 3ª. felicidad del método contrario. Si estos no son los únicos verdaderos tópicos de donde los médicos deben derivar su ciencia, los desafiamos resueltamente à todos, á que nos los señalen diversos, y á que nos convenzan de nuestro error. La pausada meditacion y la perspicaz observacion son las dos fuentes de donde fluye con pureza el saludable raudal de la Medicina.

Pero ¡qué léxos estan de merecer el concepto de buenos observadores, los que, con mentes cargadas de preocupaciones, creen siempre batallar contra enemigos que no exîsten! Con vosotros hablamos, médicos acrimonistas, que como vuestro patriarca Galeno, no tratais mas que de humores, y que á sus falsas ideas habeis añadido las igualmente erroneas de sus capitales enemigos, los que tan sin razon se

decoraban con el honorífico título de quimicos. ¡Lectores! Qualquiera que os trate de acrimonias, y que quiera dirigir contra ellas sus recetas, es un humorista bien caracterizado, mirado con desprecio en toda la Europa sabia: el que os hable de pletóra verdadera ó espuria, de obstruccion y error de lugar, de movimiento excesivo ó defectuoso de los humores, de su lentor, su tenuidad ó su disolucion, es un verdadero iatro-matemático, de quien igualmente que del primero, se burlan los buenos profesores de todo el orbe.

Ellos, no obstante, procuran poner obstáculos al incremento de la ciencia médica, desacreditando en general al insigne escritor que mas la ha aproximado á su perfeccion. Unos le acusan de haber resucitado la antiquísima doctrina de Temison y de los metodistas, alterándola solamente en no admitir las enfermedades que aquellos llamaban de orígen mixto, adoptando

las de lo apretado y lo floxo, lo denso y lo laxô, que suponian ellos. Otros le calumnian de ser patrono de la intemperancia, y de que sus discípulos quieren combatir todas las enfermedades lisongeando la glotonería, y aun aconsejando la embriaguez. Se dice que aborrecemos las sangrías, los eméticos y los purgantes, que tantas veces han conservado la vida y restablecido la salud.

Estas imputaciones son hijas, en unos de la ignorancia, en otros de la preocupacion, y en no pocos de una malignidad muy concentrada. Los que esten impuestos en la historia médica, si quieren tomarse el trabajo de comparar las opiniones de Temison y las de Brown, hallarán fácilmente una gran diferencia entre ellas. A nosotros nos bastará hacer ver, que la laxîdad y densidad, que los metodistas reputaban por causas de las enfermedades, son efectos de ellas segun la doctrina de Brown, quien no les asigna otra causa próxîma que su

respectiva diátesis, hijas solamente de su respectiva excitacion: y es bien claro, que esta sola nota, forma entre los metodistas y los brownianos una discrepancia tan grande, como la que hay entre la causa y el efecto.

Pero, aun quando fuese idéntica en la substancia la doctrina de unos y otros, preguntamos á todo hombre que tenga sentido comun, si esto solo bastaría para desecharla. Antiquísima era la física corpuscular: estuvo sepultada en el olvido muchos siglos: se vió tambien con horror por su sospechada conexîon con las ideas irreligiosas de los epicuristas; y con todo, esta física en el dia se halla ya demostrada, siendo la única que entre todas las antiguas se aproxîmó mas á la verdad. Ninguna impugnacion sólida se ha hecho á los metodistas; y no faltan médicos sistemáticos que hagan de ellos algun elogio, como se puede ver en Hofman; y así en este autor,

como en Baglivi y otros, encontrará el que los lea con reflexîon bastantes vestigios de la coincidencia de sus pensamientos con los de los metodistas antiguos.

Los otros cargos que se hacen contra la doctrina browniana, estan desvanecidos con ella misma. Nadie prueba con mas solidez que Brown los gravísimos daños que resultan de la intemperancia, que acorta los plazos de la vida, y anticipa las incomodidades de la vejez; pero tampoco nadie demuestra mejor que Brown los perjuicios nada inferiores que resultan de una excesiva abstinencia y de una dieta poco nutritiva. Las virtudes físicas, igualmente que las morales, consisten en un punto que jamas decline á algun extremo. Un avariento es muy reprehensible, y no lo es ménos el pródigo; pero es loable el liberal que se alexa igualmente de ambos defectos. Lo mismo sucede con el gloton y el ayunador maniaco. Brown recomienda la

moderacion en todas las cosas.

Consiguiente á ella ordena las sangrías y los purgantes con el tiento que jamas han sabido disponerlas nuestros humoristas ni nuestros hidraúlicos. Brown manda sangrar y purgar en todos aquellos casos en que son verdaderamente útiles semejantes auxîlios, y proscribe estas evacuaciones, siempre que son ó deben ser perniciosas. No sangran los brownianos á las histéricas ni á las cloróticas; pero sangran en la verdadera pulmonía, en el reumatismo agudo, y en todas las enfermedades en que notan un exceso de vigor, que se debe disminuir por este medio para restablecer la salud. Los brownianos proporcionan la eficacia del remedio á la magnitud del mal: jamas recetan á un tiempo quina y sangría, ni tampoco vino y purgantes: si conviene debilitar, debilitan, y si estimular, estimulan; pero lo uno ó lo otro lo hacen constantemente, sin confundir lo quadrado con lo

redondo, ni interpolar métodos de indicaciones contrarias, como es freqüentísimo en los otros médicos que estudian la naturaleza en sus imaginaciones y no en sí misma, ó que siguen una práctica de rutina, que se diferencia muy poco de la de los charlatanes ó de las viejas curanderas.

La lectura de esta obra pondrá de manifiesto si es exâcto ó no lo es el raciocinio que nos conduce; y si convencido de su fuerza puede un hombre de bien abandonarlo por seguir la errónea senda que con perjuicio de la especie humana, ha hecho venerable la autoridad de nuestros antepasados.

La doctrina browniana en todas partes ha tenido perseguidores, y tambien admiradores, porque la envidia reside en todos los paises, como en todos los tiempos; pero en todas las regiones y en todos los siglos se hallan igualmente hombres ilustrados y amantes finos de la verdad, que an-

teponen á todas las consideraciones de la política bastarda y del interes sórdido la franca ingenuidad. Lo cierto es que la razon, despues de ser mas ó ménos combatida, vence al fin, destruyendo todos los obstáculos. A la manera que en un rio enturbiado por las avenidas, precipitándose por último las materias que lo obscurecian, sobrenada la madera útil: del mismo modo en el contraste de las opiniones, al cabo se abisman las absurdas, sosteniéndose con esplendor las bien fundadas.

Tales se han reputado las de Brown en las partes mas ilustradas del orbe. No hay médico de talento sobresaliente en la célebre Universidad de Pavía, que no haya adoptado esta doctrina, la qual, segun estamos informados por escritores fidedignos, es ya comunísima en Itália, sin serlo ménos en Alemánia y en Rusia. Han llegado á nuestras manos algunas obras del norte de la América, en que hemos obser-

vado la estimacion que han merecido á sus autores los principios y los raciocinios de Brown; y sabemos tambien que se hace de él igual aprecio en la India Oriental, por las noticias que nos dan dos profesores ingleses de Calcuta. Por los papeles públicos que últimamente nos han venido consta, que el Gobierno frances ha destinado quarenta jóvenes para que aprendan en Viena la Medicina práctica baxo la direccion de Franck, que es el mayor browniano de que tenemos noticia.

El sabio editor de los elementos de Brown Dr. Tomas Beddoes, haciéndose cargo de los progresos que con su auxîlio iba haciendo la Medicina en Europa, y acordándose de que los ingleses creían ver en esta ciencia con un ojo, miéntras estaban ciegas todas las otras naciones; exhorta á sus compatriotas á no dexarse privar de esta ventaja, y á que se aprovechen con anticipacion de una doctrina tan luminosa

como la que acababa de ilustrar al suelo de Escocia. El gran crédito de Cúllen, y la brillante fortuna con que vivió y dexó enriquecida á su familia, pusieron al principio algunos obstáculos, puramente políticos, á la propagacion de unas ideas concebidas por un desgraciado sabio, que como otro Sócrates, predicaba su doctrina con fervor en la prision á que se vió condenado por una causa extraña del asunto.

A estas recomendaciones públicas á favor de la doctrina de Brown, podríamos agregar el elogio que de ella se hace en una de las gacetas de Madrid del año de 1800, y los notables que en varias partes de sus obras le tributa nuestro abate Hervas en su obra intitulada *el Hombre físico.* No creemos que sean tan presuntuosos nuestros profesores mexicanos, que quieran anteponer su dictámen al de los sabios de tanto nombre que acabamos de citar. La santa verdad nos obligará á confesar

que estamos muy atrasados en la facultad médica; y que si entre nosotros hay algunos que la exerzan con algun acierto, ellos se han formado por sí mismos en fuerza de su loable aplicacion, ayudada de la felicidad de sus potencias. Las que acabamos de referir son unas verdades innegables de hecho. Aunque en esta ciudad hay medios para estudiar muy bien todas las partes de la Medicina y las ciencias auxíliares, hay tambien muchos estorbos para que esto se verifique como en Europa, y aun en Guatemala. Aquí se enseñan por unos catedráticos muy sabios en sus profesiones la Física experimental, las Matemáticas, la Anatomía, la Química y la Botánica; pero la incompatibilidad de las horas, y la necesidad de ganar los cursos en una Universidad en que nada de esto se aprende, hace que las escuelas separadas de ella no den á la ciencia médica todos los auxîlios que necesita. Como esta profesion se elige pa-

ra ganar con ella la subsistencia, y como el deseo de llegar á este fin prepondera al de adquirir toda la aptitud precisa; despues de ganados los cursos de Universidad, recibido el grado de academia, y cumplidos los dos años de práctica, sin alguna enseñanza clínica, mas de por una simple imitacion de las fórmulas familiares á los maestros, se exâminan y obtienen su licencia los principiantes; y por eso mejora muy poco la facultad médica entre nosotros. Ocupados despues en visitar enfermos para ganar el sustento, se contentan muchos con solo tener prontuarios de las enfermedades, que consultan en los casos dudosos; y quedan tan poco instruidos, como los curanderos, que no estudian mas que á Tisot, Buchan, Esteinefer y Madama Fouquet. Muy raros son los aplicados que, una vez obtenida su aprobacion, despues del exámen del Protomedicato, freqüenten las escuelas que no habian visto ántes, y pro-

curen adquirir los conocimientos indispensables para exercer la Medicina con utilidad del público y seguridad de sus conciencias. Sin embargo, hay algunos cuyo exemplo nos ha edificado, que despojándose de sus arraigadas preocupaciones, se han dedicado de buena fe á estudiar con empeño la nueva doctrina médica que adoptamos, tan diversa de la que á ellos y á nosotros se nos habia enseñado. Estos juiciosos apreciables jóvenes, que han palpado la diferencia de nuestros principios y de nuestro método, son el tierno almácigo que dexamos para la generacion venidera. Ellos han tenido la docilidad de imitar nuestra práctica en lo que les ha parecido mas acertada: han estudiado la Anatomía, la Física, la Química y la Botánica, que ignoraban quando se graduaron de médicos; y ahora conocen bien que los brownianos no son tan temerarios como los suponen sus antagonistas, y que careciendo

estos de los auxîlios expresados, sin embargo aspiran á ser jueces árbitros en una materia sobre la qual tienen muy ligeros, ó absolutamente ningunos conocimientos.

Si en las escuelas de Europa, en donde estan reunidas todas las cátedras necesarias para la instruccion de un médico, son muy pocos los que salen buenos, ¿podremos creer que aquí, hallándose las cosas en el estado en que las hemos representado, no haya profesores muy ignorantes y muy perniciosos, que solo exercen la facultad para tener que comer, siendo en realidad indignos de pulsar á nadie? Seamos sinceros, y no se nos gradúe por enemigos de la patria, quando sin disfraz publicamos sus atrasos, con el mas ardiente anhelo de que se corrijan y de que se mejore su situacion. Nos conceptuamos mucho mas amantes del bien comun, confesando las miserias que padecemos, que aquellos que, anegados en su amor propio,

imaginan ó quieren persuadir, tal vez sin creerlo, que todo entre nosotros se halla en la situacion mas ventajosa, porque ya ellos aseguraron su crédito y su fortuna.

Un medio muy eficaz de hacer mas útil y ménos embarazosa la práctica de la Medicina, reduciéndola á la exâctitud de que ha carecido hasta ahora, nos parece ser el estudio bien profundizado de los principios de Brown, que sin disputa son los mas sencillos, y los mas fecundos de importantes conseqüencias que se han publicado hasta el presente. La doctrina de este sabio escocés, es muy probable que algun dia formará un ramo de la educacion pública, quando aclarados por ella los caractéres genuinos de las enfermedades, y desterrado el dilatado catálogo de misteriosos vocablos griegos, que hacian muy fastidiosa la lectura de las obras médicas; todos indistintamente puedan imponerse en ella, corrigiendo las falsas ideas y las denomi-

naciones impropias que se han ido perpetuando de siglo en siglo.

Exhortamos pues, á nuestros comprofesores, y á nombre del linage humano les pedimos, que en beneficio suyo, junten sus fuerzas á las nuestras, para el logro de este importante fin; que deponiendo sus preocupaciones antiguas, y dóciles á la razon y á la evidencia, exâminen maduramente y con imparcialidad la obra que les presentamos, para ver si tiene la solidez y claridad que hemos promovido. Nada tiene de hombre juicioso y honrado el que anticipa su dictámen á la instruccion de un asunto controvertible. Diariamente nos engañamos en nuestros conceptos precipitados; por lo que debemos desconfiar mucho de nuestras luces, para tomar partido en materias que requieren larga meditacion. En las ciencias naturales, el mundo en esta época llegó á la madurez que no tuvo en los siglos anteriores: se acabó el

imperio de las hipótesis, la tiranía de la autoridad, y el capricho de seguir á ciegas la senda abierta por nuestros antepasados: no hay mas de dos modos de establecer las verdades físicas; la experiencia y la razon, quando aquella no nos auxîlia: una experiencia que no se pueda combatir, ó una razon que no admita réplica.

Sin apoyarse en estos fundamentos será muy temeraria la conducta del que se atreva ó á impugnar, ó á seguir el método browniano en el tratamiento de las enfermedades. Esto requiere mucha circunspeccion, y no es obra de pocos dias, como lo han pretendido algunos, que creyendo que este método consiste solo en prescribir los estímulos mas vigorosos, los han empleado sin discernimiento en su dósis, en su calidad, ó en casos que no debian emplearlos: con lo que, siendo tan culpables su ignorancia y su arrojo, han hecho recaer muy injustamente sus desaciertos sobre el

sistema de Brown. Para templar un forte-piano no se necesita mas que tirar ó aflo-xar las cuerdas; pero esta operacion tan sencilla, requiere inteligencia para hacerse bien. El manejo de los estimulantes, segun la doctrina de Brown, es tan nuevo, que necesitan aprenderlo hasta los médicos que tienen medio siglo de estudio y de practica, si quieren aprovecharse de sus ventajas; porque la Medicina no es una ciencia que se adquiere derepente, así como el oficio de aguador se sabe en el primer viage.

La doctrina browniana no se halla tan completa que no sea susceptible de ulteriores grados de perfeccion: su mismo autor lo confiesa así, con la ingenuidad propia de un sabio. Los progresos que la Químimia va haciendo de dia en dia, llenarán los huecos que hay en el sistema de Brown; y los médicos de talento y aplicacion completarán el tratado de las enfermedades locales, que él dexó casi en embrion. Si la

salud y los asuntos personales nos lo permitieren, harémos á este intento lo que alcanzasen nuestras fuerzas, bien satisfechos de que nuestros lectores disimularán los defectos en que incurramos, en favor de la sanidad de nuestras intenciones.

NOTA.

Concluido ya este tomo, tuvimos proporcion de leer algunos de los impresos que acerca de la doctrina browniana ha publicado en Barcelona el Dr. D. Vicente Mitjavilla y Fisonell, habiéndonos servido de mucha satisfaccion el poder anunciar á nuestros lectores, que muy en breve podrán tener noticias auténticas de la grande reputacion con que corre entre los sabios de Europa la doctrina que les presentamos.

En el segundo de los referidos impresos encontramos una tabla de excitacion

compuesta por el ciudadano Valeriano Luis Brera, la qual nos ha parecido mejor y mas completa que la de Samuel Linch, que habiamos intentado publicar con algunas reflexîones acerca de la distribucion nosológica de las enfermedades. Esta tabla es la que acompaña por ahora á nuestra obra, y la mas adequada ciertamente para explicar mejor nuestras ideas.

Tenemos otras dos, de que hablarémos en el principio de nuestro tomo segundo, previniendo ahora, que son muy ingeniosas y bastante significativas del estado de la excitacion. Nos remitió la una uno de los primeros Magistrados de este Reyno, sugeto instruido en las ciencias naturales, y que por gusto se ha dedicado al estudio de la Medicina. La otra tabla es obra de un compañero nuestro.

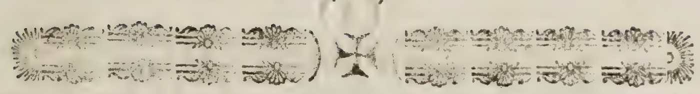
Entre los tomitos que ha publicado el Dr. Mitjavilla, ninguno nos ha sido mas apreciable que el que comprehende la his-

toria de las curaciones que se han hecho en el Instituto clínico de Pavía, baxo la direccion del Dr. Franck, y con la asistencia de muchísimos facultativos de los mas sabios y acreditados. Nos hemos llenado de regocijo viendo apoyadas nuestras teorías y nuestra práctica consiguiente á ellas, no solo con unas autoridades tan respetables, sino principalmente con unos hechos tan bien circunstanciados, que no dexan lugar para la duda. Tenemos ánimo de traducirlo al castellano, para que nuestros lectores vean las pruebas experimentales de la doctrina browniana, y añadirémos algunas observaciones nuestras, como un comprobante seguro de la uniformidad con que piensan en todo el mundo los que estan imbuidos en estos principios, y el beneficio que de ellos puede resultar al hombre enfermo.

Como el Señor Mitjavila se ha propuesto ir imprimiendo quanto hubiere en pro y en contra de esta nueva medicina:

en cumplimiento de su oferta nos ha dado ya la impugnacion de Strambio, calificandola por la mas vigorosa que ha salido contra el sistema de Brown. Confesamos francamente no haberle encontrado tanto nervio, que nos haga variar nuestras opiniones, y desde luego prometemos responder á sus argumentos, si la salud y las ocupaciones nos lo permitieren.





ELEMENTOS DE MEDICINA.

PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

DEFINICIONES.

De la Medicina.
De la buena salud.
De la enfermiza.
De las enfermedades locales y universales.
De la predisposicion.

LLÁMASE Medicina aquella ciencia que nos enseña á conservar en buena salud á los hombres, á precaver los achaques que les puedan invadir, y á curarlos quando los hubieren invadido. Como estos tres objetos, igualmente que en el hombre, pueden desempeñarse por unos mismos principios en todos los otros seres vivientes, podríamos dar á la Medicina mayor exten-

sion, y afirmar sin impropiedad, que deben sujetarse á su tutela, no solo los brutos, pero tambien los vegetales; reduciendo la veterinaria y la agricultura al órden que la naturaleza les da en los conocimientos humanos. La serie de esta obra nos pondrá en la necesidad de ir haciendo repetidos cotejos entre los diversos estados de las substancias organizadas; y probarémos con esto mismo, la constante uniformidad que reyna en todas las obras de la naturaleza.

Decimos que un animal qualquiera, ó qualquiera planta, disfruta una próspera salud, quando vemos que exerce sus respectivas funciones con facilidad y con aquella proporcion que observamos en los otros individuos de la misma especie, quando una experiencia perpetua nos ha acreditado que se hallan en todo su vigor. En los animales notamos entónces una especie de alegria, que bien puede aplicarse á las plan-

tas en un sentido metafórico, tomando por caractéres suyos el verdor y la posicion natural de las hojas y de las flores, cuyo color nos da iguales indicios de la mayor ó menor robustez del individuo que las produce.

Siempre que vemos al hombre, ó qualquiera otro animal, exercer con molestia ó con dificultad las acciones que le competen: siempre que en ellas notamos alguna perturbacion que las desquicie del órden comun que observamos en los otros individuos de la misma especie, conocemos naturalmente que hay algun trastorno en su salud, y esto es lo que llamamos enfermedad. En los vegetales sucede respectivamente lo mismo: si las hojas pierden la intensidad de su color: si en vez de mantenerse en su regular situacion, se apartan mas ó ménos de ella: si dan unas flores marchitas y unos frutos semejantes, conocemos desde luego que estan enfermizos:

es decir, que se hallan atacados de alguna enfermedad.

La que tenga entónces el individuo, puede ser comun a todo su cuerpo, ó limitada solamente á alguna de sus partes: casos en los quales llamarémos enfermedad comun á la primera, y local á la segunda: porque en efecto, la primera interesa a todo el cuerpo, y la última a una sola parte de él. La fractura de los huesos de una pierna, la dislocacion de qualquiera otro &c. son exemplos bien claros de la última especie; y un causon ó una apoplegía lo son tambien de la primera.

Las enfermedades comunes son tales desde su principio. Desde el momento que invaden, atacan todas las funciones del animal. Las locales, por el contrario, limitadas á un lugar determinado, solo perturban las funciones de éste; y son pocas las circunstancias en que llegan á trastornar toda la máquina. Circunstancias decimos,

y no individuos; porque puede suceder muy bien que sean muchísimos los atacados de una enfermedad local, y el conjunto de todos ellos no equivaldrá en nuestro cálculo mas que á la unidad. Los enfermos hepáticos son muy freqüentes en México de algunos años a esta fecha; pero todos juntos, por muchos que sean, no son mas que uno quando formamos el catálogo de los vicios limitados a un solo lugar del cuerpo.

El conocimiento que la experiencia y el raciocinio nos han dado de que la naturaleza no camina a saltos, sino que lleva por un órden permanente todas sus obras, es el fundamento que nos asegura de que siempre antecede una predisposicion á las enfermedades comunes, y jamas á las locales, que constantemente dependen de contingencias muy forasteras al órden regular de las cosas, ó de las terminaciones de las enfermedades comunes ó generales,

quando no han podido superarse en su totalidad por defecto en su tratamiento, ó por exceso de su gravedad. Las enfermedades comunes dependen siempre de una lesion que ataca directamente al principio de la vida difundido por todo el cuerpo, en vez que las locales no consisten mas que en la ofensa singular de esta ó de la otra parte. La curacion de las primeras se dirige á todo el cuerpo, y la de las segundas se limita por lo comun al lugar afecto.

Una gran parte de las enfermedades locales exîge apénas otro auxîlio que el de las manos, y por lo mismo se ha presumido no ser de la precisa incumbencia del médico; aunque nadie podrá dudar que éste será tanto mas perfecto en su oficio, quanto mayor sea la generalidad y expedicion de su práctica y de su ciencia. Pero de contado le incumbe conocer y manejar bien las enfermedades comunes, y todas aquellas locales que trastornan el cuerpo

generalmente, remedando los caracteres de las comunes.

Para proceder con acierto en esta importantísima materia, debemos simplificar todo lo posible nuestras ideas, é ir encadenando nuestros juicios metódicamente, comenzando por lo mas fácil y mas claro, ántes de engolfarnos en lo mas dificil y mas obscuro.

Todo viviente es preciso que se halle en uno de estos tres casos: en el de aquel justo vigor que constituye la salud; en una falta de éste que todavía no trastorna las funciones; ó en el trastorno de ellas, mas ó ménos general, mas ó ménos grande. El segundo de estos tres estados es el que se llama predisposicion para las enfermedades; pues nunca pueden ellas verificarse sin que el viviente se haya apartado mas y mas de aquel grado de vigor en que casi indivisiblemente consiste la salud.

CAPÍTULO II.

De la vida.
De las potencias excitativas internas y externas.
De la excitabilidad.
De la excitacion.
De los estímulos.

QUALQUIERA que reflexîone que la vida del hombre y la de los otros animales no puede sostenerse sin la comida y la bebida, que pasan á ser materia de su sangre y demas humores; sin el calórico, que ha de dar á éstos su estado de liquidez; sin el ayre atmosférico, que ha de contribuir ya con su accion distensiva en los pulmones, ya con su oxîgeno, para las combinaciones que la armonía del cuerpo exîge: conocerá que la vida depende de auxîlios que es preciso le vengan de afuera al ser viviente.

Pero todos estos auxîlios serían inútiles é incapaces de producir efecto alguno vital, si no hubiera en el viviente otro

principio que determinára su accion. En efecto, un animal bien alimentado, sin defecto alguno en sus órganos, y mantenido en la temperatura mas conforme á la salud, si se expone por algunos instantes á una atmósfera compuesta de tufos ineptos para la respiracion, pierde la vida en términos que, aunque se le apliquen sus causas físicamente conservadoras, no será posible que la restaure.

Infiérese pues, que hay en todo ser viviente una circunstancia sin la qual no pueden verificarse los fenómenos de la vida. Esta circunstancia ó propiedad, que jamas falta en alguno de sus estados, es la que hace distinguir á los animales de si mismos quando estan muertos, y de qualquiera otra materia inanimada, formando un carácter inseparable de la vida misma, y comun á todos los vivientes. El hombre, los brutos y los vegetales estan sujetos á la ley invariable de que, miéntras viven, pue-

den ser afectados por las cosas externas y por sus acciones propias: de manera que, estando ellos vivos, produzcan unas y otras efectos vitales. Esta ley comprehende á quanto hay de vivo en la naturaleza, sin exclusion de los vegetales.

Las cosas externas destinadas á este fin son varios fluidos etéreos, como el de la luz, el eléctrico y el calórico; la comida y la bebida; la sangre y los humores que salen de ella, y tambien el ayre. No tenemos certeza, pero tampoco carecemos de probabilidad, para presumir que los venenos y los contagios pertenecen á esta misma clase.

La contraccion muscular, los sentidos y la fuerza del cerebro, quando el alma piensa ó tiene algunos afectos, son las acciones propias del cuerpo que producen el mismo efecto.

En quanto cesa la operacion de las cosas y de las acciones referidas, es inevita-

ble la muerte. Consiste pues la vida en esta operacion solamente.

Siempre que en lo sucesivo usáremos la palabra *excitabilidad*, entenderémos por ella, aquella propiedad en que se distinguen los vivos de los muertos, y los animales de las substancias inanimadas: aquella propiedad, por cuyo medio producen las cosas y las acciones dichas su efecto vital. A las mismas cosas y á las acciones las llamarémos *potencias excitantes ó excitativas*; y con la denominacion *cuerpo* expresarémos, no solo á la substancia llamada absolutamente así, sino tambien á la que tenga una alma racional, irracional, ó puramente vegetativa. El cuerpo animal se llama comunmente sistema, y por eso son freqüentes esas frases: *Trastorna todo el sistema, debilita ó vigoriza el sistema* &c.

Las potencias excitantes siempre son operativas, y el efecto comun de todas ellas en el sistema animal son las sensacio-

nes, los movimientos y las funciones del alma, tanto en el exercicio de pensar, como en el de excitar sus afectos, miéntras se halla unida al cuerpo, por medio de aquel vínculo que ninguna filosofía puede explicar, y que, como dice el cardenal de Poliñac, no es otro que la omnipotente voluntad del sapientísimo Autor de la naturaleza. Si observamos que este efecto comun de las potencias excitativas es siempre uno, y uno mismo, es necesario concluir, que debe tambien ser una, y una misma su operacion, y que la accion de las unas no puede ser distinta de la de las otras.

Las potencias excitativas no producen efecto vital mas de quando obran sobre la excitabilidad, y el tal efecto se llama entónces *excitacion*.

Y como algunas de estas potencias obran con unos impulsos manifiestos, como veremos en adelante mas por menor, y por medio de tales impulsos producen

la excitacion, es naturalísimo presumir que obren del mismo modo las otras, respecto á que la identidad del efecto arguye identidad de operacion, aunque los agentes sean de naturaleza muy diversa. Si una vexiga se llena de agua, de alcool, de aceyte, ó de qualquiera otro líquido: si se llena de ayre comun, ó de qualquiera otro fluido aëriforme, resultará siempre el mismo efecto de distension, y diremos que lo producen de un modo idéntico estas substancias, aunque son entre sí de naturaleza muy diferente. Obrando pues, todas las potencias excitativas con impulsos ó manifiestos, ó imperceptibles para nosotros, y teniendo todas una cierta energía para su accion, podremos denominarlas tambien *potencias estimulantes*. Y como de la operacion de ellas pende la vida, podemos tambien asegurar con uno de los médicos antiguos, que esta consiste en el estímulo.

CAPÍTULO III.

De la naturaleza de la excitabilidad.
De las potencias excitativas.
De los venenos.
De los contagios.
Del alimento debilitante.
De las pasiones sedativas, ó que abaten.
De la naturaleza y límites de la excitacion.
Sucesion y sostitucion de los estímulos.
Tratamiento de la excitabilidad disminuida, y de la acumulada.

Es necesario confesar ingenuamente nuestra ignorancia acerca de la esencia de la excitabilidad, y acerca del modo con que la afectan las potencias excitativas. No sabemos si es una substancia, ó una modificacion de los cuerpos vivientes: ni nos empeñarémos en averiguar esta qüestion llena de dificultades y de una obscuridad

impenetrable. Bástanos conocer que es una propiedad distintiva de los vivientes y característica suya, para no perderla de vista, y contar siempre con ella en nuestros raciocinios médicos. Así calculaba Newton los efectos de la gravitacion universal, sin conocer la esencia de la atraccion; y así calculan los químicos sobre las afinidades, ignorando su naturaleza.

Sea la excitabilidad lo que fuere, no cabe duda en que cada individuo, desde que empieza á vivir, recibe de la mano liberal del supremo Autor de su exîstencia una porcion determinada, ó un determinado grado de ella, como un caudal que debe irse gastando con la mas prudente economía, para la conservacion de la vida. La cantidad, la fuerza ó la intensidad de esta preciosa dádiva, varía mucho en los diversos vivientes que la reciben, aun en individuos de una misma especie, como lo acredita la varia duracion de todos los seres

animados, comparados unos con otros. Varía tambien freqüentemente en un mismo sugeto, segun la diversidad de las circunstancias en que se halla.

El carecer de nociones claras acerca de la naturaleza de la excitabilidad; el no tener en nuestro idioma palabras para expresar con precision nuestras ideas acerca de ella, y la novedad de la doctrina, fundada sobre esta propiedad de los cuerpos vivientes, nos obligará á explicarnos en unos términos ménos propios, y á tratar de ella como si tratáramos de una substancia. Diremos unas veces que abunda, quando se ha aplicado poco estímulo que la gaste: diremos que se disminuye, que se consume ó que se agota, quando ha obrado sobre ella un estímulo muy vehemente. Mas no por esto queremos que nuestros lectores apliquen á tales voces unas ideas falsas, juzgando que expresamos con ellas la naturaleza de la excitabilidad. No hay

vicio mayor en el estudio de la Filosofía, que la inútil inquisicion de unas causas que son y serán siempre incomprehensibles. Nadie pues, se imagine al leer que la excitabilidad se aumenta ó se disminuye, que la reputamos una substancia material capaz de aumentarse ó de disminuirse, como se aumenta y disminuye la sangre ó qualquiera humor. Tampoco queremos dar á entender que sea una facultad inherente al cuerpo vivo, ó una modificacion suya, ó un accidente (como se explicaban nuestros antepasados) quando decimos que está exâltada, ó que está deprimida; que está vigente, ó que está marchita. Bien podrá ser qualquiera de estas cosas; pero no lo sabemos nosotros determinar, y por consiguiente estamos obligados á abstenernos de semejante qüestion, bastándonos conocer su exîstencia por sus efectos.

Siendo ella una propiedad característica de los vivientes en quanto tales, se in-

fiere naturalísimamente, que miéntras ellos puedan conservar este nombre, hasta en el último resto de su vida, es preciso que tengan una cantidad, aunque sea pequeñísima, de excitabilidad. No falta ésta ni en la misma asfixia; como que si faltára, la asfixia ó muerte aparente sería ya una verdadera muerte, respecto á que las potencias excitativas no podrían obrar sobre el cuerpo asfixiado, faltando la propiedad por cuyo medio única y exclusivamente exercen su accion: á la manera que nunca podríamos ver objeto alguno si absolutamente nos faltára la luz.

Las potencias excitativas asimismo nunca dexan de obrar mientras subsista aunque sea un átomo de vida; bien que su accion no sea igual constantemente, pues unas ocasiones es mas vigorosa y otras mas remisa. Y como hemos probado ántes, que ninguna de ellas obra si no es estimulando, es conseqüencia precisa que todas con-

serven siempre una fuerza que, segun las circunstancias, sea mayor ó menor, excesiva, proporcionada ó defectuosa, pero siempre estimulante. Una excesiva cantidad de sangre estimula demasiado; y esta es la causa de que produzca aquel linage de enfermedades que se originan de un estímulo excesivo. Si esta cantidad es proporcionada, estimula de la manera que conviene en el estado de salud, y si es corta, estimula tanto mas débilmente, quanto mas se escasea; y de esta diminucion de estímulo resultan las enfermedades que reconocen por causa á la debilidad. Lo que hemos dicho de la sangre se aplica del mismo modo á todas las otras potencias excitativas, supuesto que todas ellas obran de un modo uniforme, y la única excepcion que pudiera hacerse, sería la de los venenos y de los contagios, cuya obscura naturaleza no nos permite formar ideas claras y distintas acerca de su operacion.

Los venenos sin embargo, ó no producen ofensas que no sean limitadas a las partes á que se han aplicado inmediatamente, ó si las producen tales que lastimen ó trastornen todo el sistema, indispensablemente deben hacerlo del mismo modo que qualquiera otra de las potencias excitativas, esto es, aumentando ó disminuyendo la excitacion justa en que consiste la salud, por la regla general de que la identidad del efecto arguye siempre identidad de operacion.

Esta misma regla fundamental debe tenerse por basa de quanto discurramos en órden á los contagios, y con tanta mas razon, quanto siempre los vemos acompañar ó á unas enfermedades que dependen de cierto exceso de vigor, como la viruela discreta ó el sarampion, ó á las que consisten en una gran debilidad, como la peste y la viruela confluente. Demostrarémos en otra ocasion, que los contagios por sí solos,

tienen ménos fuerza para dañar que las lesiones ordinarias y comunes, y nos contentarémos por ahora con hacer dos reflexîones sobre esta materia. 1ª. Si comparamos la suma debilidad que se sigue de algunos contagios, y que en pocas horas quita la vida, con la que resulta de un frio excesivo, y que produce el mismo efecto en igual ó en menor tiempo, confesarémos desde luego, que la operacion dañosa de éste, ha sido idéntica con la de aquellos. 2ª. Las enfermedades originadas de algun contagio, no se curan con otros remedios que aquellos de que hacemos uso en las que provienen de las lesiones ordinarias y comunes; y es muy freqüente ver sanar á los enfermos, siempre que estos medicamentos se les administran en tiempo oportuno y por una mano inteligente. Parece pues, ser este un indicio harto claro de que los contagios obran sobre los cuerpos que atacan, de un modo unívoco, con el

de todas las otras potencias excitativas.

Estas solas producen todos los fenómenos de la vida; y ya hemos probado que su operacion solo es estimulante. Consistiendo pues, la vida en la accion de ellas sobre la excitabilidad; y no teniendo mas que los tres estados de salud, de predisposicion y de enfermedad: ó por explicarnos mejor, no siendo la salud, la predisposicion y la enfermedad mas que unos simples grados de la vida, es necesario concluir por legítima conseqüencia, que todos ellos consisten solamente en el estímulo sin algun agregado.

La excitacion, que es el efecto de las potencias excitativas, y al mismo tiempo la causa continente de la vida, resulta con proporcion á la magnitud del estímulo, pero contenida siempre dentro de ciertos límites determinados por el Supremo dador de este precioso don; traspasados los quales, se destruye y perece, como proba-

rémos despues. Una excitacion moderada, esto es, constituida en la medianía, es la que produce la salud. Si rebosa de esta medida, causa las enfermedades que penden de estímulo excesivo; y si no la llena, origina las que consisten en la debilidad; ó la predisposicion para unas ó para otras, quando el exceso ó el defecto de esta medianía no ha sido todavía considerable.

El estímulo es el consumidor único de la excitabilidad, y lo es siempre á proporcion de su magnitud. De aquí es, que quanto mas débilmente obran las potencias excitativas, esto es, quanto menor sea el estímulo que se aplica, tanta ménos excitabilidad se consume, ó tanto mas abunda ésta. Por el contrario, quanto mas vigoroso sea el estímulo, ó quanto mayor sea la fuerza con que obren las sobredichas potencias, tanta mas excitabilidad se consumirá. Y como la excitacion no es otra cosa que el efecto de las potencias excitativas ó

estimulantes, obrando sobre la excitabilidad, resulta, que en el caso de hallarse ésta superabundante, á proporcion que se le vaya aplicando mas estímulo, se irá tambien produciendo mas y mas excitacion: y quando estuviere consumida, la aplicacion del mismo estímulo no podrá producir mas de una excitacion cada vez menor, hasta llegar á cero. Un niño, una muger delicada, un hombre que haya vivido en sobriedad, son los mejores exemplos para ilustrar el primer caso. Basta un estímulo muy pequeño, con tal que no esten acostumbrados á su uso, para producir en ellos la excitacion mas grande que son capaces de recibir: una sola copa de vino los exâlta sobre manera: la pimienta, la mostaza, los pimientos los irritan con extremo. Un adulto, un bebedor &c. pueden servirnos de prueba muy clara para conocer el débil efecto que producen los estímulos quando han gastado ya mucha excitabilidad. El

adulto tolera, sin experimentar una grande excitacion, mayor cantidad de qualquiera estimulante que un niño; y el bebedor no se excita con una botella de vino, del qual no puede tomar sin embriagarse una sola copa una muger delicada. El gloton queda todavía hambriento, despues de tomar una cantidad de alimento que basta para hartar á un parco; y el sedentario literato no puede tolerar los ardores del sol, ni las fatigas del vigoroso cavador. De todas las potencias excitativas puede decirse que obran con mas vehemencia en los ménos acostumbrados á su accion, y con menor actividad en los que estan mas habituados á su uso.

Como la excitacion nace de la suma del estímulo y de la excitabilidad, debe haber cierta proporcion entre aquel y ésta, y variar segun ella su resultado. Un estímulo medio, afectando á una excitabilidad media, ó consumida ya por mitad,

produce la mayor excitacion saludable; porque en este caso se equilibran la fuerza activa del estímulo y la de la excitabilidad, de manera, que por ninguna parte haya ventaja ó preponderancia; y la excitacion genuinamente mayor, consiste en esta exâcta igualdad. Segun va siendo mas desigual la proporcion entre el estímulo y la excitabilidad, va tambien resultando gradualmente una excitacion mas defectuosa, que quanto mas va distando de la saludable, va predisponiendo al cuerpo para la enfermiza, y sujetándolo al cabo á las enfermedades por exceso de estímulo y escasez de excitabilidad, ó por abundancia de ésta y falta de aquel. Un niño, quanto mas tierno, es mas débil; y lo es asimismo un anciano, tanto mas, quanto fuere mas decrépito. En el primero está casi íntegro el caudal de su excitabilidad, y apénas comienzan á irlo gastando poco á poco los estímulos; y en el segundo está casi ex-

hausto, porque la misma diuturnidad de ellos la ha ido consumiendo sucesivamente. El primero comienza á vivir; y el segundo acaba ya. La constitucion de un jóven, es la que sirve de término medio entre estos dos extremos: exerce libre y expeditamente las funciones de que es incapaz el niño por no haber adquirido todavía la robustez necesaria, y el viejo por haber perdido la que tuvo. Una misma persona, dentro de un espacio de tiempo mas corto, experimenta debilidad por uno de dos extremos, ó por escasearse mucho los alimentos, ó por tomarlos con demasía, y solo halla vigor observando un régimen medio. Tan incapaz está de andar una legua á pie el que jamas ha salido de su aposento, como el que cayó rendido despues de haber andado diez ó doce leguas; en vez que podrá andar sin dificultad la legua el que estuviere acostumbrado á hacer un mediano exercicio.

Cada edad, cada hábito, y aun puede decirse que cada sexô, tiene su vigor respectivo, con tal que la excitacion proceda con el debido arreglo. La imbecilidad de los infantes, y aquella que en los adultos proviene de una grande abundancia de excitabilidad, no admiten mas de un estímulo pequeño, pero que sea proporcionado á la magnitud de la excitabilidad abundante; porque si es menor el estímulo que lo que exîge la excitabilidad, desfallece el viviente, y se sofoca si se le aplica uno excesivo. La que proviene de la vejez, ó de qualquiera causa que haya consumido mucho la excitabilidad, demanda un estímulo grande, pero tambien de una magnitud determinada; porque si es mas pequeño que lo que debe ser, resulta el abatimiento, y si es mayor induce la consuncion total de la excitabilidad. Regla general: quanto mas superabundante se halla esta propiedad, tanto mas fácilmente se satura,

tanto ménos estímulo admite; llegando esta impotencia de admitirlo á tal grado, que sea capaz de sofocarla aun con la menor cantidad. El mas pequeño tambien será bastante para destruirla del todo, y para quitar la vida, quando la misma excitabilidad esté ya tan gastada, que no admita ni un estímulo muy ligero.

Ya ántes hemos dicho, que la accion de los estímulos sobre la excitabilidad debe contenerse dentro de ciertos límites, para producir una excitacion saludable y vigorosa. Vamos á ver ahora como ésta va siendo sucesivamente menor hasta destruirse del todo, lo que puede verificarse de dos maneras.

Una de ellas es, quando la vehemencia del estímulo agota la excitabilidad. Todas las potencias excitativas pueden conducir su accion estimulante hasta un grado tal, que no resulte ya excitacion alguna; porque como ésta nace precisamente de la

suma compuesta del estímulo y de la excitabilidad, y como á proporcion que el estímulo crece, la excitabilidad se disminuye, llega el caso de que el exceso de aquel reduce ésta á cero, destruyendo entónces la excitacion: que es lo mismo que decir, que queda el cuerpo incapaz de recibir estímulo alguno, como lo queda el agua de disolver mas sal quando está saturada completamente de esta substancia.

Este anonadamiento de la excitacion, que resulta de haberse consumido la excitabilidad en fuerza del estímulo, puede ser temporal, ó perpetuo. En el primer caso habrá una suspension de la vida, como se observa en las asfixîas; y en el segundo se verificará la verdadera muerte. En el primero acaba la excitacion en términos que, no perdiendo momento, pueda despertarse de nuevo; y en el segundo es ya totalmente irreparable su extincion. Así, una vela que acaba de apagarse, vuelve á

reanimar su llama, si se le dirige el soplo ó se agita con prontitud; ó queda extinguida de una vez, si se le dexa escapar el residuo de fuego que podia producir la llama si se hubiera auxîliado.

Qualquiera de estos dos términos de la excitacion, puede venir ó de la aplicacion poco duradera de un grande estímulo, ó de la prolongada de otro menor. Lo mismo es para el caso lo uno que lo otro. Una gota de agua, cayendo muchas veces sobre una piedra, hace en ella el mismo efecto que haría instantaneamente una bala disparada contra la misma piedra. La magnitud de un estímulo de corta duracion compensa la larga permanencia de otro ménos vigoroso. Un estímulo muy fuerte quita la vida con suma prontitud, porque consume de improviso toda la excitabilidad, no dando lugar para los grados intermedios de la paulatina consuncion de ésta, en que consisten las enfermedades

de su respectiva clase. El estímulo ligero, pero diuturno, produce al cabo el mismo efecto; pero gradualmente se va aproxîmando á él, y llega últimamente á producirlo, despues de haber corrido la escala de aquellas enfermedades que son una seqüela natural de su preponderancia respecto de la excitabilidad. El hecho solo de vivir despues de haber nacido, nos conduce de un modo inevitable á la muerte. Por arreglada que sea nuestra conducta en todas sus partes, hemos de morir indefectiblemente. Las causas conservadoras de nuestra vida; las que alguna vez fueron constitutivas de nuestra mas perfecta salud, esas mismas son las que nos llevan al sepulcro por sola la inevitable continuidad de su accion. Estas son las gotas que poco á poco van escavando y destruyendo nuestro sistema.

Qualquiera de las potencias excitativas puede consumir á la excitabilidad pau-

latinamente ó en un momento, segun la magnitud de su operacion estimulante; pero este destructivo efecto resultará con mayor certeza de la operacion reunida de muchas de ellas, y con mas seguridad todavía de la de todas. La bebida espirituosa, tomada de una vez en cantidad excesiva, puede quitar de repente la vida; y aun quando no sea extremada la cantidad en que se tome, acarreará la muerte del bebedor solo por su diuturnidad, aunque con mas lentitud. Si á este estímulo se acompaña el de un hartazgo, el de un gran calor, solo ó antecedido del frio, el de una fatiga muscular, el de los vehementes afectos ó de las meditaciones profundas, tanto mas irreparable será la ruina. El sudor, la languidez, el entorpecimiento del alma, el sueño &c., serán las señales claras de la brevedad con que un estímulo grande agota la excitabilidad, y destruye por conseqüencia la excitacion. La imbecilidad senil

prueba la consuncion lenta del mismo principio, como efecto necesario de la aplicacion diuturna de un estímulo menor. La muerte es el término de uno y de otro.

El divino Autor de nuestra existencia cuidó mas que lo que podríamos hacer nosotros mismos, de nuestra conservacion. Consumida con un estímulo la excitabilidad, se reanima con qualquiera otro nuevo. Una taza de café bien caliente, una copa de rosoli ó de espíritu de vino, disipan la modorra que se siente despues de un espléndido banquete, de un recio exercicio corporal, ó de aquel cansancio que, despues de unas profundas meditaciones, nos inclina al sueño. La misma soñolencia y pesadez que provienen de las bebidas espiritosas, desaparecen con el ópio, como lo han acreditado las experiencias mas decisivas. Si el amoniaco ó el éter son por ventura estímulos mas difusibles que el ópio, ellos despertarán á los que estuvieren ale-

targados en fuerza de la accion estimulantísima de esta substancia. Llega uno cansado de una caminata, se acuesta en el primer sitio que halla: encoge y aprieta con las manos sus adoloridos miembros; y quando, por no sentir de nuevo la molestia de su cansancio, no quisiera moverse de un lugar ni variar de situacion, suena repentinamente una orquesta, y olvidado entónces de las incomodidades que sentia poco ántes, lo vemos provocar de nuevo su sudor, baylando una contradanza. ¿A quantos habrá sucedido el echarse á caminar en seguimiento de la dama que se ausenta y les lleva el corazon (como Doña Clara se llevaba el de Don Luis en las aventuras del inmortal amante de Dulcinea) que vencida la primera jornada, y no hallándola, recobran fuerzas para hacer la segunda y la tercera si tienen esperanza de encontrarla? Los literatos de todas clases nos confesarán, que una lectura amena les

quita el fastidio de otra lectura desabrida. El teólogo, agoviado de leer veinte folios de los Salmantinos; el jurisconsulto, que perdió la paciencia estudiando un punto en la Curia Filípica; el médico, que necesita ir á la cama por haber leido una docena de hojas de Manget, todos indistintamente hallaran vigor para un nuevo estudio, si les presentamos al Hidalgo de la Mancha, á Gil Blas, á Telémaco, á Grandison, ó á Clarisa.

Es pues, una de las propiedades de la
excitabilidad el poder revivir con cada es-
tímulo nuevo, quando otro ú otros aisla-
damente la han consumido, y no han cons-
pirado todos ó la mayor parte de ellos á su destruccion. Pero ¡qué necedad será la de aquel que se abandone á todo género de excesos, confiado en los recursos que acabamos de indicar! El dador de ellos no es pródigo, sino liberal: se apiada de nuestra miseria, y castiga severamente nues-

tros desórdenes. Es infinitamente sabio, y en los mismos principios de nuestra vida puso las causas inevitables de nuestra muerte.

Una excitabilidad, consumida primero por tales ó tales estímulos, vuelta á reparar por otros nuevos, que á su vez la van tambien consumiendo, dificilmente admite reparos ulteriores, y son freqüentísimas las ocasiones en que se niega á todos generalmente. La razon es, porque quanto mayor número de estímulos se haya aplicado para conservar aquella operacion estimulante en que consiste la vida, tanto es menor el recurso que queda para otros nuevos; y tanto mayor es la dificultad de encontrar algunos que resuciten la excitacion, compañera inseparable de la vida. Es menester repetirlo: si qualquiera estímulo, por sí solo, puede aniquilar la excitabilidad y causar la muerte, ¿con quanta mas certidumbre debe aguardar este paradero el que ha vivido expuesto á la vehemencia de muchos estímulos juntos?

Su ruina será mas pronta por de contado, porque es irreparable la pérdida de la excitabilidad quando ha pasado ya de cierta raya, respecto á que no queda otro recurso para restablecer la salud, esto es, para reponer la excitacion idónea en que ella consiste, mas del mismo que causó su destruccion: es decir, la fuerza excesiva de una operacion estimulante, que por lo mismo no admite ya un mayor grado de estímulo. Es dificultosa por esto la curacion de un ébrio que se contiene despues de una larga permanencia en su vicio; pero es casi imposible la de aquel que envejeció en él.

Es de tal condicion la pérdida de la excitabilidad, que á pasos rapidos conduce á la sepultura, si no se ocurre á conservar la vida con un estímulo grande, pero menor que el que la habia casi agotado, despues con otro algo menor, y con otros cada vez menores, hasta llegar á los media-

nos, que son los convenientes para la salud, ó quando mucho un poco mas grandes que los que corresponden á aquel estado. La razon de esto es bien clara, si se traen á la memoria las doctrinas que dexamos sentadas anteriormente. La vida es inseparable de la excitacion, de manera que faltando la una, falta indefectiblemente la otra. La excitacion es una suma compuesta de la excitabilidad y del estímulo; y la excitacion solo es conforme al estado de la salud, quando las dos cantidades que la forman son iguales entre sí.

Los desvios pequeños de este delicado é indivisible equilibrio estan mas próxîmos al estado de salud, que al de enfermedad ó predisposicion para ella; pero los grandes, quando no lo son todavía mucho, se hallan en la tendencia ó predisposicion para las enfermedades, ó ya las forman quando son mayores; porque no puede el ser viviente hallarse mas que en uno de tres

estados, ó en el de salud perfecta, ó en el de predisposicion á la enfermedad, ó en el que, en todo rigor, pueda llamarse enfermedad. La muerte es un estado muy diverso de la vida.

Ahora bien: siendo la excitacion una suma compuesta de la cantidad de la excitabilidad y la cantidad del estímulo, quando falte una ú otra de estas dos cantidades, faltará la excitacion por una conseqüencia necesaria; y quanto mas excediere una de dichas cantidades á la otra, tanto mas próxima se hallará la excitacion á su destruccion total. Miéntras quedase algo de vida en el moribundo, es preciso que haya siquiera un átomo de excitabilidad, y una fuerza estimulante que conserve la pequeñísima excitacion que hace durar la vida.

Pero es propio de la excitabilidad el irse consumiendo á proporcion que va

creciendo la fuerza estimulante, con cuya union produce los fenómenos de la vida: con que si llega el estímulo á ser tan grande como lo era toda la excitabilidad ántes de haberse consumido, agotará á ésta, y perecerá la excitacion. Figurémonos, por un momento, á la excitabilidad, y á la operacion estimulante, como representadas en dos líneas paralelas, divididas en ochenta partes iguales, que sean otros tantos grados de su escala respectiva. Tenga la excitabilidad todos los ochenta grados en el primero de la suya: como nada se ha consumido de ella, la operacion estimulante deberá corresponder á cero; y como á medida que el estímulo crece, la excitabilidad disminuye, quando aquel tenga diez grados, no tendrá ésta mas que setenta; y por la inversa, tendrá diez, quando aquel haya llegado á los setenta de su escala. Si el estímulo llegó á los setenta y nueve, ya no queda la excitabili-

dad mas que en uno, y ya la excitacion es pequeñísima, como que no le falta mas que un solo grado para reducirse á cero.

Quando en tales circunstancias está la excitacion solamente amortiguada, abrumada ó sofocada con la vehemencia del estímulo, puede todavía reponerse, disminuyendo la fuerza de éste. Pero esta diminucion se ha de manejar con mucha delicadez y sagacidad. El buen médico debe imitar á la naturaleza, y no andar á saltos, como no anda ella; sí solo por un órden gradual, fundado en la razon y en la experiencia. Sería la mayor necedad é insensatez, el querer reponer en un instante á los 40 grados una excitabilidad que no tuviera ya mas que dos ó tres. El estímulo debe irse substrayendo paso á paso, y no repentinamente: al modo que debe baxar escalon por escalon el que, despues de haber subido á una elevada torre, quiere andar otra vez por el mismo suelo desde

donde se elevó. A proporcion que van saliendo las aguas que distendian el vientre de un ascítico, se va aumentando la compresion de las vendas. Lo mismo se hace con la parida acabado de expeler el feto. Si llega á enfermarse un ébrio, un gloton, un hombre muy exercitado en tareas mentales ó corporales, su reparo es muy difícil, y debemos tenerlo por casi imposible, si el médico de mera rutina trata de debilitarlo mucho, ó de estimularlo con demasía. Tenemos experiencias diarias de esta verdad. Quitarle al bebedor improvisamente toda bebida espirituosa, es matarlo: es matar al gloton el sujetarlo á una dieta tenue y poco nutritiva.

La excitabilidad consumida con la vehemencia de uno ó de muchos estímulos, no puede repararse mas de conservando cierto grado de excitacion, que casi insensiblemente vaya apartándose de aquel en que consistía la enfermedad, y

aproxîmándose con lentitud al que es propio de la salud. El estímulo auxîliar que se aplique, debe ser un poco menor que el que conduxo al paciente á aquel peligroso estado. Obrando éste á su vez, dará lugar á que se acumule un poco mas de excitabilidad. El estímulo que siga, debe ser un poco menor que el que le antecedió, y así sucesivamente, hasta llegar al justo equilibrio que demanda la salud. A todas las poténcias excitativas se extiende este raciocinio.

Quando el estímulo ha llegado á consumir la excitabilidad, decimos que hay una debilidad, á la qual llamamos indirecta, porque no se origina de defecto, sino de exceso de una fuerza estimulante.

En toda la carrera para la debilidad indirecta, cada nuevo estímulo aumenta la accion opresiva del que le antecedió, añadiendo siempre la suya propia, con que gasta á su vez mas y mas porcion de la

excitabilidad, que ya va siendo menor y menor, hasta que el último estímulo la acaba de consumir enteramente. Un calor grande pone á un hombre sano y robusto en la tendencia para una sinoca, por exemplo: si á mas del estímulo del calor, recibe esta persona el de los muchos alimentos de un espléndido convite, crece mucho su peligro: si á los estímulos ya referidos añade el de la mucha bebida espirituosa, crece mas, é irá creciendo sucesivamente, si en semejante estado se pone á caminar ó á divertirse en un exercicio violento, como tirar la barra, jugar pelota &c. Luego que un estímulo ha llegado á romper el equilibrio que debe tener con la excitabilidad, el nuevo estímulo que se agregue ayuda á la victoriosa accion del antecedente, y el que se siga á la de este, hasta que llegue á tierra aquel lado de la balanza en que estuviere la fuerza preponderante.

El medio único de evitar este mal, el único de conservar ó reponer el delicadísimo equilibrio en que consiste la salud, es el de disminuir la operacion estimulante, y aumentar la excitabilidad en la misma proporcion. Quanto mas se aumenta ésta, tanto mas vigorosa es la accion de los estímulos sobre ella; y miéntras estos no la superen, podrá retardarse la tendencia que tienen á destruirla. Esta es la razon de que el baño frio sea tan útil al acalorado, como despues de él no vuelva á exponerse á la impresion del calor. La moderacion en los alimentos, es el remedio mejor contra un hartazgo: el descanso y la quietud, curan las incomodidades de una caminata: y en general, la remision de todos los estímulos, precave su fuerza destructiva.

Pero como la salud consiste en el delicadísimo equilibrio que hemos dicho, nada avanzaríamos si cuidásemos solo de que

la balanza de los estímulos no lo rompiese, quando en el caso de inclinarse ésta por el lado de la excitabilidad, hallaría la muerte una entrada franca por ese mismo. Ya hemos visto la manera con que se apodera de los seres vivientes en conseqüencia de la vehemencia ó de la diuturna operacion de las potencias excitativas. Veamos ahora como hace lo mismo quando la fuerza de ellas es menor, y por tanto mas inepta para producir aquel grado de estímulo que exîge como una condicion indispensable la salud.

Es menester distinguir este caso del anterior con sumo cuidado y escrupulosidad; porque siendo muy diferente su orígen, requiere tambien un método curativo muy diverso. Procede aquel de la pronta ó lenta consuncion de la excitabilidad por la vehemencia ó por la diuturnidad con que han obrado sobre ella los estímulos; y éste por el contrario, depende del acumula-

miento ó superabundancia de la misma excitabilidad que no han gastado los estímulos, ó por ser inertes de suyo, ó porque se han aplicado en pequeñísima cantidad, ó por ménos tiempo del necesario. Si al que para mantenerse necesita dos libras de alimento, no se le da mas que una onza, se debilitará muy breve de un modo directo: carecerá su estómago de aquella distencion habitual que resulta del volumen de los manjares: los vasos quilíferos llevarán ménos cantidad del líquido nutritivo, natural inquilino suyo; y faltando á la sangre la materia de su regeneracion, se disminuirá proporcionalmente, y sucederá lo mismo á los humores que se van segregando de ella en los emuntorios ordinarios. No hay potencia excitativa á que no pueda aplicarse el mismo raciocinio.

Como nos es desconocida enteramente la naturaleza de la excitabilidad, y hablamos de ella en unos términos vagos y po-

co expresivos, no podremos aventurarnos á presumir que seamos capaces de dar una explicacion satisfactoria del modo con que se acumula, quando no hay estímulos que la gasten. La denominacion de abstracto, que hemos dado á este innegable principio de la vida, es la prueba mas decisiva de la obscura y confusa idea que tenemos de él. Tal vez la excitabilidad es una substancia que se reproduce hasta cierto grado, como se reproduce el fluido galbánico en la columna de Volta; y tal vez se acumula mas y mas, quando no hay unos grandes conductores que le den corriente y la disminuyan.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que ella crece por falta de estímulos que la gasten; y quanto mayor es su diferencia respecto de ellos, es tanto menor la excitacion que resulta de la suma de ambos. El fluido que llamamos calórico, por ser la causa de aquella sensacion que co-

nocemos con el nombre de calor, es uno de los estimulantes mas necesarios para la conservacion de la vida. Si el viviente pierde una gran parte de este fluido, cae de contado en la debilidad directa; y aun quando subsista la debida cantidad de todos los otros estímulos, disminuyéndose por la falta de éste solo la suma total de ellos, es preciso que se disminuya la excitacion, acumulándose ó reproduciéndose otra tanta excitabilidad quanto falte de estímulo que la consuma.

De estos principios tan sencillos como naturales, podemos derivar sólidamente las razones de que aprovechen en unas circunstancias los baños frios, y de que perjudiquen en otras. El calórico es un fluido que, como todos los otros, procura siempre mantenerse en equilibrio: la frialdad, en qualquier cuerpo, no depende mas que de la diminucion de calórico. Si el que tiene ménos se aproxîma al que tiene mas,

substrae á éste toda la porcion que le falta para igualar su temperatura. Así es que quando es mayor de lo justo la cantidad de este fluido, y puede por eso inducir la debilidad indirecta, no hay recurso mas pronto ni mas eficaz que el baño frio para evitar aquel peligro. Más, por igual razon, no habrá daño mas cierto, que el que produciría este baño mismo en una persona extenuada, en quien faltase la cantidad precisa de calórico para la conservacion de la salud.

La falta pues, de este fluido vivificante, es una de las causas productivas de la debilidad que llamamos directa; y lo que hemos dicho acerca de él, es aplicable por un raciocinio idéntico á todas las otras potencias excitativas, tomadas colectiva, ó distributivamente. Los que se escasean el alimento, los inmoderados bebedores de agua, los que por otros medios solicitan un inoportuno refrigerio; los ex-

tenuados por pérdidas de qualquiera de los humores que llenan los vasos; los sedentarios de cuerpo y de alma, que son aquellos que piensan poco, y los de un espíritu apocado, todos estos en realidad son débiles de un modo directo, porque á todos falta el estímulo necesario para conservar el grado de excitacion que es inseparable del estado de la salud.

Como esta reside en un punto equidistante de los dos que terminan la vida, á la manera que ella perece quando la excitabilidad consumida, pronta ó paulatinamente se reduce á cero; así perece tambien quando llega al mismo extremo la operacion estimulante. A 80 grados de estímulo corresponde en la escala con que hemos sensibilizado nuestras ideas, cero de excitabilidad: á 80 grados de excitabilidad corresponde asimismo cero de estímulo, feneciendo en ambos casos la excitacion. Todo viviente, reducido al debilí-

simo estado en que solo tiene la potencia de vivir, y no el goce de una incipiente vida, está muy próxîmo á la muerte: el hombre que llega á ese término, es mas débil que el embrion que acaba de concebirse, y comienza á desarrollar sus imperceptibles miembros.

Aquellos infelices á quienes cogen las grandes nevadas en un monte, pierden por la razon arriba dicha el calórico necesario para la conservacion de la vida, y mueren por una debilidad directa. Así acaban los que mueren de hambre, los que fallecen por las grandes pérdidas de qualquier humor, por la inaccion de los músculos, y por la falta de las pasiones engendradoras del vigor. Qualquiera de las potencias excitativas que tenga una diminucion acelerada, aceleradamente rebaxa la operacion estimulante, aceleradamente acumula la excitabilidad, y aceleradamente vuelve al hombre y á todo ser animado al primer

estado de excitabilidad con que empezó á vivir, y con que es tan imposible continuar viviendo, como volver á reducirse al ser de embrion. La repentina substraccion de calórico originada de un excesivo frio: la grande efusion de sangre que resulta de haberse herido ó roto una grande arteria: la pérdida de otros humores en la pasion iliaca &c., son pruebas demostrativas de la suma aceleracion con que la vida camina en aquellas circunstancias á su exterminio, perdiendo los estímulos conservadores de su exîstencia.

Hemos contado entre ellos al calórico, y numerado por consiguiente á su falta entre las causas productivas de la debilidad directa; y aunque esta es una proposicion que vá muy de acuerdo con los principios mas incontestables de la física, nos vemos en la necesidad de ser algo prolixos en sus pruebas, para quitar de raiz ciertas equivocaciones á que ha dado

lugar el erróneo concepto de algunos escritores célebres y dignos de aprecio por otra parte, pero que han confundido los fenómenos, y que no han querido ó no han podido referirlos á sus verdaderas causas.

El calórico es un ser tan real y positivo como qualquiera otra substancia corpórea. Quando se interpone entre las moléculas de los otros cuerpos, produce en ellos unos efectos reales y positivos, separando mas y mas á las moléculas de sus mútuos contactos, segun es mayor ó menor la cantidad en que se interpone. El frio no es otra cosa que la falta de calórico, como lo tienen demostrado todos los hechos de la Física y de la Química. Con que la accion del frio no puede ser mas que una mayor ó menor diminucion del calórico. Pero la accion del calórico es decididamente estimulante, bien obre combinándose, ó bien interponiéndose. Luego

la del frio deberá ser, y es con efecto, debilitante, pues que substrae un estímulo conocido; y apocando mas y mas su cantidad, impide tambien mas y mas su combinacion.

La excitacion compañera de la salud, es aquella que resulta de una suma en que concurran en porciones iguales la excitabilidad y los estímulos. Quando alguno de estos, ó muchos, ó todos, son excesivos, se desquicia la excitacion del estado de equilibrio, y comienza á disminuir, tanto mas, quanto mas crece la preponderancia referida. Si el calor es ya demasiado, y amenaza el inducir la debilidad indirecta, el frio será su pronto correctivo, porque substrayendo la porcion excedente de calórico, da lugar á que se acumule ó se reproduzca la excitabilidad perdida, y vuelva la excitacion al nivel constitutivo de su vigor saludable. Aunque en este caso podríamos considerar al frio como restau-

rador de las fuerzas vitales, es bien claro que no desempeña este oficio mas que disminuyendo el peso que las abrumaba.

La accion debilitante del frio, no solo restablece la excitacion á su justo equilibrio con la rebaxa de la cantidad excedente del calórico; pero tambien facilitando la entrada del ayre atmosférico al cuerpo vivo, para hacer en él las funciones de que hablarémos mas de espacio en otra ocasion, en que probarémos la suma necesidad de su concurrencia para la conservacion de la vida: y esta es otra de las utilidades que el frio produce, no de un modo positivo y estimulante, sí solo negativo y debilitante, removiendo obstáculos.

Produce asimismo el frio otra utilidad, que ha equivocado y equivoca con freqüencia á los médicos, haciéndoles creer su virtud tónica ó estimulante; y es la de que, despues de su aplicacion, suele ser mejor el apetito, y mas enérgicas todas las

otras funciones vitales, naturales y animales, aun en ciertas personas débiles. Pero en indagando la verdadera causa de que pende esto, se conocerá desde luego no ser otra que la misma accion debilitante del frio. La debilidad directa supone un acumulamiento proporcional de excitabilidad: quanto mas abunda ésta, tanto mas vigorosa es la accion de qualquiera estímulo sobre ella. Acumulándola pues, el frio, dexa lugar para que obren con mayor energía los estímulos subseqüentes, y resucita la actividad de los que obraban ya con languidez. El uso de las bebidas refrigerantes, como remedios contra las pyrexîas en aquellos paises en que es extraño el frio, es otra prueba del modo con que obra, respecto á producir el mismo efecto, que es la substraccion del calórico; medio por el qual vemos freqüentemente contraerse el escroto, que la superabundancia de este fluido habia relaxado. Concluyamos pues,

que el ſrio es un poderoso debilitante, respecto á que substrae del cuerpo un estímulo poderoso. ¿Qué persona débil no siente aumentarse su debilidad con el frio, con el hambre, con las pérdidas de los humores, con las pesadumbres, y con la inaccion de cuerpo y alma? Esto prueba, que la operacion de todas estas causas es constantemente una misma, porque lo que cada una hace es substraer tal ó tal estímulo, disminuir por consiguiente la excitacion, haciendo que superabunde la excitabilidad.

Quando falta algun estímulo, y por su defecto abunda proporcionalmente la excitabilidad, qualquiera otro suple por algun tiempo y de alguna manera sus oficios, con ventaja considerable del cuerpo. Así es, que una buena noticia hace desaparecer la languidez que uno sentía por no haber comido bastante. Al que se le escasea el sueño en conseqüencia del poco ó ningun exercicio corporal ó mental que ha

hecho en el dia, y va á pasar una noche en vigilia, lo adormece un vaso de vino generoso, ó qualquiera bebida espirituosa; y quando esta falta, el ópio suple sus veces. El caminante que quiere defenderse de las injurias del frio, anda á pie. Lo mismo observamos con aquellos estímulos que nos ha hecho agradables la costumbre. Los tomadores de tabaco en polvo, suplen su falta mascándolo en hoja; y los habituados á mascarlo, suelen quedar satisfechos con fumarlo solamente.

Impedidas ó dañadas por algun tiempo tales ó tales acciones, y embarazada por lo mismo la libre operacion de los estímulos ordinarios, se compensa su defecto con otros ménos naturales y ménos usados, y con ellos se va sosteniendo la vida, hasta que restablecidas las funciones, y capaces ya de sostener el vigor natural, como acostumbran, se afianze el estado de la salud. De este modo remedian las fricciones la

falta del exercicio, y las bebidas confortativas la del alimento.

Aunque hemos dicho que la excitabilidad, acumulada por defecto de qualquiera estímulo, puede irse gastando por otros, desde el mas pequeño hasta el mayor grado de su acumulacion, y removerse de esta manera el peligro de que su abundancia llegue al último extremo, privando de la excitacion inseparable de la vida; no debe esto inspirar una falsa idea, ni hacer presumir que sea fácilmente remediable qualquiera debilidad directa, hállese en la graduacion que se hallare. ¡Qué fácil es el caer desde una elevada cumbre hasta una enorme profundidad! Pero ¡qué dificultoso el subir desde esta profundidad hasta la cumbre!

Facilis descensus averni;
Sed revocare gradum, superasque evadere ad auras,
Hoc opus, hic labor est.

Quando han faltado muchos estímulos á un tiempo, ó quando es mas grande la escasez de uno de los mas poderosos y necesarios, es tambien menor la esperanza de volver á poner á la excitabilidad en aquella justa medida que corresponde al equilibrio de la salud; y puede ser tal la magnitud á que la debilidad llegue; puede ser tal la superabundancia de la excitabilidad, que se haga irreparable la excitacion, é indefectible la pérdida de la vida. No hay potencia debilitante, cuya operacion desmesurada no ilustre y confirme esta verdad. Un frio muy grande, acumula tanto mas la excitabilidad, y conduce tanto mas á la pérdida de la excitacion, quanto mayor es la cantidad de calórico que substrae. Un copioso fluxo de sangre, acelera tanto mas la muerte, quanto mayor es la porcion que se pierde de este líquido vital. El hambre y la sed, llegando á ser excesivas, producen el mismo efecto, como tam-

bien las calenturas muy graves, en que son freqüentes los copiosos sudores, los vómitos, los cursos, el excesivo fluxo de orina, el de sangre &c.

Llegándose á acumular la excitabilidad hasta el grado que hemos dicho, será inevitable la muerte prontísima; y apénas habrá un caso ú otro, sumamente raro, en que aquel catástrofe pueda remediarse. Tanto en este caso, desesperado por lo comun, como en aquellos que lo son ménos por no haberse acumulado la excitabilidad con extremo, debe apelarse á unos recursos, que desde luego dicta la razon, si se tienen presentes los datos que deben gobernar la resolucion. Para un lance como este, lo que debe ocurrir es, 1°. que no siendo la Medicina mas que una imitadora de la naturaleza, no debe prescribir los repentinos saltos que nunca da ella en sus obras; 2°. que la falta de los estímulos necesarios para la vida, corre rápidamente

á destruirla, dexando que la excitabilidad abunde tanto como se escasean aquellos; y 3°. que es una de las propiedades de este principio de la vida, el saturarse con qualquiera estímulo pequeño, hallándose acumulada.

En virtud de esto se conocerá, que el socorro contra una debilidad procedente de la falta de estímulos, debe ser la paulatina y circunspecta aplicacion de ellos, administrándolos de modo que alcancen á gastar gradualmente la excitabilidad, y que no la saturen de improviso, ni se propasen en su operacion. El primero que se ordene debe ser un poco mas grande que el que tenia á la excitacion en aquel estado de abatimiento. Solicitada ya por éste una pequeña porcion de la excitabilidad, el segundo estímulo debe ser algo mayor que el primero, y sucesivamente mas grandes los que despues se apliquen, hasta que el restablecimiento de las funciones abatidas

y perturbadas, sirva de indicio de estar ya equilibradas, ó próxîmas á equilibrarse la excitabilidad y la suma de la operacion estimulante.

Este es un caso totalmente inverso de aquel en que la preponderancia de los estímulos anonadaba la excitacion, y abria á la muerte una ancha puerta por su lado; y como allí debimos ir rebaxando poco á poco la fuerza estimulante, hasta ponerla en equilibrio con la excitabilidad; así aquí, debemos irla aumentando por el mismo órden hasta llegar al mismo nivel, sin propasarnos ni quedarnos atrás. ¿Quien ha curado jamas con un banquete al naúfrago miserable que las olas arrojaron hambriento á la playa, ó al que en una suma escasez de víveres ha carecido de todos en muchos dias? Una taza de caldo ha quitado tal vez la vida al hambriento que pensó prolongarla con este auxîlio. ¿Habrá quien lleve á un sediento, que no ha tomado lí-

quidos en tres ó quatro dias, á que apague su sed con los helados de un refresco? Migaja por migaja, trago por trago se deben administrar el pan y el caldo al primero, y gota á gota la bebida al segundo, aumentándoseles sucesivamente y á pequeños intervalos la cántidad, hasta llegar sin precipitacion á la que, sin peligro, toma qualquier sano.

Lo que hemos dicho de la comida y bebida, debe aplicarse á todas las otras potencias excitativas. ¡Infeliz de aquel que, yerto de frio, se exponga luego al calor de la chiminea! La gangrena se apoderará prontamente de sus helados miembros, como se vé cada año en aquellos incautos rústicos de los paises mas septentrionales, que se inutilizan para siempre con aquel auxîlio que pensaron remediaría su incomodidad pasagera. La experiencia ha enseñado, que el medio único de curarlos es irles restituyendo el calor poco á poco,

hasta ponerlos en la temperatura de los sanos. Se les frota primero con la nieve; se les baña despues con agua fria, pero líquida, y que por lo mismo tiene mas calórico que la nieve; despues con la medianamente tibia; y siguiendo por todos los grados ulteriores, se les dexa en aptitud de aprovecharse de un calor mas graduado, sin el peligro que hubieran corrido aplicándoselo desde el principio.

Los mismos afectos alegres deben inspirarse con suma economía al que está anegado en un pesar muy profundo. La desventurada madre de aquel soldado que sobrevivió á la derrota de Cánas, hubiera muy probablemente prolongado su vida si se le hubiera comunicado con prudencia la conservacion de la de su hijo. Lo creía muerto en la comun desgracia de Roma, como lo habian asegurado los que buscaron en la fuga su redencion. Las entrañas maternales, despedazadas á la fuer-

za del dolor, no hallaban lenitivo en los consuelos ordinarios. Quando su afliccîon era mas grande, quando la pena de haber perdido á su hijo amado la tenia en el mas profundo desconsuelo, se le presenta improvisamente el jóven afortunado, y la alegria de verlo vivo la sofoca. Si á esta muger tierna se le hubiera tratado con prudencia y con la lentitud que demandaba el grado de extenuacion á que la habia conducido su pesar, ¿no hubiera disfrutado siquiera algunos mas dias la suspirada compañia de su hijo? La conducta que debió observarse en este caso, era la de ir instruyendo por rodeos á la madre de que era infundado el motivo de su sentimiento, conducido hasta el grado de inconsolable, pues aún no tenia noticias individuales y seguras de la muerte de su hijo, y que éste, tal vez, sería uno de los que lograron escapar de aquella carnicería. Despues de haberla hecho concebir esta

débil esperanza, añadir, que corrian algunas voces que confirmaban que aquella esperanza podría no ser ilusoria. Decir, despues de esto, que se habian recibido otras que iban contestes con la última, y aumentádole gradualmente las esperanzas desde una probabilidad ligera hasta la total certidumbre; presentarla, por último, al hijo, habiéndola vigorizado de antemano con otros estímulos, y una copa de vino generoso.

En el principio de una calentura debe usarse mas estímulo que en el fin de ella, quando todos los síntomas se han agravado, porque entónces ha crecido mas la debilidad, ó, lo que es lo mismo, se ha acumulado la excitabilidad en mayor abundancia, y es tanto ménos susceptible de estímulo quanto es mayor. Una calentura benigna se cura con dósis mas crecida de estímulos que una mas grave, por igual razon: y lo mismo se verifica en las enfer-

medades que penden de menor debilidad que las calenturas. En todas ellas conviene un método estimulante, pero instituido y continuado en los términos que hemos dicho, y que dictan la razon y la experiencia.

Porque como la vida, en qualquiera de sus tres estados, consiste en el éstimulo (segun dexamos probado); y tanto la abundancia como la falta de éste produce las enfermedades, cuya gravedad crece en razon directa del exceso ó de la escasez arriba dichos; la prudencia aconseja á qualquiera que la consulte sobre estos datos, que se apliquen los auxîlios correspondientes á la magnitud de la causa que rompió el justo equilibrio de la salud, y se lleva la balanza por su lado hasta el fondo del sepulcro. La salud perfecta consiste en el equilibrio entre la excitabilidad por un lado, y la accion estimulante de las potencias excitativas por el otro. Por qualquiera lado que se verifique al-

gun exceso, por ese inclinará la balanza; y su inclinacion será tanto mas grande, quanto sea mayor el peso que se la lleve. Si prepondera pues, la de los estímulos, ya hemos visto como ha de irse disminuyendo su cantidad, para que á proporcion se eleve hasta su nivel la que debe servirle de contrapeso. Hallándonos en el caso opuesto, es necesario restablecer en el discurso de la curacion la suma total de los estímulos que faltan, hasta ponerlos en equilibrio con la excitabilidad; pero en unas porciones tanto mas pequeñas quanto la excitabilidad sea mas abundante, y tanto mayores en lo sucesivo quanto se gaste mas, hasta llegar á la medianía que forma el punto de la salud, ó aproxîmarnos á ella todo lo posible.

Llamarémos directa la debilidad que proviene de la falta del estímulo; y no será impropia esta denominacion, si tenemos presente que no se origina de haber-

se aplicado al cuerpo alguna lesion positiva, sí solo de habérsele escaseado ó denegado los auxîlios necesarios para la conservacion de la vida.

Creciendo en todo el discurso de la debilidad directa el efecto de la falta de un estímulo qualquiera con otra falta mayor de otro, y el de ésta con otra mas grande, es claro, que progresivamente va siendo menor y menor la fuerza estimulante, hasta llegar á convertirse en cero: punto en el qual cesa sobre la marcha la excitacion y juntamente la vida. Siendo pues, una máxima inviolable en la Medicina el atender con preferencia á la conservacion de esta, debe serlo con igual fundamento el conservar la excitacion, que es compañera inseparable suya, tanto como si fuera ella misma. Por consiguiente, en este caso, nunca es permitido al médico disminuir la excitacion, y su mayor empeño debe ser el de mantenerla,

porque sin ella no hay esperanza alguna de vivir; y sería no solo imprudencia, mas atentado enorme, el aumentar una debilidad que fuese ya grande de suyo, sin que pudiera servir de disculpa la esperanza de que obre con mas fuerza el nuevo estímulo que se aplique, estando mas acumulada la excitabilidad. Siempre que se hace esto, se aumenta el vicioso estado de la excitacion, que dista tanto mas del punto de la salud, quanto mayor es la abundancia de la excitabilidad, y menor la fuerza de los estímulos que deben obrar sobre ella: y si ya es bastante grande la debilidad, es mas probable que qualquiera aumento suyo acarree la muerte, que no el que disponga al cuerpo para el reparo de su vigor arruinado.

Aun en una debilidad que no pase de mediana deben tenerse presentes estas reflexîones, y no olvidarse jamas, que consistiendo las enfermedades de debilidad

directa en la superabundancia de la excitabilidad y escasez de los estímulos, se seguirá mas daño á la excitacion de un ulterior acumulamiento de aquella, que beneficio del aumento que se espera de la accion de estos. La misma excitacion que se produciría en este caso, quedaría encerrada en límites muy estrechos; y sería indefectiblemente menor que lo que hubiera sido ántes del nuevo acumulamiento de la excitabilidad. Porque siendo la excitacion una suma compuesta de la excitabilidad: mas, la operacion de las potencias excitativas ó estimulantes sobre ella; verificándose indivisiblemente la perfecta salud en aquel punto en que las cantidades componentes son iguales entre sí, y no siendo las enfermedades mas que unos desvios, mas ó menos grandes, de aquel equilibrio, será tanto mayor su gravedad, quanto mas se aparten del punto de la salud, y mas se aproxîmen á la extremidad en que cesa la vida.

Pues si la excitabilidad está ya acumulada á 60 grados, y la fuerza estimulante reducida á 20, es bien claro, que aquel estado de la vida está á una distancia igual del punto de la salud y del de la muerte. Si quitamos 5 grados á los estímulos, de otros tantos se apodera la excitabilidad, otros tantos se aparta de aquella equidistancia, y otros tantos se aproxîma á la funesta extremidad de su lado; y esta aproxîmacion será mayor, quanto mas se disminuya la débil fuerza que la contraresta. Si nos es lícito usar aquí una metáfora atrevida, calcularémos el peligro de semejante estado, con las frases y fórmulas de los fisicos: dirémos, que siendo la fuerza de la atraccion en razon inversa de las distancias; esto es, tanto mayor quanto menores fueren aquellas, la muerte, que está entónces mas cercana, atraerá para su obscuro seno con mas fuerza al viviente que se halle en tan

miserable situacion, que la salud para el suyo, hallándose á mayor distancia y con fuerzas muy inferiores.

Con que, si en una debilidad mediana de 60 grados, por exemplo, consistiendo siempre en 80 la suma de la excitacion: si á esta debilidad, decimos, se aumentan 10 grados, substrayéndolos de la suma opuesta, reducirémos al viviente á un estado, que diste 30 grados de la salud, y 10 solamente de la muerte. El ménos exercitado en calcular las probabilidades, sin haber siquiera oido el nombre de Moivre, (1) conocerá el difícil reparo que admite la excitacion, para volver al lexano centro de que se apartó. Y como miéntras mas abundante sea la excitabilidad, ménos estímulo soporta, se sigue, que quando se pretenda acumular,

(1.) Abrahan Moivre es autor de una insigne Obra intitulada *Doctrina de las casualidades, aplicada á los problemas de la probabilidad de la vida. &c.*

con el designio de hacer mas vigorosa la accion de las potencias estimulantes, naturales, ó artificiales, que se apliquen, se corre el riesgo de no poder producir mas que una mas débil excitacion, inferior á la que se hubiera producido ántes de aquel acumulamiento. Porque estando la excitabilidad á 60 grados, y los estímulos á 20, resultaba una excitacion, que solo distaba 20 grados de la saludable. Si á la excitabilidad se le aumentan 10 grados, ya no admite mas que otros 10 de estímulo, y la excitacion resulta de 10 grados menor que la antecedente.

Esta es la razon del grave perjuicio que reciben del baño frio los hidrópicos, los gotosos, los calenturientos, los diarreáticos, y todos aquellos que estén en una debilidad decidida. ¿Y habrá hombre sensato, que quiera acumular mayor porcion de excitabilidad al que perece de hambre, al que está abrumado de la tristeza,

al que cayó en la inercia de las funciones mentales, al que está reducido á la languidez é inopia de sangre que trae consigo la falta del exercicio, con la vana esperanza de la mayor energía de los estímulos, quando aquella estuviere mas abundante? En una palabra: solo conviene acumular la excitabilidad en el caso de una debilidad indirecta, sin propasarse al extremo opuesto.

La naturaleza nunca anda á saltos, siempre lleva un órden gradual en sus operaciones: y el médico, que debe ser un imitador suyo, debe en todo arreglarse á la conducta que ella observa. En virtud de este principio, es necesario tener por una regla invariable en los consejos médicinales, el no añadir debilidad á debilidad. No añadir debilidad directa á la directa; porque es agravar el mal en su línea: no añadir debilidad indirecta á la directa, ó al reves; porque en el primer

caso se aumenta la debilidad directa, y en el segundo es dar un salto de un extremo á otro, de que será preciso que se sienta mucho la naturaleza. En la debilidad indirecta se debe ir substrayendo paulatinamente la fuerza de los estímulos; y en la directa se deben ir aumentado paulatinamente.

No dexarémos este artículo, que reputamos como la clave fundamental de toda la nueva doctrina, sin haber sensibilizado mas nuestras ideas con una imágen de que es autor original Mr. Christie. Figurémonos un horno ó una chimenea, en que para mantener el fuego haya por detras un cañon ó tubo, por donde gradualmente se esté echando un carbon que no sea demasiado combustible, y otros muchos tubos por los lados, por donde puedan dirigirse varias corrientes de ayre que sostengan aquella combustion. El horno ó chimenea nos representa á la má-

quina animal: el carbon á la excitabilidad, que se consume, se acumula, ó se reproduce: los tubos laterales, á las potencias excitativas; y la llama que resulta, á la excitacion, que es la misma vida. Figurémonos tambien, que esté dispuesta nuestra chimenea de manera que sea precisa la accion de todos los tubos conductores del ayre igualmente que la reposicion del carbon que se fuere consumiendo, para que la llama se mantenga en una justa medianía, que será aquella en que esté todo el carbon inflamado, sin un exceso que amenaze consumirlo muy breve, ni en un grado tan remiso que se apague echando nuevo carbon encima.

Qualquiera podrá hacerse cargo de que la llama de nuestra chimenea se pondrá en su mayor fuerza, quando soplen en ella con demasiado ímpetu los cañones laterales, y que esta fuerza será proporcional siempre á la magnitud de los

soplos, que por su vehemencia ó por su diuturnidad llegarán últimamente á consumir todo el carbon, y á no producir llama alguna por falta de él. Esta consuncion será mas pronta, y mas viva la llama que produzca, si en vez del ayre comun se dirigen corrientes de oxîgeno á nuestra chimenea.

Las potencias ordinarias con que sostenemos nuestra vida, son los soplos de ayre comun, que no aceleran su destruccion, pero que á la larga la causan de un modo indefectible, como la del carbon en la chimenea por el solo hecho de arder. Los que se estimulan demasiado con el vino y los licores espirituosos, con el ópio, el almizcle, el alcanfor, &c. se hallan en el caso de la chimenea soplada con el oxîgeno. Su vigor es mayor que el ordinario; pero se abrevia tanto su duracion quanto mas crece la intensidad de aquel: á la manera que arde mejor la candela en una at-

mósfera de oxîgeno, pero fenece tambien con mayor prontitud.

Si en vez del soplo de ayre comun se dirige á la chimenea por los tubos el de algunos gases ineptos para la combustion, se apagará la llama improvisamente, como acaba improvisamente la vida del hombre, y de qualquiera animal, quando se le substraen de golpe algunos de los estímulos necesarios para su conservacion. La rotura considerable de una arteria, qualquiera fluxo copioso y precipitado de sangre ó de otros humores, acarrea la muerte con grande celeridad. Lo mismo hace el excesivo frio, robando el calórico necesario para la exîstencia del hombre: lo mismo la falta total de qualquiera otra de las potencias excitativas ordinarias. En la chimenea queda el carbon intacto, pero la llama perece. Así tambien en los animales se acumula, faltando los estímulos, una excitabilidad, no solo inútil, pero tambien perniciosa.

Si el soplo que se dirige á la chimenea, quando solo tiene una llama débil, es muy fuerte, la apaga sin falta: como tambien mata al enfermo exhausto de vigor la aplicacion imprudente de algun estímulo poderoso. Una cucharada de espíritu de vino bastará para sofocar instantaneamente á un moribundo.

Pero si la llama de nuestra chimenea se halla en un estado regular, y entónces se disminuye la fuerza del soplo que la conservaba, comienza tambien ella á debilitarse y hacerse incapaz de incendiar todo el carbon que está saliendo del tubo construido para el efecto. Miéntras éste se acumula mas, se va haciendo mas impotente para consumirlo la pequeña llama; y llega el caso de que su acumulamiento la sofoca. Si al que vive en un estado de salud regular se le disminuyen los alimentos, ó se le dan en lugar de los usuales otros ménos nutritivos, es lo mis-

mo que disminuir el soplo en la chimenea; la fuerza vital comenzará á desfallecer, y seguirá desfalleciendo, á proporcion que los alimentos se varíen en cantidad ó en calidad: se acumulará la excitabilidad lo mismo que el carbon, y su acumulamiento sofocará al cabo el débil fuego vital.

Si queremos avivarlo quando no está extinguido todavía, hasta los herreros nos enseñan que debemos comenzar por un aumento gradual de la fuerza del soplo, hasta reponer toda la llama que necesitamos; y si nos hemos propasado en el uso de este medio, debemos ir afloxando gradualmente hasta llegar á la justa medianía, que mantenga en vigor á nuestra chimenea.



CAPÍTULO IV.

Asiento y efectos de la excitabilidad.
Desigualdad con que diferentes potencias afectan el sistema.
Partes que son mas afectadas.
Proporcion entre la afeccion parcial y la universal.
Partes mas afectadas por las potencias ordinarias.
Las afecciones parciales son semejantes y coexistentes con la universal.
Los remedios no actúan parcialmente.

AQUELLA prontitud con que en el momento que se nos toca qualquiera parte de nuestro cuerpo, aunque sea la mas remota del orígen comun de las sensaciones, lo sentimos; y aquella con que movemos, en el instante que queremos, qualquiera de los miembros sujetos al imperio de la voluntad, es la prueba ménos equívoca de que estos movimientos no se producen por el intermedio de un líquido que fluya por estos ó aquellos canales, sino, quando mu-

cho, por el de un fluido etéreo, que obre instantaneamente, como obran el eléctrico ó el galbánico. Siendo pues, uno de los indicios de la vida el exercicio de las acciones propias del cuerpo viviente; siendo esta una de ellas, y quedando probado ya que todas las acciones vitales se exercen de un modo uniforme, esto és, actuando los estímulos sobre la excitabilidad, es necesario convenir, en que esta propiedad constitutiva y esencial de la vida no tiene otro asiento en el cuerpo que la posee mas de todo el sistema nervioso y muscular, si acaso no son ambos una misma cosa que varía solamente en algunas circunstancias accidentales, como no nos sería muy dificultoso probarlo.

Lo instantáneo de la accion, y lo general de ella, á conseqüencia de qualquiera potencia excitativa que se le aplique, prueba que la excitabilidad está difundida por todo el cuerpo; que no consta de par-

tes integrantes, como la sangre y los demas humores, pero que es una sola é indivisible en todo el sistema del individuo animal, y de todo ser organizado que exerza mas ó ménos las funciones de la vida.

Por distante que se halle del estómago la parte en que se sienta un dolor vivo, qual es el de la gota y otros semejantes, la pequeña cantidad de ópio que actúa sobre aquella entraña, hace desaparecer dentro de pocos momentos la molestia que estaba tan lexana.

No hay potencia alguna de las excitativas que pueda á un mismo tiempo aplicarse á todo el sistema excitable. Ellas son cuerpos, y obran de un modo corpóreo: y el sistéma es tambien un cuerpo, que recibe de un modo corpóreo sus impresiones. La vibracion de la cuerda templada, se difunde por toda ella al golpe que le da el martinete ó la mano. Sucede lo mismo

con la excitabilidad: todo el sistema nervioso y muscular sienten la impresion que ella recibe de las potencias excitativas, naturales ó artificiales. Pero, del mismo modo que en la cuerda es mas perceptible el golpe en el mismo punto en que empieza la vibracion, sin que el serlo mas en esta parte impida el que se difunda por toda su longitud; así tambien en el sistema nervioso actúa con alguna mas fuerza la potencia estimulante en la parte singular á que se aplica, sin dexar por eso de propagar su movimiento por toda su extension, y afectar á toda la excitabilidad, aunque no de un mismo modo, en todas partes.

La afectada primeramente, recibe un mayor impulso, como lo recibe la cuerda en el punto en que es tocada. En este sitio es mas perceptible su impresion que en qualquiera otro; y por de contado, no depende de otra causa que del impulso

primitivo dirigido á aquel lugar determinado; pero la conmocion de éste se extiende inmediatamente por todo el cuerpo, y la suma total de las impresiones que resultan en él es ciertamente mayor que la parcial del sitio afectado primeramente.

Esta proposicion admite una prueba matemática exclusiva de qualquiera duda. Comparémos la extension de la parte que sintió el impulso de qualquier potencia excitativa, con la de todas las otras á donde se propagó el movimiento. El cálculo será justo, siempre que comparémos la impresion de esta parte, ó la producida solamente en ella, con la producida en todas las otras que le sean iguales. Figurémonos pues, que la afeccion de la parte impelida sea igual á 6. Figurémonos asimismo, que cada una de las otras partes no haya recibido mas que la mitad de los grados de impresion que recibió la primera. Supongamos tambien que las partes

afectadas secundariamente sean mil, y por una cuenta que puede hacer qualquier aritmético de los ménos exercitados, se convencerá que, en el caso que proponemos, quedará la razon entre la impresion parcial del sitio afectado, y la de todos los otros que le sean iguales, como 6 es respecto de 30. Este raciocinio matemático en sí mismo, se confirma con la experiencia constante de los efectos que producen todas las potencias excitativas, afectando en primer lugar la parte á que se aplican directamente, y despues á todo el sistema.

El primer efecto del calor se siente en la superficie del cuerpo á donde se aplica inmediatamente. El primer efecto de los alimentos se nota en el estómago y en el canal de los intestinos. La sangre extiende primeramente las arterias y venas: los demas humores sus respectivos canales ó receptáculos: el exercicio muscular y la

quietud producen su efecto primitivo en las fibras musculares y en los vasos que entran á componer la corporatura de los músculos: los afectos del animo y las meditaciones del entendimiento exercen su primera accion sobre el cerebro. Respectivamente probariamos lo mismo de qualquiera potencia excitativa, respecto á no haber una sola que no afecte primeramente á una parte, y despues, por consentimiento, á todas las otras.

Si en un hombre que está disfrutando una próspera salud, vemos correr algun sudor por la frente, esto nos da á conocer que se ha aumentado su excitacion, y en este caso freqüentemente se disminuye la insensible transpiracion, sin llegar todavía á hallarse aquel individuo en el estado de enfermedad, y sí puramente en el de predisposicion, tanto mas grave, quanto mas distante se halle de la justa medianía en que consiste la salud. Propasada la raya

última de la predisposicion, y elevada la excitacion al grado de enfermedad, nos presenta ciertos caractéres para conocer su mas ó ménos peligrosa altura; como son la inflamacion, ó qualquiera afecto parecido á ella, el delirio, &c. Una transpiracion excesiva, un sudor frio y espeso, las demas evacuaciones profusas, los espasmos, las convulsiones, las perlesías de algunos nervios, la imbecilidad y confusion de la mente, el delirio, son las señales de una excitacion disminuida, ó de una debilidad, que es lo mismo.

Como la operacion de las potencias estimulantes comunes se dirige siempre con alguna preferencia á una parte determinada, mas que á qualquiera otra, bien obren ellas con demasía, ó bien con languidez ó con una justa proporcion, es preciso que su efecto sea de un mismo género en todas partes, y nunca contrario en una á lo que fuere en otra; y que del mismo modo que

el efecto universal puede ser excesivo, proporcionado ó deficiente, así tambien lo sea el particular, con la única diferencia de su respectiva mayoría: es decir, que si la excitacion universal es excesiva, lo es todavía mas la de la parte en que ha obrado con mayor inmediacion la fuerza de las potencias estimulantes. El demasiado alimento, aumentando la excitacion general, aumenta proporcionalmente mas la del estómago, que inmediatamente lo ha recibido. El calor aumenta asimismo con igual proporcion la excitacion de la superficie, aumentando la de todo el resto del cuerpo. La accion debilitante del frio se hace mas sensible en las partes externas, que reciben inmediatamente su impresion; y el estómago se resiente mas de la hambre, que hace desfallecer á todo el cuerpo. Por que siendo unas mismas las potencias excitativas, una misma en todas partes la excitabilidad sobre que obran, y uno mismo

el modo con que la afectan, es imposible que dexen de producir constantemente un efecto mismo; porque á una totalidad de causa, corresponde una totalidad de efecto. Aumentada pues, en todo el sistema la excitacion general, no puede estar disminuida en ninguna parte de él; y por la inversa, no puede estar aumentada en una parte estando disminuida en el todo. No hay, en una palabra, otra diferencia entre la excitacion general y la particular, que la de la magnitud. En un cuerpo que ha propasado los límites de su justo vigor, puede muy bien haberlos propasado algo mas una de sus partes: en otro que está muy distante de llegar á él, puede estarlo mas alguna de sus partes. Una causa que obra de un modo necesario, uniforme, constante y con sola una diferencia de magnitud, no puede producir efectos contrarios.

Infierese de lo dicho, que ninguna

impresion comun reside en una sola parte determinada; pero que todas, y qualquiera de ellas, afectan con generalidad á todo el cuerpo, sin otra diferencia que la de la mayor ó menor fuerza con que es afectada la excitabilidad de esta ó de la otra parte.

Qualquiera que observe las enfermedades comunes con la atencion correspondiente, notará sin dificultad, que no es la parte que mas padece la que recibió la primera impresion que se deriva despues por todo lo restante del cuerpo; porque en el momento que es afectada la excitabilidad en qualquiera sitio que participa de ella, en ese mismo lo es en toda su extension, respecto á ser una propiedad única é indivisible.

El dolor vehemente del pecho, característico de la inflamacion interna en la pulmonía, no es la afeccion que primeramente se presenta en este terrible mal; y

ántes bien casi siempre se nota despues que han precedido las otras señales de la general. Los dolores de la gota no son tampoco la primer molestia que siente el gotoso; pues ha llegado á sufrirla despues de haber experimentado los fenómenos precursores suyos, indicantes nada equívocos de una indisposicion general de todo el sistema. No hay potencia excitativa cuya operacion no conmueva con igual prontitud á todo el cuerpo que á qualquiera de sus partes, con la diferencia arriba dicha. Todas las enfermedades comunes, al mismo tiempo se curan en todo el cuerpo que en qualquiera de sus partes; y muchas veces se curan primero en todo él, que en la parte singular que mas padeció. Despues de curada una pleuresía, suele sentirse un dolorcillo ligero en el mismo parage que se sentía el dolor vehemente.

En conseqüencia de esto, por grave

que nos parezca la afeccion de esta ó aquella parte en las enfermedades comunes, como la de los pulmones en la pulmonía, y la de los pies en la gota, no hemos de creer que estos dolores son toda la enfermedad, sí solo una parte suya, muchísimo menor que toda ella: advertencia que es necesario no perder de vista para no contentarnos en semejantes casos con dirigir la curacion solo á la parte que mas tolera, pero sí á todo el cuerpo; porque la razon natural dicta, que si queremos destruir á un todo cuyas partes tengan entre sí una adherencia que no haya fuerzas humanas que superen, será una gran necedad empeñarnos en atacar á una sola parte que no puede desprenderse de las otras. Si esta parte ofendida fuese externa, y accesible por lo mismo, nunca estará por demas el aplicar sobre ella unos auxîlios locales, que ayuden á los internos y generales en su respectiva accion.

Las fomentaciones de éter, y mas que ellas las de laúdano, alivian las molestias del gotoso, á quien al mismo tiempo se administren las medicinas internas correspondientes.

CAPÍTULO V.

De la contraccion muscular y sus efectos.

De la excitacion, causa de la densidad.

Diferente fuerza de los músculos en estado de salud.

En el de enfermedad.

Despues de la muerte.

No hay funcion alguna de la vida que no dependa de la excitacion, como lo hemos probado é inculcado repetidas veces; y siendo la contraccion muscular una de ellas, es preciso que siga la misma ley que las otras, y que como todas y qualquiera de ellas corresponda siempre á la magni-

tud de la excitacion. La facultad pues, de contraerse que tienen las fibras musculares, será íntegra y subsistirá en su vigor saludable, miéntras la excitacion se mantenga en los límites que son propios de la salud. A la manera que solo hace buenas digestiones un sano; y nunca se ha reputado por tal, al que acosado de una hambre canina, debora grandes cantidades de alimentos; así tambien las contracciones musculares, nunca podrán ser verdaderamente fuertes, aunque sean excesivas, miéntras no dependan de la excitacion mediana, constitutiva de la salud. Solo entónces hay vigor verdadero: solo entónces hay verdadera fuerza vital: la que de ningun modo se ha de confundir con la puramente mecánica, si no querémos precipitarnos al abismo de errores en que han caido los que no han querido ó no han sabido hacer esta importante distincion. No hay verdadera fuerza para los movimientos, en don-

de no hay al mismo tiempo la facilidad de executarlos ó de suspenderlos. ¡ Infeliz el profesor que se gobierne por apariencias, y no por principios ciertos! Pero ¡ mas infeliz todavía el enfermo que cayere en sus temerarias manos! Los temblores, las convulsiones y todos los achaques comprehendidos en este género, se cree dependen de un aumento de vigor; siendo evidentísimo todo lo contrario, como lo demostrarémos en otra ocasion, y entónces harémos ver que su verdadera causa es la debilidad indirecta, originada de la aplicacion de un estímulo demasiado activo sobre la parte convelida.

Aquella misma contraccion enorme que forma los espasmos, está muy léjos de ser una accion verdaderamente grande y vigorosa, quando en realidad solo es mas diuturna y mas defectuosa, que quanto es mayor, depende mas de la debilidad indirecta producida por el estímulo local

de la distension, ó de qualquiera otra cosa que imite su modo de obrar: y como á proporcion que la debilidad directa ó indirecta se aumenta, se disminuye la excitacion, y con ella se disminuye tambien el vigor, es consiguiente que el espasmo esté destituido de él; y con efecto, el hecho de no curarse con otros auxîlios que los estímulantes, convence esta verdad.

Quedando pues, demostrado, que la magnitud de la contraccion muscular, quando es una accion genuina y sana, está íntimamente unida con el verdadero vigor, debe inferirse con igual certidumbre, que la densidad correspondiente á las fibras contractiles, reputadas sólidos simples, debe ser constantemente proporcional á la medida de la misma contraccion.

Luego, derivándose ésta de la excitacion, del mismo orígen ha de nacer la densidad de las fibras que componen la corporatura del músculo. Quanto mayor

sea la excitacion mayor será tambien la densidad. La grande robustez de un maniaco, procedida de una excitacion aumentada, se descubre con solo observar sus músculos fornidos, y al verle levantar masas enormes, mostrando fuerzas muy superiores á las de otros hombres. Por el contrario, anonadándose la excitacion en la proxîmidad de la muerte, todo el cuerpo se relaxa, y faltan las fuerzas aun para mover una paja. En qualquiera enfermedad vemos diariamente, quando su terminacion es funesta, que las fuerzas se van disminuyendo gradualmente, y aumentándose con igual proporcion la laxîdad. Qualquiera puede repetir los experimentos de Haller, y conocer por ellos la fuerza comparativa de las fibras musculares vivas y de las muertas: como asimismo la densidad de unas y otras en los dos estados. Es cierto que quanto mas denso fuere un cuerpo de que se cuelgue

algun peso, tanto mas difícil será romperlo. Las fibras musculares vivas, sostienen, sin romperse, pesos incomparablemente mayores que las muertas: luego es tan claro como la luz, que aquellas son mucho mas densas que éstas. Pero la fibra muerta no se distingue de la viva mas que en la falta de excitacion: luego la excitacion sola era la causa de aquella mayor densidad.

En toda la extension del cuerpo se disminuye el calibre de los vasos circulatorios roxos ó diáfanos, á proporcion que crece el vigor y se aumenta conforme crece la debilidad, como lo explicarémos mas ampliamente en lo sucesivo. Esta es la causa de disminuirse la transpiracion en tales y tales enfermedades.



CAPÍTULO VI.

Forma de las enfermedades y de las predisposiciones para ellas.
Relacion entre la salud, la predisposicion y la enfermedad.
Todas dependen de la excitacion variada.
Enfermedades esténicas y asténicas.
Diátesis.

Hemos dicho ya que la excitacion no es otra cosa que el efecto de las potencias excitativas que obran sobre la excitabilidad. Hemos dicho asimismo, que para que todo ser viviente tenga el justo vigor á que debe ascender, era necesaria una excitacion média, compuesta de sumas iguales de excitabilidad y de accion estimulante de las potencias excitativas. La salud perfecta consiste en un punto indivisible, que en nuestra escala es el señalado con el número 40; pero los pequeños desvios que por un lado ó por otro admita la ba-

lanza de la excitacion, pueden tambien denotar ciertos grados de salud que se aproxîmen mas ó ménos á la perfecta, y no pueden llamarse predisposicion para la enfermedad. En efecto, no hay viviente alguno cuya excitacion se conserve constantemente por muchos dias en un grado determinado. El propasarse un poco en el alimento, ó no tomar todo el necesario: el hacer un poco mas de exercicio ó guardar algun mayor reposo: el que soplen estos vientos ó aquellos: el que abunde ó escasee la electricidad atmosférica, &c. son otras tantas causas que mantienen en un perpetuo bayben a la excitacion, haciéndola inclinarse ya á un lado, ya á otro. Pero en el estado de la salud regular y comun, nunca son permanentes las inclinaciones á un solo lado: suben y baxan alternativamente los brazos de esta delicadísima balanza; y por eso conocemos que la preponderancia no se determina á lado alguno.

Mas quando ya el peso comienza á inclinar constantemente por alguno de ellos, es indicio de que el equilibrio se ha roto; de que ya no son iguales las sumas de la excitabilidad y de la operacion estimulante; y de que el cuerpo va predisponiéndose para las enfermedades, con tanta mayor presteza, quanto sea mayor el desvio del punto central. Esto es lo que llamamos predisposicion, y lo que hemos notado en la escala entre los grados 50 y 55 por una parte, y 30 y 25 por otra. Es decir, que quando la excitabilidad es mayor ó menor 10 grados de los 40 que corresponden á la salud perfecta, está el cuerpo predispuesto para las enfermedades del lado en que estuviese el exceso.

Luego que éste es ya mayor de 15 grados, comienzan las enfermedades, cuya gravedad crece á proporcion que aumenta la cantidad preponderante, hasta rematar en la muerte quando el exceso sobredicho

llega hasta donde puede llegar. Esta es toda la idea que podemos dar de los fenómenos de la vida y del cuerpo humano en particular, bien lo considerémos en el estado de salud, ó bien en el de predisposicion para alguna enfermedad, ó bien en la enfermedad misma. En una palabra, la excitacion es el orígen único de la salud y de su destruccion.

Los médicos han formado muchos sistemas para explicar las causas de nuestras dolencias. Todos los sistemáticos, indistintamente, se han extraviado, dedicándose á estudiar al hombre muy léjos del hombre mismo. No ha habido secta filosófica que no haya echado algun polvo para enturbiar mas y mas las aguas puras que, como fuente saludable, debe verter la Medicina: No vive el hombre por sí mismo: Dios hizo á la vida dependiente de substancias muy distintas del viviente. De fuera le viene el calórico que lo vivifica,

el fluido eléctrico que lo agita, los alimentos con que se sostiene &c. Combinandose estas cosas de distintas maneras, todas maravillosas y dignas de la infinita sabiduría de su Autor, se han ido convirtiendo en nuestro cuerpo mismo. De ellas se formaron nuestros huesos, nuestras carnes, nuestros nervios, nuestros vasos, nuestros humores, y por decirlo de una vez, todo nuestro cuerpo, todos los de los otros animales, y todos los de los vegetales sin excepcion alguna.

Pero estas mismas substancias serían por sí solas incapaces de entrar en tan admirables combinaciones, si no hubiera en los vivientes un principio tan absolutamente necesario para su actuacion, que faltando él, es imposible que llegára ella á producirse. Este principio desconocido en sí mismo, es el que llamamos excitabilidad. De la accion de las substancias arriba dichas, y de las otras potencias excita-

tivas sobre la excitabilidad, nació todo quanto hay de sólido y de líquido en nuestro cuerpo. A la excitacion se debe la formacion de los sólidos simples, su densidad, y su agregacion para formar los compuestos. A la excitacion se debe la exîstencia de los líquidos, y todas las alteraciones saludables ó enfermizas que admiten en el cuerpo vivo.

Ya hemos prevenido que no tratamos en este lugar de los achaques limitados á parte determinada, ó de los vicios instrumentales; sí solo del estado comun á todo el cuerpo: y repetimos la promesa de hablar de las otras á su debido tiempo. Nuestro objeto por ahora es solamente el de la excitacion general.

Esta es la que produce todos los fenómenos de la vida, como lo prueban todas las potencias excitativas, que siempre obran estimulando y excitando, segun lo hemos dicho. Las acciones propias del

cuerpo vivo, sirven tambien de prueba de esta verdad, pues su vigor es constantemente relativo al estado de la excitacion. Por último, los mismos medicamentos con que se curan las enfermedades, dan un testimonio bien claro de que solo obran aumentando ó disminuyendo la excitacion, segun lo exîja el caso ó la naturaleza del achaque que procura combatirse.

Siendo pues, una misma la operacion de aquellas potencias que estimulan con la medianía que demanda la salud, ó con mayor, ó menor fuerza que la que esta pide; siendo tambien una misma siempre la excitabilidad por cuyo medio actúan, sin otra diferencia que la de el mas ó ménos, debe resultar una misma excitacion. Luego el estado enfermizo y el sano no se distinguen especificamente entre sí.

Quando la operacion estimulante se ha propasado de sus justos límites, decimos que se ha aumentado tambien fuera

de ellos la excitacion; y entónces resultan aquellas enfermedades comunes que llamaron flogísticas nuestros antepasados, y nosotros llamarémos esténicas con mayor propiedad, ó por mejor decir, con la propiedad de que ellos estuvieron muy distantes. La excitacion puede traspasar sus límites, sin que haya sido el calor la causa que la haya conducido á aquel estado: caso único en que podría llamarse afeccion flogística la que resultára.

Si la excitacion se ha disminuido por consuncion enorme de la excitabilidad, ó por el acumulamiento de esta, nace otra clase de enfermedades contraria à la primera. A estas enfermedades llamarémos asténicas, esto es, procedentes de la falta de vigor. Así quedarán divididas todas las enfermedades comunes en dos formas solamente, las quales deberán comprehender á sus respectivas predisposiciones, como que estas solo se diferencian de aquellas

en pocos grados, y tan pocos, que bien podríamos llamar enfermedades tacitas á las unas, y manifiestas á las otras.

La excitacion aumentada ó disminuida es la única causa próxîma y la única verdadera de quantas enfermedades comunes afligen al género humano y á todos quantos vivientes tiene la naturaleza. Las mismas potencias que afectan de esta ó de aquella manera la excitabilidad, y producen una excitacion mayor ó menor que la saludable, producen asimismo la predisposicion para las enfermedades, las enfermedades mismas, y todos los grados de su respectiva forma. Los mismos remedios que quitan las predisposiciones, quitan tambien las enfermedades en todos sus grados, miéntras se hallen todavía en la esfera de curables. Una pulmonía y un catarro no se diferencian mas que en grados: unas mismas causas producen la una y la otra de estas dos enfermedades, segun que

obran con mayor ó con menor fuerza estimulante. Unos mismos remedios curan la una y la otra, sin mas distincion que la gradual. En una y en otra está aumentada la excitacion; pero mas en la pulmonía que en el catarro. La indicacion curativa de ambas es la de substraer estímulos para rebaxar la excitacion á los justos límites de la salud; pero en la pulmonía se han de substraer en mayor número y con mayor prontitud; y en el catarro en menor y con menor aceleracion. La fiebre intermitente y el tifus no se distinguen mas que en grados: dependen de una excitacion mas disminuida en el segundo que en la primera. Se curan reparando esta excitacion por medio de los auxîlios que por su energía sean capaces de hacerlo; pero en el tifus se requieren mas poderosos y mas continuados que en la intermitente, gobernándose con arreglo á los principios que dexamos establecidos. Las enfermedades

no son mas que unos desvios de la excitacion mediana constitutiva de la salud, que consiste en el justo equilibrio de la excitabilidad y de la operacion estimulante, sin inclinarse á un lado ni á otro.

Las potencias excitativas, que aumentando su fuerza predisponen al cuerpo para las enfermedades esténicas, ó que llegan á producir estas enfermedades, deberán llamarse potencias estimulantes; y darémos el nombre de asténicas ó debilitadoras, á aquellas que, bien substrayendo estímulo, ó bien no ministrando el necesario, conducen á las enfermedades asténicas, y ántes que á ellas á la predisposicion que las antecede. Por diátesis esténica entenderémos aquel estado del cuerpo en que, aumentada la excitacion, se producen las enfermedades esténicas y la predisposicion á ellas; y por diátesis asténica el estado contrario en que, disminuida la excitacion, se predispone el cuerpo para los

achaques hijos de la debilidad, ó llega últimamente á implicarse en ellos. Una y otra diátesis forman un estado comun entre la enfermedad y su predisposicion, que no se distingue mas que en la magnitud. Llamarémos lesiones excitantes á todas aquellas cosas que sean capaces de conducir una y otra diatesis al grado de enfermedad.

CAPÍTULO VII.

De los efectos de una y otra diátesis, y de la misma salud perfecta.

Las potencias esténicas animan.

Las asténicas abaten las funciones.

Causas físicas de que el hombre no sea inmortal.

Conversion de una diátesis en otra.

Engaño de los síntomas.

La vida es un estado violento.

EL efecto comun de las lesiones esténicas, afectando las acciones propias del

cuerpo, es aumentarlas primeramente, y despues disminuirlas en parte y en parte perturbarlas, pero sin debilitar jamas, miéntras no llegue á ser su fuerza ó su operacion tan grande ó tan diuturna que induzca la debilidad indirecta. El de las asténicas, por el contrario, es el de disminuir perpetuamente las mismas acciones, aunque alguna vez presenten éstas una falsa apariencia de estar aumentadas. El cuerpo del que se halla atormentado de una grave pulmonía, se hace inhábil para el movimiento, no por debilidad, sí por un exceso de fuerza muy superior á la que demanda la salud. Las mismas causas que han producido la pulmonía, han producido tambien todos sus síntomas, que no son mas que partes de ella, y entre estos se cuenta la inhabilidad para el movimiento. Las lesiones productivas de este terrible mal, en que se vé la diátesis esténica, ó exceso de vigor en el grado mas

alto, todas han sido estimulantes, y todas han sacado á la excitacion de su nivel, consumiendo tanta excitabilidad quanto estímulo se ha sobreañadido. Los remedios que curan la pulmonía, restablecen tambien los movimientos que durante ella estaban inhabilitados. Pero la pulmonía no se cura mas de con debilitantes poderosos: luego la inhabilidad para el movimiento, que es sintoma de ella, y cede á los mismos auxîlios, tiene el mismo caracter esténico exclusivo de toda debilidad.

El espasmo y la convulsion, que sin fundamento legítimo se han reputado hasta el dia efectos del incremento de la potencia nerviosa, nunca se curan mas de con los remedios roborantes enérgicos y prontos en su operacion; remedios con que indistintamente se curan todas las debilidades: luego aquellas acciones aparentemente aumentadas que vèmos en los espasmos y en las convulsiones, proceden

únicamente de la debilidad, y son partes ó síntomas de una enfermedad en que la excitacion se ha disminuido, y con ella se ha disminuido tambien el vigor.

Nunca habria enfermedad en el mundo, y sería eterna la vida de los hombres, si pudiera conservarse la excitacion en aquel justo equilibrio en que consiste la salud perfecta. Pero hay dos obstáculos insuperables para poder, ni remotamente, esperar la exêncion de la muerte. Es de tal naturaleza la diátesis esténica, que consumiendo ántes del tiempo regular la porcion de excitabilidad que nos dispensó el Criador desde el momento que empezamos á vivir, nos acorta los plazos de la vida, y nos conduce tarde ó temprano á la muerte, á proporcion de su magnitud, haciéndonos pasar las mas veces la molesta escala de las enfermedades.

Tambien nos lleva al sepulcro la diátesis asténica, no ministrando aquella can-

tidad de excitacion que es necesaria para la salud, y rebaxando por consiguiente la vida, hasta el punto en que comienza el imperio de la muerte. Los auxîlios mismos con que imaginamos prolongar nuestra duracion, nos conducen á nuestro exterminio; y lo hacen con tanta mas prontitud, quanto mas enérgicos son para aumentar en alguna época nuestro vigor. Si medrosos de esta celeridad con que las mismas potencias conservadoras de la salud acarrean su destruccion, nos empeñamos en disminuir su influxo, y no permitir que gasten demasiado el caudal de nuestra excitabilidad, nosotros mismos abrimos otra ancha puerta á la muerte, apocando mas y mas la excitacion, hasta llegar á destruirla enteramente. Estas dos puertas son incapaces de cerrarse, por mas que apuremos todos los recursos del talento y de la industria. El poco estimulado ha de morir por falta de estímulo, y

el muy estímulado ha de morir tambien por sobra de él. No hay mas socorro para esperar con fundamento una existencia ménos corta, que aquella prudente mediania que conserve el mayor tiempo posible la forzada llama de nuestra chimenea, sin escasear el carbon, ni disminuir el soplo benigno que la sostiene.

Son terribles las enfermedades, y casi inevitable un paradero funesto, quando por huir el peligro que amenaza por un lado, aplicamos á este todas nuestras fuerzas, y dexamos descubierto el otro. La muerte, ágil para apoderarse de su presa, se aprovecha de nuestros descuidos, con mas certidumbre, que probabilidad tenemos nosotros para prevenirlos. La transmutacion de una diátesis en otra, es sumamente peligrosa. Rara vez se escapa de un fin trágico, y no hay cosa mas freqüente que esta destructiva transformacion. ¡Qué prudencia, y qué delicade-

za exîge el arte de curar! ¡Qué circunspeccion debe tener el médico! Y ¡ quan distante se halla de poseerla, el que no medita muy de espacio, ni se aparta de la cabecera del enfermo, sin dexarle su receta en consequencia de un ligerísimo informe!

No se cura la diátesis esténica mas que con la aplicacion de aquellas mismas cosas que en un hombre sano producirian indefectiblemente la contraria. Sángrese copiosamente á un hombre robusto; promuévanse en él todas las otras evacuaciones humorales; no se le permita exercicio alguno mental ni corporal; substraígasele el alimento; y veamos si al cabo de quatro ó cinco dias no está implicado ya en una enfermedad muy grave procedente de la debilidad. Si este mismo hombre hubiera estado con una gran pulmonía, el mismo tratamiento que lo debilitó tanto en el estado de la salud, le hubiera pro-

porcionado el recobro de ésta, disminuyendo su excitacion aumentada.

A este mismo hombre robusto démosle crecidas dósis de quina, de éter, de alkali, de ópio y de otros estimulantes: obliguémoslo á hacer exercicio; mantengámoslo en una atmósfera caliente; y excitemos en su espíritu las pasiones mas impetuosas: dentro de muy poco tiempo tendrá una enfermedad muy grave, originada de los mismos estímulos que le hubieran dado la salud en el caso que se hubiera visto atacado de un grande tabardillo ó de un executivo miserere.

Los medicamentos y los auxîlios con que se cura una diátesis, son las causas productivas de la contraria; y es muy fácil que el médico inexperto, ignorante ó precipitado, se propase tanto en su aplicacion, que cometa el enorme yerro de transformar una diátesis en otra. Se debe sangrar en las pleuresías y pulmonías ver-

daderas y bien caracterizadas; se deben promover todas las evacuaciones que disminuyan la distension de los vasos diáfanos ó roxos; se debe substraer el alimento nutritivo, para evitar el que se reproduzcan las lesiones que acaban de extirparse; se debe proporcionar un ambiente fresco, para disminuir el estímulo del calor; pero todo esto se ha de hacer con el fin único de restablecer la excitacion al justo equilibrio, inseparable de la salud.

Si las evacuaciones de sangre y de los otros humores; si la substraccion de alimento; si la administracion de bebidas frescas &c. se han propasado de sus justos límites, en vez de procurar la salud, inducen otra enfermedad de carácter opuesto, incurable las mas veces, y las mas veces efecto de la ignorancia del bárbaro médico, que no supo llevar su nao en un tiempo borrascoso, ni vió los arrecifes en que estaba proxîma á estrellarse.

Puede esta desgracia venir de inadvertencia; y puede tambien, alguna vez, venir de un designio premeditado, que debería castigarse, como un asesinato el mas alevoso. La hidropesía de pecho, es conseqüencia freqüente del método mas debilitante que lo justo en el tratamiento de las pulmonías: las anginas, las toses violentas, y las inflamaciones del pulmon, lo son asimismo de un método estimulante que salió fuera de sus límites en la curacion de la gota, de la diarrea, de las fiebres, y de las otras enfermedades asténicas.

De quanto hemos dicho hasta aquí, se infiere con la mayor evidencia, que la vida es un estado violento en la naturaleza; que todos los animales y todos los vegetales, caminan por sí mismos, en qualquier instante de tiempo, á su destruccion; que la vida pende de unas potencias extrangeras y remotas del ser

viviente, fuera de cuya potestad está enteramente el moderar sus influxos, segun su indigencia; y que el hecho solo de vivir, es una condicion, que pone á todo viviente en la necesidad de morir. El Autor de la naturaleza se vale de ella misma, y de las leyes que le impuso, para hacer efectivos sus decretos, y llevar á debido cumplimiento sus maldiciones: en el dia que comieres, dixo á Adan, morirás indefectiblemente. Por que, en efecto, sin trabajar, sin ver correr el sudor por nuestras frentes; usando, ó dexando de usar de las potencias excitativas necesarias para nuestra conservacion, la muerte se ha de apoderar de todo viviente, y ha de ser tan señora del que piensa en ella, como del que la tenga mas olvidada.

CAPÍTULO VIII.

De la predisposicion. Antecede necesariamente á las enfermedades generales. Aun en el caso de contagios y de venenos. Señales de las enfermedades generales. Quales no lo son.

Ningun viviente llega á caer en las enfermedades comunes de que hemos hablado, sin haberse desviado considerablemente de aquel punto de excitacion en que consiste la salud. Pero tampoco se verifican estos desvios mas de por ciertos grados intermedios, que quanto van siendo mas lejanos del punto central, van aproxîmándose mas á aquellos en que consisten las enfermedades de la una y de la otra forma. Es pues, la predisposicion, aquel estado medio entre la salud perfecta y la enfermiza; y las potencias productivas de ella son las mismas que producen las en-

fermedades, con la diferencia única de engendrar á éstas quando obran por mas largo tiempo ó con mayor vehemencia; y á aquella, quando lo hacen en ménos tiempo ó con menor ímpetu. Para distinguir las causas productivas de las predisposiciones y de las enfermedades, de aquellas que son comunes á todos los estados de la vida, las llamarémos lesiones excitantes ó excitativas. Así, un extremado calor, ó un extremado frio; el alimento muy abundante, ó el muy escaso, &c, quando sean causas de las predisposiciones y de las enfermedades, se llamarán lesiones excitantes; y conservarán el nombre de potencias excitativas, el mismo calor, y el mismo alimento, miéntras no propasaren los límites á que está circunscrito el vigor saludable.

Nada hay permanente en el hombre, y mucho ménos quando se ha roto el equilibrio de la salud. La predisposicion

para las enfermedades es de duracion mayor ó menor, segun fuere mayor ò menor tambien la fuerza con que obraren las lesiones excitantes.

Como estas no son mas que las mismas potencias excitativas, cuya operacion estimulante ha propasado los linderos de la salud, ó no ha llegado á ellos; y como obran siempre las mismas sobre la misma excitabilidad; de qualquier modo que lo hagan, es consegüencia legítima, que de solo su influxo, mayor ó menor de lo justo, nace la predisposicion para las enfermedades y las enfermedades mismas: á la manera que nace la salud quando obran en debida proporcion, y producen aquella excitacion saludable de que hemos hablado tantas veces. La naturaleza no camina á brincos, y sí por un órden gradual. Por grande que sea el fuego á que se exponga el agua, no hierve esta en el momento mismo que comienza á sentir su accion: se

calienta con mas ó ménos brevedad; pero gradualmente llega al estado de hervor, y gradualmente se disipa convertida en vapores. Lo mismo sucede con la excitacion: no baxa ni sube improvisamente, sí solo por grados, mas ó ménos acelerados, segun fuere la vehemencia de las causas que la exâlten ó la depriman. Para llegar pues, á la línea de las enfermedades, es preciso que camine por las intermedias de la predisposicion; á la manera que el agua se vá calentando mas y mas ántes de hervir, y enfriándose mas y mas ántes de helarse. Esta es una verdad incontestable en toda la naturaleza. Ninguno que esté perfectamente sano, es atacado improvisamente de una enfermedad comun.

Pudiera alegársenos, que las enfermedades contagiosas hacen una manifiesta excepcion á la generalidad de nuestra regla; pero solo la harán para aquellos que destituidos de toda lógica y de todo espíritu

de observacion, no reflexîonen debidamente sobre el verdadero estado de las cosas. Que la materia contagiadora obre estimulando, ó que obre debilitando, su operacion será idéntica siempre á la de las lesiones comunes: es decir, que sea su operacion la que fuere, la causa próxîma de las enfermedades que produxere ha de ser siempre la misma que de las otras lesiones excitativas: esto es, estimulante ó debilitante. Y ¿habrá lógico que no conozca que á la identidad de la causa debe seguirse indefectiblemente la identidad del efecto?

Siguiendo pues, las enfermedades comunes en su mayor ó menor gravedad la fuerza mayor ó menor del contagio del mismo modo que la de las otras lesiones ordinarias, ni las enfermedades comunes producidas por las lesiones acostumbradas, ni las originadas en consequencia del contagio, tienen entre sí distincion de algun fundamento, sino que unas y otras sola-

mente se diferencian en su respectiva magnitud. El único efecto de un vehemente contagio es el acelerar el tiempo de la predisposicion, para que el ataque de la enfermedad contagiosa venga con mayor ó con menor brevedad; alargar este plazo en una predisposicion ligera; prolongarlo mas en la que sea mas benigna; y últimamente no producir enfermedad comun alguna, si se impide de propósito, ó espontáneamente no coopera el nocivo influxo de las lesiones comunes.

Si la materia del contagio produxera un mismo efecto en todos los individuos que la reciben, todos correrían un riesgo igual; cosa que está desmentida por la historia de todas las epidemias y de todas las pestes. Son muchísimos los que escapan de unas y otras; muchísimos los que reciben de ellas un perjuicio ligero; y son no pocos los que tienen el suceso mas funesto. La materia del contagio es una misma;

uno mismo su modo de obrar: ¿de que pende, pues, que entre los contagiados sean tan distintos los efectos de una misma causa y de una misma operacion? No puede darse otra respuesta satisfactoria á esta pregunta, que la diferencia de predisposiciones individuales en los que han sido atacados del contagio. El sarampion, las viruelas, el mal venereo y la peste misma, son enfermedades benignas en unos, graves en otros, y mortales en otros. A uno, que está perfectamente sano, se le inoculan las viruelas; y apénas produce la materia contagiosa la ligera incomodidad local del sitio inoculado; quando en el mal predispuesto, agregándose esta lesion á las ordinarias, produce las catástrofes mas tristes. La peste se cura con los mismos remedios que qualquiera tabardillo muy grave; las viruelas, y el sarampion se tratan del mismo modo que los grandes catarros y las pulmonías; y estos métodos

bien dirigidos producen de ordinario curaciones muy felices, como lo acredita la experiencia de todos los paises y de todos los siglos. La identidad de efecto arguye identidad de la causa; y la identidad de curaciones arguye tambien la identidad de las enfermedades. Luego la naturaleza del sarampion y de las viruelas es la misma que la de un fuerte catarro ó la de una pulmonía, con ligeras variedades, incapaces de distinguir específicamente á unas enfermedades de otras, como no se distingue el clavel blanco del rosado ó del amarillo. Igualmente el tabardillo muy grave y la peste son casi una misma cosa, y se curan de un propio modo; y lo mismo diremos de todos los otros contagios, comparados con las enfermedades ordinarias.

Si los venenos causan alguna enfermedad á los que no estaban predispuestos pare ella, esta deberá ser una señal decisiva

de que semejante enfermedad no era de las comunes, y sí puramente local: lo que se acaba de confirmar con el hecho de no curarse los envenenamientos con los auxîlios que se curan las enfermedades comunes, ni mitigarse tampoco con ellos su vehemencia; pues esto acredita que su causa y sus lesiones excitantes son muy diversas de aquellas que producen las enfermedades comunes. La única curacion de la mayor parte de los venenos es su pronta expulsion, ó su pronta neutralizacion, si son capaces de admitirla. Si hay algunos cuya operacion destructiva es irremediable porque dilaceran algunos de los órganos necesarios para las acciones del cuerpo, esos no pertenecen á este lugar, sí solo á aquel en que tratemos de las enfermedades puramente locales, en donde hablarémos acerca de los venenos y de su curacion con toda la extension que puedan ministrarnos nuestros escasos conocimientos.

Siguiendo por ahora el plan que desde el principio nos propusimos, debémos advertir á nuestros lectores, que en las lesiones comunes que predisponen para las enfermedades, ó llegan á producirlas efectivamente, no tienen que observar otra cosa que la magnitud de ellas, comparándolas con la predisposicion ó con la enfermedad que han producido, ó unas y otras entre sí mismas, con el designio de aplicar los auxîlios correspondientes contra la victoriosa causa ó causas que han puesto en peligro la salud.

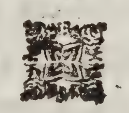
La doctrina de las predisposiciones es de una importancia incomparablemente mayor que lo que hasta ahora se ha juzgado. El médico instruido en ella será el único que pueda combatir las enfermedades, comprehendiendo su causa productiva, y distinguiendo las comunes de las locales, que son achaques enteramente diversos, y que es importantísimo distinguir

bien para no cometer los errores mas crasos y mas funestos en su tratamiento.

El ser las enfermedades comunes y sus predisposiciones un mismo estado, diverso únicamente en el grado, y el anteceder siempre la predisposicion á las enfermedades comunes, y nunca á las locales, nos facilita un medio seguro para distinguir las unas de las otras, y no equivocarnos con la falsa apariencia de unos síntomas falaces.

Siendo la afeccion de alguna parte, qualquiera, el orígen único de las enfermedades locales, y subsistiendo, como deben subsistir, las diferencias entre ellas y las comunes, que hemos inculcado repetidas veces, conocerán muy bien nuestros lectores los sólidos fundamentos con que descartamos por ahora todos aquellos achaques que, por mas enmascarados que vengan, y por mas imitadores que parezcan de los comunes, no dependen mas que del

estado particular de algun sitio del cuerpo, producido por estímulos locales, ó por debilidad local, sin atacar la excitacion general. Las heridas, las fuertes compresiones, las obstrucciones, los vicios orgánicos &c. nacen de causas muy diversas de las lesiones excitantes comunes; y por consiguiente se distinguen en lo absoluto de las enfermedades que producen estas, trastornando la excitacion general; y no se curan, como ellas, con los auxîlios que la restablecen en su totalidad, ni convienen con ellas mas de en una engañadora apariencia, como demostrarémos en otra ocasion.



CAPÍTULO IX.

Diagnóstico comun.
Variedad de enfermedades por la variacion de excitacion.
Señales de enfermedad general.
Modo de adquirir un conocimiento medico útil.
Orígen de ciertas afecciones locales internas.

Hasta la presente se habia juzgado que era por extremo dificil el distinguir las enfermedades unas de otras; y suponiendo este punto como esencial y de la mayor importancia en la Medicina, fixaban en él los médicos la piedra fundamental del edificio misterioso de su obscurísima ciencia. Empeñados en multiplicar caractéres sobre caractéres, y ofuscada su vista con el polvo de sus ruinosas opiniones, ellos mismos se espantaron del disforme coloso que habian formado. Casi no habia síntoma que no fuese una especie distinta de enferme-

dad; y multiplicados al infinito los géneros, dieron orígen a las falsas complicaciones que hasta hoy suponen.

Pero si se tiene presente lo que llevamos dicho, y si el convencimiento es tan grande como la claridad y exâctitud con que hemos procurado demostrar unos principios tomados del fondo mismo de la naturaleza, se veran desaparecer todas las dificultades, y convertirse la ciencia diagnóstica en la mas facil de todas. No tiene el médico otra cosa que hacer, quando tenga que manejar una enfermedad comun, que el reconocer la magnitud de la excitacion, y explorar si es mayor ó menor de lo justo; ó si en el segundo caso, lo es directa ó indirectamente, para poder calcular la vehemencia ó el peligro de los males en virtud de esta sencilla indagacion.

El único artículo que merece mucha consideracion en la diagnósis, es el saber

distinguir las enfermedades comunes de las locales, ó de las puramente sintomáticas, que freqüentemente se presentan con una falsa apariencia de las primeras, perturbando algunas ó todas las funciones del cuerpo. Pero aun esta misma dificultad se desvanecerá, si se tiene presente, que qualquiera enfermedad comun se conoce por el que exâmina las lesiones que la produxeron, la predisposicion que la antecedió, y la índole de los auxîlios que mitigan su vehemencia; porque si las lesiones fueron de las que obran sobre toda la excitabilidad; si levantaron ó deprimieron la excitacion á proporcion de su influxo excesivo ó defectuoso; y si los remedios con que se ha experimentâdo alivio son de aquellos que obran sobre todo el sistema en general, se conocerá por estos indicios que la enfermedad es un afecto comun. Por el contrario, quando su primer orígen ha sido la ofensa de alguna parte, y de ella se

ha derivado por consentimiento la perturbacion de todo el cuerpo, sin acompañarla diátesis alguna; ó no haciéndolo mas de por la mera casualidad de recaer este achaque local en una persona predispuesta para otro comun, se tendrá la enfermedad por puramente local, y se dirigirá su curacion conforme á este conocimiento. Una espina debaxo de una uña, ó un uñero originado de qualquiera ofensa de aquella parte, produce ingentísimos dolores, calos-frios, grande acaloramiento, frequencia de pulso, delirio, &c. No es mas que una enfermedad local, cuyos síntomas desaparecen extraida la espina ó facilitada la supuracion. Las ofensas locales inducen trastornos mas ó ménos grandes, segun fuere mayor ó menor la importancia, ó la sensibilidad de la parte ofendida.

Para asegurarse de esto necesita el médico hallarse instruido de la situacion y conexîones de las partes, de la distribu-

cion de los vasos grandes ó medianos, y la de los nervios que concurren en mayor ó en menor número á cada una de ellas; sin que por esto lo obliguemos á gastar el tiempo en las observaciones microscópicas del cuerpo humano, que no reputamos mas que de mera curiosidad, muy poco conducentes para el arte de curar. Recomendamos mucho la freqüente leĉtura de las obras del sagacísimo y juiciosísimo Morgagni; la inspeccion de los cadáveres para ver en ellos los efeĉtos permanentes de las causas, que ya han pasado; el exámen de los cuerpos de los ahorcados ó de muertos de heridas, estando sanos por otra parte, para comparar sus entrañas con las de aquellos que han perecido en fuerza de una enfermedad larga, ó que ha repetido muchas veces. Debe hacerse esto comparando parte con parte, y el todo con el todo; cuidando mucho de no incurrir en la temeridad de avanzar opiniones infundadas, ó

presumir encontrar en el cadáver el orígen de una enfermedad comun; pues ninguna de ellas dexa vestigios por donde rastrearse, despues que ha consumado el estrago. La virtud característica del médico debe ser la rectitud y solidez de su juicio.

Pero como los afectos locales internos son de ordinario reliquias de las enfermedades comunes, es tambien preciso exâminar si estas han antecedido mas ó ménos veces, como lo explicarémos con mas extension en otra parte.

CAPÍTULO X.

Del pronóstico general. El peligro se conoce por el grado de la diátesis.

Y por la importancia de la parte mas afecta.

Esta era otra parte de las mas misteriosas que tenia la Medicina, y estaba obscurecida con iguales tinieblas que la Pato-

logía y la Diagnósis. En ella de ordinario vacilan los médicos mas profetas, no haciendo un pronóstico decidido mas de quando ven unas señales semejantes á las que servian al adivino de Quevedo para presagiar el agua. *Señas de agua: ver llover; no tener para vino, y ahogarse en ella.* Es muy fácil pronosticar la muerte á un moribundo, y el alivio á un convaleciente; pero no es lo mismo quando la cosa se presenta indecisa, y se buscan los fundamentos del presagio en las hipótesis imaginarias de que están llenas las cabezas de nuestros facultativos. Conocimos á uno tan preciado de pulsista, que se reputaba digno de que Solano de Luque le sirviese de practicante. En un diarreático, á las seis ó siete pulsaciones, hallaba los indicios de la diarrea, que no le volvió hasta ahora pasados ya algunos meses. No pronostica bien mas de el que conoce bien; y está muy léjos de ser buen cono-

cedor, el que está muy satisfecho de la erudicion médica de los autores que no han consultado á la naturaleza, sí solo á sus ingenios lozanos, fecundos de opiniones hipotéticas, que la juiciosa observacion ha falsificado en la mayor parte.

La ciencia de predecir el paradero de las enfermedades, es tan fácil y tan llana, como la de distinguirlas unas de otras, si se han observado bien las lesiones productivas, el efecto general de ellas, y la importancia de la parte en que hayan obrado con mayor vehemencia. Porque como las potencias de que se derivan una y otra diátesis, siempre obran con alguna mayor fuerza en esta ó aquella parte, segun hemos probado, dos cosas debe tener muy presentes el médico que quiera ser acertado en sus vaticinios: primera, la magnitud de la diátesis: segunda, la utilidad de la parte en que se ha explicado con mayor fuerza.

Conforme á esto, dada la magnitud de la diátesis, se correrá con menor peligro, quanto mas igual ó general sea ella, y por el contrario: La diátesis que ataca algun instrumento necesario para la vida, quando se agrava, es mas temible que la que se ha mantenido en igualdad; y lo es mucho mas la que explica sus síntomas en alguna de las entrañas principales. Por ser una de ellas el pulmon, y ser él la parte mas ofendida en la pulmonía, siempre deberá tenerse esta enfermedad por peligrosísima, igualmente que la apoplexía que ataca con preferencia á la entraña, que es orígen de los movimientos y de las sensaciones. Por la misma razon se aumenta el peligro en el frenesí, y tambien en la erisipela y en la gota quando invaden la cabeza.

El pronóstico de las enfermedades locales se dará quando tratemos de ellas y expliquemos sus síntomas, lo que es ageno de este lugar.

CAPÍTULO XI.

Indicaciones curativas. Modo de obrar de los remedios. Remedios esténicos y asténicos. Como deben emplearse. Remedios locales y generales. Atencion que debe tenerse con la materia contagiosa. En qué circunstancias es adequado el tratamiento medio ó tonico. Quales deben regular la indicacion. Personas sujetas á la debilidad indirecta y á la directa. Curacion de una y otra. Peligro que hay en debilitar el cuerpo.

Despues de lo que hemos dicho hasta aquí, ya verán nuestros lectores quanto debe simplificarse el método curativo de las enfermedades comunes. Todos los remedios de la diátesis esténica consisten en disminuir la excitacion, y todos los de la asténica en aumentarla, hasta que se ponga dentro de los límites á que está reducida la salud. No requieren otra cosa las en-

fermedades comunes, ni el médico para tratarlas de un modo acertado necesita saber mas que los medios de que se ha de valer para conseguir qualquiera de estos efectos.

Como una y otra diátesis es hija de una misma operacion de las lesiones excitantes, sin variar en otra cosa que en la magnitud; así tambien se precave ó se cura qualquiera de las dos por medio de la accion de los auxílios, con tal que ésta sea de magnitud contraria á la que produxo qualquiera de ellas. La sangre es un estímulo ó una potencia excitativa de absoluta necesidad para la conservacion de la salud; pero si su cantidad es mayor que lo justo, este exceso estimula mas de lo que conviene, y produce las enfermedades consiguientes á la plenitud. En haciendo pues, que la sangre se reduzca á la cantidad debida, se rebaxará la parte excedente con que habia sacado á la excitacion de los lí-

mites de la salud. La conservadora de ésta es la cantidad justa de sangre que queda. Lo mismo se observa con la comida y bebida, con el calor y con todas las potencias.

Siendo pues, tan uniforme y tan constante el modo de obrar de ellos, se infiere que las enfermedades comunes originadas de una misma operacion, deben curarse con unos mismos socorros, sin otra variedad que la de la magnitud proporcional al grado de enfermedad que se quiere combatir. Los mismos debilitantes que curan una enfermedad esténica, curan todas las de esta clase. Los mismos estimulantes que corrigen una enfermedad asténica, corrigen todas las de su especie. En esto no hay excepcion. Exhortamos á todos los médicos, y convidamos á nuestros lectores, á que vean en las obras de todos los buenos observadores facultativos las pruebas experimentales y

decisivas de estas verdades. La perlesía, quando es curable; la hidrópesía, quando es un afecto comun; la gota y las calenturas intermitentes, ¿no se alivian y se curan radicalmente con unos mismos remedios? La pulmonía, las viruelas, el sarampion, el reumatismo, el catarro ¿no ceden á unos mismos auxîlios? Todos ellos aumentan la fuerza vital en las enfermedades asténicas, y la disminuyen en las de la forma contraria: su operacion en uno y otro caso es la misma; la diversidad es nominal, y de ningun modo real.

Si en la diátesis asténica ha baxado la excitacion 20 grados, es claro, por quanto llevamos dicho, que no podrá restablecerse la salud si no se reponen los 20 grados que le faltan, y que para conseguirlo deben emplearse los medios que operen con un grado de estímulo capaz de producir este efecto. Si la misma excitacion ha subido á los 60 grados, es tambien

manifiesto que debe rebaxarse para sugetarla á 40; y que para hacer esto, deben emplearse unos medios adequados á substraer los 20 grados de estímulo excedente. Las potencias negativas no pueden producir mas que efectos negativos: Una sangría no hace mas que disminuir la cantidad de la sangre; la inedia no hace mas de impedir que se forme quilo, no ministrando los materiales de que se produce; el frio no hace mas que disminuír la cantidad del calórico, y así de las demas potencias negativas.

Como la salud es un efecto positivo que depende de ser iguales las sumas de estímulos y de excitabilidad, es claro, como la luz, que no resulta de la cantidad de sangre que se sacó, sí solo de la que quedó en una cantidad conveniente; ni tampoco resulta de no haberse elaborado el quilo; sí solo del poco que ministraren los órganos de la digestion durante de la

inédia. El frio asimismo, no es verdadera causa de la salud, sí solamente el calórico, reducido á una justa proporcion. La accion de la sangre, segun esta fuere mas ó ménos abundante, no podrá distinguirse de sí misma mas que en ser mas ó menos poderosa. Lo mismo decimos de la del quilo y del calórico, y lo mismo debe entenderse de las otras potencias excitativas. Pero hemos probado, que todas ellas obran estimulando; luego la única diferencia que puede haber en su operacion es la de que estimulen mas ó ménos, segun la diversidad de las circunstancias. Los auxîlios pues, contra la asténia ó debilidad, son los estimulantes que obran con mayor energía, y son capaces de libertar á la excitacion del abatimiento en que se hallaba; y los que obran contra la esténia ó exceso preternatural de las fuerzas vitales, son los que estimulan mas debilmente, y que dexando acumular exci-

tabilidad á proporcion de su dificiencia, restablecen la excitacion á sus justos límites.

Infiérese de esto, que los auxîlios con que debe combatirse la diátesis esténica son las mismas potencias excitativas, pero dirigidas en tal manera que su operacion estimulante sea mas remisa que la que corresponde al estado de la salud: y aunque esta operacion, por mas débil que sea, nunca puede dexar de ser estimulante, porque nunca puede ser distinta de sí misma, llamarémos en este caso á las sobredichas, potencias debilitantes, para explicarnos compendiosamente. Estas mismas potencias, excitando de un modo mas vigoroso que el que conviene á la salud perfecta, son los auxîlios con que se remedia la diátesis asténica, y las enfermedades que la reconocen por su causa continente; y por la misma razon que hemos llamado debilitantes á las anteriores, á es-

tas llamarémos estimulantes en el discurso de la obra.

Necesita mucha discrecion el médico para aplicar estos auxîlios en dósis y en tiempo oportuno. No deben llamarse mas que charlatanes ó curanderos los que no saben (y son muchos los que la ignoran) la armonía que debe haber entre el conocimiento de las enfermedades y el de los remedios con que se deben curar. Sangran y purgan á primera vista á unos; estimulan demasiado en iguales circunstancias á otros; y en todos casos realizan la sentencia de Horacio:

Dum vitam stulti vitia, in contraria currunt.

El conocimiento de la mayor ó menor vehemencia de la diátesis, y el mayor ó menor interes de la afeccion parcial dependiente de ella, debe ser el que dirija al profesor que se encargue de socorrer á su próximo en su mayor peligro. ¡Médicos de rutina! con vosotros hablamos: respe-

tad al género humano, y acordaos de lo que Marcial decia contra los masturbadores, quando haceis desembaynar inoportunamente la cruel lanceta, ó escribir el formidable decreto de la purga: y ¡vosotros los que sin necesidad recetais opio, éter, amoniaco &c! acordaos de estas palabras:

Hoc quod tu. . . . perdis, homo est.

Deben aplicarse los remedios con proporcion á la magnitud de las enfermedades. Qualquier tendero de esquina conoce á ojo, quando pesa en sus balanzas, que no ha de echar arrobas en la que necesite mayor peso, quando el nivel le significa que la diferencia no llega á onzas. Los indiscretos sangradores, son delinqüentes charlatanes, peste de la sociedad, y que deben ser conocidos de todos con mas razon que los perros rabiosos, para que no destruyan ántes de tiempo con el barberil remedio del amo de Gil Blas nuestra pre-

caria exîstencia. La magnitud de la diátesis, y la utilidad del sitio afectado, son los únicos indicantes de la calidad del remedio que debe emplearse.

La eleccion entre los remedios conocidos es propia del médico sabio no preocupado, y nunca puede serlo de los misteriosos ignorantes curanderos. La circunspeccion es propia del buen juicio, como la ingenuidad lo es de la hombría de bien. Desterremos misterios, y seamos los médicos bienhechores del género humano, ya que muchos de los que nos antecedieron y de los exîstentes son sus azotes.

La naturaleza de la enfermedad debe inspirar, entre todos los auxîlios, la eleccion del mas poderoso para asegurar el triunfo. A los grandes males corresponden grandes remedios, y otros menores á los medianos males. Exâminese la conducta de los hombres prudentes en lo político y en lo moral, y veamos si se halla razon

para adoptar en lo físico otras leyes contrarias. ¡Con-profesores nuestros! Algunos de vosotros aplicais á ligeros males grandes remedios, por lo que ya no hallais remedios que aplicar á los males graves. Con eso os exponeis á la justa censura que os hacemos, instruyendo al pueblo de vuestra perniciosa preocupacion. Acaso seremos víctima de vuestro zelo; pero nuestra fortaleza no se conmoverá por vuestras malignas sindicaciones. El género humano, la posteridad justificará nuestro proceder en el empeño que hemos tomado por sus intereses, quando lo tomais vosotros en su destruccion.

El médico prudente no tiene un remedio favorito; aplica el que conoce de mayor energía en los casos mas urgentes, y lo maneja con la mayor economía, compatible con la liberalidad en los casos que así lo exîgen. Nos habeis visto curar enfermos miserables, de quienes no esperába-

mos remuneracion; y nos habeis visto seguir un método diametralmente opuesto á vuestras falsas hipótesis y á vuestras destructivas prácticas. Á cada mal se le debe aplicar en cantidad y calidad su propio remedio. Esto no lo sabe mas del que conoce la naturaleza del mal y la energía del auxîlio.

El médico prudente no debe confiar á un solo medicamento la curacion de una enfermedad grave, sabiendo que son muchas las causas que concurren á producir nuestra salud y á ocasionar nuestros achaques. A cada una de las lesiones productivas de ellos se le deberá oponer una potencia contraria. Apénas hay diátesis que no predomine en un sitio determinado; pero ¡qué necio será el facultativo que fixe su atencion únicamente en ese lugar, olvidandose de la diátesis comun! Esta depende freqüentemente de la operacion reunida de muchas causas, que aunque idénti-

cas en su operacion, son distintas en sí mismas, y por lo mismo necesitan un auxîlio que combata su nociva influencia.

Muchos de estos auxîlios hacen mas efecto que uno solo; porque unas potencias obran mas sobre esta parte que sobre la otra, y se necesita aumentar ó disminuir la excitacion de todas ellas, para restablecer la salud; porque aplicados los socorros de distinta especie, y sabiendo que estos obran en distintos órganos del sistéma, ó se aumenta la excitacion en todo él, si esto es lo que corresponde, ó se disminuye en todo, si se verifica lo contrario. El que en una enfermedad comun aplica todo su conato á destruir el síntoma local procedente de la diátesis general, se parece al estólido que piensa arrancar de raiz un arbol quitándole una sola rama. En su lugar respectivo hablarémos de los remedios comunes y de los locales, contentándonos por ahora con mostrar solamente los prin-

cipios verdaderos de sus indicaciones.

Si en el discurso de alguna enfermedad se presentase entre otros síntomas equívocos alguno de carácter decidido y de conocida naturaleza, este debe fixar el juicio del médico, y no el concurso de los otros, para aplicar los remedios correspondientes. Así lo exige la prudencia; pues un indicio cierto y determinado, da siempre mayor luz que la que puede esperarse de muchos signos obscuros, inciertos y equívocos. El que no se maneje con esta circunspeccion, se aventurará á errar muy de ordinario sus curaciones.

La falsa apariencia de un vigor aumentado, ha hecho muchas veces sangrar en las convulsiones y en los espasmos, con visible detrimento de los enfermos; y la aplicacion del ópio para calmar los dolores en las heridas recientes, ha escarmentado á los ignorantes que han hecho tan intempestivo uso de él. Los síntomas de

una enfermedad, aunque parezcan anómalos, no admiten otros remedios que los que curan la enfermedad misma; como que no son mas que partes de ella, y las partes deben sujetarse constantemente á la misma ley que el todo á que pertenecen.

Esta regla, fundada en toda razon y confirmada con muchísimas observaciones, pone de manifiesto el torpe error de aquellos que mandan sangrar con abundancia ó con parsimónia, muchas ó pocas veces, en las enfermedades que tienen por síntoma la dispepsia; no ménos que el de aquellos que en iguales casos recomiendan el uso de los alimentos vegetales. El que esté bien instruido de la naturaleza de una y otra diátesis, verá que es imposible el que se compliquen jamas entre sí, y que es un absurdo muy ageno de toda razon el suponer aumentada y disminuida á un tiempo la excitacion general en un individuo. Los que erutan ágrio, decia Hipó-

crates, no estan predispuestos para padecer la pleuresía: es decir, los que tienen un signo característico de la diátesis asténica, no pueden ser invadidos de las enfermedades que dependen de la esténica, que es su contraria; y por esta misma razon daremos como sentencia invariable y tan cierta como la primera, la inversa de la que acabamos de citar del gran padre de la Medicina: esto es, que los que padecen pleuresías, ó qualquiera otras enfermedades de diátesis esténica, no estan expuestos á las de la forma contraria.

Como todas las enfermedades comunes, y todas las predisposiciones que les anteceden, no consisten mas de en estar aumentada ó disminuida la excitacion, ni se curan de otro modo que rebaxándola en el primer caso, y levantándola en el segundo, hasta ponerla por uno ó por otro lado dentro de los límites de la salud; se infiere, que tanto para remediar-

las como para precaverlas, quando solo amenazan, deben aplicarse sin intermision los auxîlios conducentes, que deberán ser los estimulantes ó los debilitantes, segun el caso lo exija. Siempre es perniciosa la inaccion, sin que pueda calificarla de buena la conducta de los que se jactan de fiar mucho en las fuerzas curadoras de la naturaleza. Estas son nada en sí mismas; toda su energía les viene de las cosas externas, que en la escuela se llaman no naturales.

No queremos decir con esto, que incesantemente se esté molestando al enfermo con los remedios, ni que se le haga agotar en pocos dias toda una botica; sí solo, que se dirija en términos que no se interrumpa la accion salutífera de los auxîlios, hasta haber restablecido la excitacion á su justo equilibrio. ¿Se necesita ayre fresco para disminuir el estímulo del calor? Facilitènsele las corrientes de ese

fluido, y no se dexe de la mano este socorro hasta que el enfermo haya logrado la refrigeracion que necesitaba. Si es preciso disminuirle la cantidad de la sangre, no le demos luego materiales con que la reponga. El que debe fortificarse, no debe estar un instante abandonado á su debilidad. ¿ Estaba muy hambriento despues de una larga inédia ? Será muy necio el que se contente con darle dos ó tres cucharadas de caldo cada diez horas. Digeridas las primeras y no trabajando de seguida en digerir las segundas, retrocederá al estado infeliz de que pensabamos sacar lo Para la naturaleza no hay dia ni momento feriado: obra sin cesar, y el que quiera resistir su operacion en las enfermedades, debe sin cesar oponer potencias contrarias á las que ella emplea para destruir su obra, y hacer de esta nuevas análisis y nuevas combinaciones. La vida es un estado violento; y es menester soste-

nerla con esfuerzos violentos, hasta donde alcanzen nuestras fuerzas.

En aquellas enfermedades que vienen acompañadas, ó que proceden de una materia morbífica, no debe el médico procurar otra cosa, que el dar tiempo para que la materia sobredicha llegue á expelerse del cuerpo, disminuyendo ó aumentando la excitacion general, segun lo pidan sus respectivas indicaciones. Sea que la materia morbífica obre como las otras lesiones comunes, estimulando, ó debilitando; ó sea que solo preste el caracter distintivo de la enfermedad á que pertenece, agregando una afeccion local á la comun, en un caso y en otro subsisten las mismas reglas que hemos propuesto hasta aquí.

La experiencia de todas partes y de todos tiempos es una prueba incontrastable de lo que acabamos de decir. Siempre que se ha tratado bien una enfermedad

comun, aunque sea de las eruptivas, tanto la erupcion como la exûlceracion consiguiente á ella, han cedido al mismo tratamiento bien dirigido; y una y otra se han exâsperado quando el método ha sido diverso. Los afectos locales originados de la diátesis comun, no son mas que parte de la misma diátesis, y deben seguir con su todo la propia ley. Las viruelas y el sarampion pueden servirnos de exemplo para ilustrar estos preceptos utilísimos en la práctica. Sydenham fué el primero que conoció la utilidad del método debilitante en las viruelas; pero este médico felicísimo y mas sabio que los otros para tratar esta enfermedad contagiosa, nos sirve, con sumo dolor nuestro, de prueba de lo limitados que son los alcances de los hombres. Sydenham escarmienta nuestro orgullo, sirviéndonos de exemplo para combatir á los muy presuntuosos en su práctica de rutina, quando se creen oráculos infali-

bles, y no los arredra la experiencia de sus desgracias. Sydenham, que trató tan bien á los inficionados de las viruelas, no tuvo igual suceso en tratar á los atacados del sarampion. Al autor original de las ideas que vamos amplificando estaba reservada la gloria de este feliz descubrimiento.

Los médicos de alexîpharmacos, con quienes se murió y con quienes vivió el Hipócrates inglés, engrillaban su despejada razon, y lo preocupaban, de manera que no conoció las analogías naturales de nuestros achaques. Explorada la índole del catarro, es consiguiente inferir, que todas las enfermedades catarrales reconocen un mismo principio y exîgen una misma curacion. Y ¿habrá médico que no conozca que los síntomas catarrales son los característicos del sarampion? Brown, el grande y desgraciado Brown, fué el primero que convencido de aquellos raciocinios que no

se fundan en hipótesis vanas, sujetó nada ménos que á sus hijos, á los conservadores de su nombre, á la difícil prueba que no soportan las almas débiles.

Trató Brown al sarampion en sus mismos hijos como su razon le inspiraba que debia tratar los catarros; y el éxito feliz de sus curaciones lo sobrepuso á Sydenham, quien apénas rompió las cadenas de la preocupacion en las viruelas, quedando sujeto á ellas respecto de las otras enfermedades. El método refrigerante surtió bien á Sydenham en las viruelas; y el mismo produxo iguales efectos á Brown en el sarampion, como nos lo ha producido á nosotros en todos los casos esténicos que se nos han presentado. ¡Ah médicos! La lógica os hace mas falta que la física para conocer las enfermedades y saber el método curativo que les corresponde. La peste misma, quando se ha tratado por una mano inteligente, há depuesto su malignidad.

Si quereis convenceros de esto, leed las obras clásicas, y no vivais confiados en lo que os enseñaron los maestros de una práctica absurda.

La angina gangrenosa, que no es mas que un tifo, aunque haya quienes desechan esta denominacion, es una prueba demostrativa de la ignorancia homicida con que tratan los médicos de rutina las enfermedades de la garganta. Se parecen á los pilotos de costa, que quando se les nubla el horizonte no son capaces de acertar con el puerto. No hay inflamacion de garganta para la qual no apronten nuestros doctores Sangredos el estuche de sus lancetas. Sangran como acostumbran; y en la angina gangrenosa aumentan con esto la gravedad del mal: todos los síntomas se exâcerban, y viene la muerte á recibir de manos del médico, que es su sacerdote, la hostia sacrificada en las aras de su necedad.

La angina gangrenosa tiene síntomas muy equívocos con la tonsilar ó inflamatoria; y el que no sepa distinguirlas, hará un homicidio en vez de una curacion. La gravedad de la primera y la de los otros tifos, solo puede medirse por la magnitud de la diátesis que la ha producido. El que diere estimulantes en la angina inflamatoria, causará la muerte; y la causará tambien el que procurare debilitar en la gangrenosa.

Tanto en esta angina, como en los otros tifos acompañados de algun síntoma local, y en la peste misma, las afecciones parciales son mas ó ménos temibles, segun fuere mayor ó menor la diátesis de que dependen; pues quando esta es ligera, apénas merece atencion el síntoma local: siendo esta una verdad tan llana y tan constante, que si no concurren con la materia morbífica las demas lesiones comunes, no resulta de ordinario una rigorosa

enfermedad, como se ve en las viruelas inoculadas ó naturales. Asimismo ninguno, en semejantes casos, ha fiado la curacion de las enfermedades eruptivas ó acompañadas de materia morbífica solamente á la curacion tópica de las partes mas afectadas: observacion que pone muy de manifiesto, que si alguna materia contagiosa, ó no contagiosa, llega á ser causa de la enfermedad comun que acompaña, ó á la que ministra algun síntoma característico, su operacion ofensiva no se distingue de la de las otras lesiones comunes.

Como la transpiracion saludable se disminuye en la predisposicion para las enfermedades, y se suprime en ellas, segun hemos dicho y expondrémos mas extensamente en otra parte; resultando este fenómeno de haberse aumentado ó disminuido la excitacion mas de lo justo, será una de las obligaciones del médico el poner expedita aquella evacuacion, para que

qualquier materia nociva pueda con mayor certidumbre ser expelida del cuerpo. Mas esto no requiere el empleo de un nuevo método, pues bastará el general establecido para la correccion de la diátesis, que nunca se remedia con aquellos socorros cuya energía es puramente local; sí solo con los que, afectando toda la excitabilidad, pueden reponer el grado idóneo de excitacion que demanda la salud.

Esta conducta, fundada en buenos principios, estaba reservada para el sabio escoses, cuyas ideas sublimes vamos explicando. Los médicos de alexîpharmácos, querian promover y sostener la transpiracion, y expeler por su medio la materia morbífica, valiéndose para ello de los remedios que llamaban calefacientes, y nosotros denominamos estimulantes. Pero este pensamiento fué tan desgraciado como debia serlo en las enfermedades esténicas, como la pulmonia, el frenesí, la

viruela y el sarampion, que se exâsperaban con un método tan contrario á su verdadera indicacion. Porque, dependiendo en ellas la supresion de la transpiracion del exceso de estímulo que causó la diátesis, el aumentar los estimulantes ó calefacientes, era aumentar la causa de la enfermedad, y por consiguiente la enfermedad misma y todos sus síntomas. Siendo pues, uno de ellos la transpiracion suprimida, debia suprimirse todavía mas con los mismos medios que se empleaban para promoverla. En las enfermedades esténicas se pone expedita la transpiracion con los remedios debilitantes que corrigen toda la diátesis.

Vió muy bien estas verdades el célebre Sydenham, y combatió con mucho vigor en este artículo contra los alexîphármacos. Pero ni él ni sus dicípulos dexaron de propasarse al extremo opuesto; y no sabemos si con mayor perjuicio de

la especie humana: porque tan pernicioso es el promover la transpiracion con los calefacientes en las enfermedades esténicas, como el emplear los debilitantes en las asténicas con el mismo fin: y sabiendo, como sabemos, que los casos esténicos, son, respecto de los asténicos, como 3 respecto de 97, no podemos ménos que decir, que, por 3 aciertos de los discípulos de aquel grande hombre, tenemos que llorar 97 yerros. En las enfermedades asténicas no se puede corregir síntoma alguno mas de aumentando la excitacion hasta sus justos límites; lo que es imposible conseguir con el método debilitante, siendo de esencia suya el disminuirla. Luego, quando la transpiracion se ha suprimido en conseqüéncia de la debilidad, como sucede en los hidrópicos, diarreáticos, &c. se aumentará esta perniciosa supresion siempre que se aumente la debilidad; como es preciso que suceda si, en tales casos,

se aplica el método debilitante. Conviene pues, en ellos, restablecer la transpiracion por medio de los estímulos, tanto como convenia solicitar esto mismo, por camino opuesto, en los achaques de forma contraria. En otra ocasion tratarémos mas ampliamente esta materia, haciendo ver á nuestros lectores inteligentes lo mucho que han errado los hombres mas sabios que han escrito sobre ella de mas de un siglo á esta parte. Sigamos ahora nuestra curacion general.

Quando uno que ha pasado las épocas primeras de su vida con un trato regalado, comienza á ser parco en su edad avanzada, aunque parezca que conserva alguna abundancia de humores, y tambien algun vigor, no por eso se ha de juzgar luego, como lo hace el vulgo de los médicos, que semejante hombre está pletórico, ó que su vigor es excesivo; sí solo que por el contrario debe presumirse camina á la

debilidad, ó que está implicado en ella, tanto mas directa, quanto si, acostumbrado ántes á las lesiones demasiado roborantes, de cuyo número son los alimentos muy nutritivos, se hubiere reducido despues á los que debilitan directamente. En tal caso, no debe este enfermo tratarse con el método debilitante ó antiflogístico, porque con él se le aumentaría la debilidad directa; ni tampoco se deberá emplear el muy estimulante, por el peligro de aumentar la indirecta, que por lo regular es una causa parcial de las enfermedades de los ancianos. Estos requieren un tratamiento medio, que es el que vulgarmente se llama tónico.

No es esto decir que estén del todo exêntas las personas de edad provecta, que han comido y bebido bien en los tiempos anteriores de caer en las enfermedades esténicas, y que no se deben curar entónces disminuyéndoles aquel vigor excedente.

Sucederá esto quando no hayan suprimido alguna parte de los alimentos muy nutritivos, ó sea muy reciente la rebaxa que han hecho de ellos; lo que debe exâminar con mucho cuidado el médico que se encargue de su curacion.

No pueden ser pletóricos mas de aquellos que tengan mucha sangre: no pueden tener mucha sangre mas de aquellos en quienes se elabore en abundancia: no puede elaborarse esta grande cantidad quando no hay bastante material de que se forme; ni este material, que es el quilo, puede abundar en donde no sean vigorosas las fuerzas digestivas; ni pueden serlo estas mas de en conseqüencia del vigor uniforme de todo el sistema: reglas que deben tenerse muy presentes para saber los casos en que es oportuna ó perjudicial la sangría. Nos creemos obligados á inculcar mucho estos principios; porque diariamente observamos el torpe abuso que por

costumbre, por capricho, ó por preocupacion, se hace del debilitante mas poderoso, aun para tratar á las personas decididamente débiles. Se derrama mas sangre en un monasterio de religiosas histéricas muy mal nutridas, que en un quartel de soldados, sin poderse alegar otra razon, que la costumbre y el exemplo de nuestros antepasados, que nos parece un sacrilegio ponernos á exâminar en el crisol del buen juicio.

Si ningun médico puede negarnos que las condiciones que acabamos de exponer son necesarias para la superabundante elaboracion de la sangre, ¿no deberán convenir tambien en que esto solo puede verificarse en la época, en los sugetos y en las circustanncias en que sea mas grande el vigor? Si el que en su edad consistente, comiendo buenos manjares y bebiendo licores generosos, no fué pletórico, ¿habrá razon para que quando la vejez ha debili-

tado sus órganos digestivos; quando se ha substraido una porcion muy considerable de los alimentos, tenga mayor cantidad de sangre que quando sucedia todo lo contrario? Tan absurdo sería el imaginarlo, como creer que haría mayor numero de varas de tela un texedor quando tuviera ménos material para formarlas. La sanguificacion es hija de la digestion, y esta lo es del vigor. Las personas inapetentes; las muy parcas en el comer; las tardas en digerir, nunca pueden ser pletóricas; y en ellas siempre será muy mal ordenada la sangría.

Las mas de las mugeres, los mal nutridos, los mal estimulados, los que tienen muy endebles las partes sólidas de su cuerpo, los muy acostumbrados á refrescarse y humedecerse por bebidas, por lavativas, por baños, ó por qualquiera otro medio, todos estos, así por las lesiones antecedentes, como por el método cura-

tivo vulgar, son victimas de la debilidad directa si no se procuran estimular gradualmente.

La debilidad indirecta domina en las personas de edad avanzada, en las muy nutridas, y muy estimuladas; y esto tanto mas, quanto mas largo haya sido el tiempo que se hayan estimulado: en las que anteriormente eran de hábito obeso y robusto: en las que se hayan calentando extremadamente con sudor, ó sin él, ó de qualquiera otro modo: y generalmente, en todas aquellas cuyo vigor primitivo se ha convertido en languidez, sea en fuerza de las lesiones ordinarias, ó por un método curativo inadequado.

Estas prevenciones, deben gobernar en todo evento al médico juicioso; por que arreglando conforme á ellas su plan, será muy dificil que dexe de curar las enfermedades que admitan todavía reparo, ó que dexe de conocer las que son irreme-

diables. A un niño no se ha de curar como á un anciano; ni á un sóbrio literato como al cochero bebedor. La corpulenta Andrómaca era ménos robusta que su esforzado marido; las monjas son mas débiles que las fruteras; y unas y otras lo son mas que los soldados; y entre los soldados mismos hay notable diferencia, comparando al hachero de Valladolid ó de Toluca, con el miliciano de México ó de Puebla. Importa mucho exâminar las circunstancias individuales, para saber el grado de vigor que debe tener cada sugeto. En un niño que está mamando no dá cuidado la impotencia para la generacion, como tampoco tememos en la boca del viejo desdentado la salida de los colmillos. Cada edad, cada sexô y cada habituacion de vida tiene su respectivo grado de exîstencia cómoda, y es necesario conocer este grado para conservarlo ó mexorarlo. En las enfermedades esténicas de que pueden

ser atacados todos los sexôs y todas las edades, es preciso tener consideracion á lo uno y á lo otro, para disminuir la excitacion aumentada hasta reponerla en los límites correspondientes á aquel individuo. Las asténicas son mucho mas numerosas, y presentan en su tratamiento mayores dificultades á los que no exâminan su naturaleza con la circunspeccion que hemos dicho.

Quando se trate de curar una debilidad indirecta en qualquier grado que se halle, sea la que fuere la magnitud del estímulo que la hubiere causado, no debe olvidar el médico, que su primer encargo es conservar la porcion de vida que ha quedado; y que siendo esta inseparable de la excitacion, debe emplear sus conatos en sostenerla, por lo ménos en los términos que la encuentre, y ver si puede reducirla á su órden saludable por los medios que la misma naturaleza nos ha enseñado. He-

mos repetido muchas veces, que nunca camina ella á saltos, sí solo por un órden constantemente gradual; y esta advertencia debe tenerse muy presente para aplicar los auxîlios oportunos y de un modo oportuno á qualquiera debilidad.

La excitacion en la debilidad indirecta es el resultado de las sumas desiguales del estímulo ó estímulos excedentes, y de la excitabilidad deficiente. Querer igualar instantaneamente estas sumas, sería una temeridad. Deben seguirse los pasos lentos de la naturaleza, é imitarse su operacion eficaz aunque paulatina. El remedio que hubiere de emplearse para curar el daño que hizo un estímulo excesivo, debe ser un estimulante de fuerza un poco inferior por su cantidad ó por su naturaleza, al que produxo aquel achaque; porque empleado éste, rebaxa muy poco la excitacion exâltadísima, disminuida con su misma exâltacion, y se acumula en la balanza opues-

ta una porcion insensible de excitabilidad. El auxîlio que siga á este primero, debe ser un poco ménos estimulante que el que le antecedio; y por este órden deberan aplicarse los ulteriores, rebaxando siempre su fuerza hasta que desaparezca la enfermedad. A proporcion que el estímulo se va disminuyendo, se va acumulando la excitabilidad; y manejando el caso con el tino que las circunstancias demandan, se repondrá la excitacion á sus justos límites, restaurada tanta excitabilidad quanto estímulo excedente se haya substraido. Este método nos ha producido efectos maravillosos en la curacion de los ébrios, que casi perpetuamente se desgraciaban ántes de haber nosotros establecido el plan que acabamos de exponer.

Quando la enfermedad que procede de la debilidad indirecta, se ha originado del exceso de un solo estímulo, la gradual disminucion de éste, ó de otro equivalente,

completará la curacion; pero quando han sido muchos los que la han producido, deben ser tambien muchos los que se empleen para combatirla, guardando siempre el mismo órden que hemos propuesto, porque la razon es la misma. En uno y en otro caso dicta la prudencia que descendamos desde el exceso nocivo hasta la medianía saludable. Llegando á este punto, no habrá inconveniente en tratar con un poco de indulgencia á los que una larga habituacion ha hecho casi indispensable el uso de algunos estímulos, que no son en realidad naturales, sí solo fruto ordinario de los apetitos, y algunas veces de la necesidad. Así al que está acostumbrado á las bebidas fermentadas ó espirituosas, se le podrá permitir el uso de ellas en la convalescencia, como asímismo el de algunas salsas estimulantes á los que sienten decaer el apetito por su falta. El chile es de un uso muy general entre los mas de los habitantes de

las Américas: su total proscripcion sería muy imprudente; y no lo sería ménos la permision ilimitada de él. Todos los que padecen debilidad en el canal alimentario, necesitan auxîlios estimulantes; y solo quando se han tratado con ellos los gotosos, han visto durar ménos sus molestos paroxîsmos, ó retirarse del todo.

El efecto nocivo de un estímulo, qualquiera, debe combatirse primeramente con otro estímulo que le sea semejante, y solo se distinga de él en un grado muy remiso. El segundo debe asímismo diferenciarse solo en un poco ménos de magnitud respecto del primero, y así sucesivamente, hasta que por esta escala descendente, pero compuesta de gradas que se han de baxar una á una, lleguemos al nivel de la salud. Debe siempre comenzarse por los estímulos mas violentos y mas difusibles; por aquellos que desecha la constitucion sana; y caminar á pasos sucesivos á los de índo-

le mas blanda, hasta ponernos en los de operacion mas diuturna y mas idóneos á la naturaleza, para pasar de ellos á los acostumbrados y naturales. Todo es armónico aquí; y como el músico necesita un oido acostumbrado á la dulce consonancia, así el médico requiere un talento que perciba en las obras de la naturaleza la música que Pitágoras percibia, y que percibió el inspirado Profeta que nos dexó dicho: que todas las obras del Altísimo tenian su número, su peso, y su medida. Quatro cuerdas no mas tiene el biolin, y ningun traste: el que no sabe manejarlo, lastíma el oido con sus broncos rechinidos y su falta de melodía; pero en las manos de Lúlli lo encanta con su dulzura. Toquen este instrumento los músicos inteligentes, y no los vihuelistas del xarabe. Exerzan la Médicina los médicos sabios, y no los que nacieron sin vocacion para ella: *Diis iratis genioque maligno.*

Suelen estos últimos, ignorando la suave armonía de la naturaleza, instituir curaciones debilitantes en las enfermedades que proceden de la debilidad indirecta; y el mas sabio entre ellos piensa escudarse con el *contraria contrariis curantur*, que necesita mucha inteligencia para saberse aplicar. No hay disparate mas grande ni error mas pernicioso que pretender curar una debilidad con otra, y un grado de ella con otro grado de la de su género. A todas horas vemos sus yerros, aunque su espíritu caprichudo se esfuerze á ocultar sus desaciertos alucinando á los incautos. Ninguno ha curado la gota, aunque todos han hecho mil raciocinios sobre ella, despreciables para qualquiera hombre sensato. La naturaleza no se gobierna por nuestra loca imaginacion, sí solo por sus leyes invariables, propias de la infinita sabiduría de su Autor. ¡O médicos! Espiadla; trabajad por sorprenderla en su

laborío; imitad á Neutón analisando con un prisma el cuerpo de la luz: imitad á Priestley, encarcelando los gases: imitad á Spallanzani, averiguando con sus tubos y sus esferas oradadas el gran misterio de la digestion, sobre la qual no habiais producido vosotros mas que hipótesis y opiniones antojadizas.

Todo lo que debilite de un modo directo, solo tiene lugar quando el estado de la salud se halla en la tendencia á la debilidad indirecta; porque entónces pueden contribuir estos auxîlios para restablecer la excitacion á su debido tono. El baño frio, la parsimónia en los alimentos, la bebida puramente aquosa, ó de los cocimientos de malvas, de altea, de flores de sauco, &c., solo convienen para la tendencia á la debilidad indirecta, y de ninguna manera quando ya exîste esta debilidad. Lo propio decimos de las sangrías y de las purgas. Solo en los casos esténicos tienen

lugar estos remedios. A una excitacion que se ha propasado 25 grados de los 40, es claro que no le faltan mas de 5 para llegar á la asténia indirecta, y que solo puede evitarse este peligro disminuyendo en otra tanta cantidad los estímulos que por su vigor ó por su continuacion pueden causarlo. Los medicamentos debilitantes solo tienen pues, lugar entre los 40 y los 70 grados, que es en donde se hallan las enfermedades de excitacion aumentada. Superados estos límites, entra la debilidad indirecta, que conduce rápidamente á la muerte, si no se aplican con suma prontitud los estimulantes mas poderosos en el órden que hemos dicho. Todos los médicos han conocido siempre esta necesidad: los mas sangradores han embaynado sus lancetas hasta en la pulmonía y la pleuresía, quando el sumo abatimiento de las fuerzas, el pulso pequeño, vacio y acelerado, los sudores pegajosos, &c., les han in-

dicado la debilidad extremada del paciente. Ninguno ha pensado en este caso administrar purgas ni baños frios, ni emplear las bebidas frescas. Todos han apelado á los que llaman cordiales; aunque muy raros y muy pocas veces han sido los profesores felices en su eleccion, y mucho ménos en su legítima administracion.

La debilidad directa requiere un tratamiento diametralmente opuesto al que acabamos de exponer; porque consistiendo en una acumulacion de excitabilidad, proporcional á la falta de uno ó de muchos estímulos, no puede la excitacion elevarse al grado de la salud sin la aplicacion de estos, manejada con la circunspeccion mas escrupulosa. Debe pues, comenzarse por los mas pequeños; irse aumentando por grados casi imperceptibles; pero sucediendo los segundos ántes que fenezca la accion de los primeros, y continuando en este aumento gradual hasta haberse

consumido por fin la viciosa superabundancia de la excitabilidad, y restablecídose la salud. Quanto mas grande sea la debilidad, mas pequeño deberá ser el estímulo que se aplique; porque, como hemos dicho, estando muy acumulado aquel principio de la vida, qualquier estímulo que no sea tan remiso como debe ser, lo saturará, é inducirá la astenia indirecta. Conforme se va gastando la excitabilidad, va sufriendo estímulos mayores; á la manera que el carbon no admite mas que un soplo muy suave, quando solo tiene una ú otra chispa que pretendemos animar, y los va admitiendo mayores quanto mas se va penetrando del fuego.

Quando la debilidad directa ha resultado de la falta de un estímulo solamente, bastará para curarla la simple restitucion de éste, con la lentitud gradual que dexamos prevenida; pero si el mal ha venido de la falta de muchos, deben emplearse

todos ellos con la misma circunspeccion, hasta restablecer en uno y en otro caso la excitacion saludable. Así es, que, al que desfallece únicamente por haber estado expuesto á un frio excesivo, no debe ordenársele otra cosa que la gradual restitucion del calorico que le faltaba; pero si su desfallecimiento proviene á un tiempo mismo de esta causa, de la sed y de la hambre, nada se hará con solo calentarlo, si juntamente no se procura irle ministrando poco á poco el alimento y la bebida, aumentando, como hemos ya dicho, por grados los estímulos deficientes, hasta llegar al término de la salud.

Debe cuidarse mucho de no emplear en los casos de una debilidad directa, hallese en el grado que se hallare, aquellos medios que puedan debilitar directa o indirectamente; porque choca á la recta razon querer apagar un incendio aumentando el fuego, ó vaciar un poco echáandole

mas agua. Un debilitante siempre debilita, y si se aplica á uno que ya está débil, no habrá hombre tan estólido que no conozca que le aumentará su debilidad: á la manera que qualquiera echa de ver, que si al que tiene por todo caudál 5 ó 6 p, se le quitan 2 ó 3, es preciso que quede mas pobre, y que apénas le alcance su pequeño resto para subsistir algunos dias, si no hay facilidad para surtirse de otro nuevo.

Las sangrías, los vomitorios, las purgas, los refrescos por baños, ó por bebidas, el alimento vegetal, &c., son perniciosísimos en todas las enfermedades que provienen de debilidad directa, por mas que nuestros doctores quieran sancionarlos con el peso de su práctica y de su autoridad. Esta debe fundarse en la razon, y aquella ser armónica y sensata. Si alguna vez notan alivios en las enfermedades asténicas, despues de haber empleado alguno ó algunos de sus debilitantes favoritos, de-

ben saber nuestros lectores que, ó inmediatamente, ó poco despues, y no raras veces, simultáneamente han echado mano de los tónicos y fortificantes. El mismo Sydenham daba un vomitorio por la mañana, y un paregórico por la tarde. El dia que nuestros médicos mandan una purga, hacen preparar tambien el mejor puchero: aconsejan de ordinario, que se tome una taza de caldo, ó una copa de vino poco ántes de executar la sangría. Si esto no es querer ajustar lo quadrado con lo redondo, preguntamos ¿ que será ?

No nos aleguen pues, una práctica que nunca ha sido uniforme, y que por lo mismo no puede asegurar á sus autores, por inexâctos que sean en sus raciocinios, de la causa verdadera á que pueden atribuirse sus resultados quando han sido felices. Médicos hemos visto, que sangraron ayer, y hoy ordenaron quina, éter, agua carbónica alcanforada, y otros remedios

semejantes. Si el enfermo sana, ¿ qué razon será capaz de persuadir á nadie que se debe á las sangrías un restablecimiento que no se consiguió hasta despues de haber planteado un método opuesto diametralmente al primero? ¿ Será posible que solo en la Medicina sea inútil la lógica, que se ha reputado necesaria para el estudio de las otras ciencias?

Las enfermedades que provienen de debilidad directa no pueden curarse mas que con remedios estimulantes, administrados y dirigidos por la mano inteligente del profesor, que sabe observar bien y aplicar debidamente el fruto de sus observaciones. Estos estan en mas aptitud para socorrer las miserias del género humano en lo relativo á sus achaques, que los que nunca han sabido una palabra de Medicina; que los presuntuosos que se vanagloríán de saber mucho, sin embargo de que así en sus ideas teóricas, como en su exer-

cicio clínico, nos dan pruebas demostrativas de su absoluta falta de raciocinio y talento de observacion.

Aunque hemos dicho que la curacion estimulante es la única que conviene en las enfermedades de que vamos tratando, no damos por esto ensanchas á la temeridad de los ignorantes para que se atrevan á emplearla sin discrecion. Es ya ocioso repetir que no debe abusarse de los estímulos en su eleccion, ni en su cantidad, ni en el tiempo de su administracion; porque hay gravísimo riesgo de que un médico imprudente, queriendo evitar los escollos de Scila, estrelle su barco en los de Caribdis. Una curacion muy estimulante, administrada inoportunamente, conducirá á pasos rápidos á la debilidad indirecta, que hará mas peligrosa la situacion del enfermo, abriendo la otra puerta de la muerte.

Todos nuestros lectores convendrán

en la exâctitud de las doctrînas que hemos propuesto hasta aquí; y acabarán de convencerse de la diversa curacion que requieren las enfermedades que vienen de un aumento de vigor, y las que resultan de la falta de él, haciéndoles reflexîonar sobre los distintos medios con que se calma la sed, segun el orígen que tiene. La que reconoce por causa la debilidad, crece con las bebidas frias, y aumenta todos los otros síntomas destruidores. Una bebida espirituosa la serena con prontitud; y por el contrario, quando viene de un aumento preternatural de las fuerzas, se exâcerba con este género de bebidas, y se mitiga, y aún se extingue con las que en el caso opuesto eran dañosas.

Supuesto pues, que unas mismas potencias son las productoras de todos los fenómenos de la vida, que quando obran de un modo proporcionado, producen la salud; que son causa de las enfermedades,

quando su operacion es mayor ó menor de lo justo, y que la sabia y prudente aplicacion de estas potencias mismas, es la que sirve de remedio contra todas las enfermedades; debe tenerse por una regla inviolable en la práctica, el no convertir una diátesis en otra, por una imprudencia y necedad digna de la exêcracion de todos los hombres.

FIN DEL PRIMER TOMO.



LISTA DE LOS S ÑORES SUBS-
CRITORES Á ESTA OBRA.

Br. D. Joseph *Acosta.*
D. Ramon Francisco de *Aguilar.*
D. Francisco *Alanis.*
Lic. D. Ignacio *Aldama.*
D. Joseph Mariano *Almansa.*
D. Joseph Maria *Amable.*
D. Bartolomé *Andrade.*
D. Francisco Xavier *Angulo.*
D. Mariano *Anzures.*
Br. D. Rafael *Aragon.*
R. P. Fr. Gabriel Francisco de *Ares, por* 2.
D. Juan Joseph *Arespacochea.*
D. Francisco *Arruti.*
D. Juan Manuel *Asorrey.*
Capitan D. Juan *Avercromby.*
Br. D. Joseph *Avila.*
D. Joseph Donato *Austria.*
D. Joseph *Ayarzagoytia.*
D. Ignacio *Azevedo.*
D. Pedro *Bacelár.*
D. Sebastian *Barceló.*

D. Juan Antonio de *Barcena.*
Br. D. Joseph Gil *Barragan.*
D. Joseph Francisco de la *Barreda.*
Br. D. Joseph *Barrientos.*
Sr. Dr. y Mtrô. D. Joseph Maria del *Barrio.*
D. Diego *Basconselos.*
D. Pedro *Berasueta*, *por* 2.
Illmô. Sr. Dr. D. Antonio *Bergosa*, *por* 2.
Lic. D. Indalecio *Bernal.*
Br. D. Manuel Maria *Bernal.*
D. Bernardino *Besga.*
D. Joseph *Blanco.*
D. Antonio *Cal.*
D. Nicolás *Calera.*
Sr. Coronel D. Narciso Maria de la *Canal.*
R. P. Fr. Gerónimo *Caro.*
D. Joseph Florencio de *Castilla*, *por* 4.
D. Joachîn del *Castillo.*
D. Vicente *Cervantes.*
D. Mariano *Chanin.*
Lic. D. Diego Narciso de *Chaves.*
D. Bentura *Cingunegui.*
D. Roberto *Claberol.*
Lic. D. Fernando *Concha.*

Sr. *Conde de la Valenciana.*
Lic. D. Francisco *Copil.*
R. P. Fr. Francisco *Cordon.*
D. Juan Manuel del *Cotarro.*
Br. D. Francisco de la *Cuesta.*
D. Juan de la *Cueva.*
D. Antonio *Cumulát.*
D. Joseph Antonio *Delgado.*
Br. D. Miguel *Diaz* Chacón.
D. Antonio *Diaz* de Corbera, *por* 2.
R. P. Fr. Joseph Angel *Dorrego.*
Sr. Coronel D. Manuel de *Espinosa.*
D. Manuel Joseph *Fariña.*
D. Manuel de *Faya.*
Dr. D. Agustin Pomposo *Fernandez* de S. Salvador.
Br. D. Joseph *Fernandez* Viveros.
D. Juan Joseph *Fernandez* de Lara, *por* 4.
D. Juan de *Figueroa*, *por* 6.
Sr. Intendente D. Manuel de *Flon.*
Br. D. Manuel *Flores.*
D. Manuel *Flores.*
D. Antonio *Flores.*
D. Manuel *Fuente* y Alarcon.

D. Marcelino de las *Fuentes.*
D. Victorino de las *Fuentes.*
D. Francisco *Fugairon.*
Lic. D. Ignacio *Galiano.*
Sr. Dr. D. Juan Joseph *Gamboa.*
D. Joseph *Gandara* Salgueiro.
D. Ignacio *Garcés.*
D. Julian *Garcia.*
D. Vicente *Garcia.*
Capitan D. Joseph *Garcia.*
Capitan D. Pedro *Garcia* Arista, *por* 2.
D. Mariano *Garcia* Diego.
D. Joseph *Garcia* Figueroa.
D. Joseph Domingo *Garcia* Figueroa.
Dr. y Mtrô. D. Joseph *Garcia* Jove.
D. Mariano *Garcia* de la Torre.
D. Francisco *Garcia* Ximenez.
D. Felix *Garda* y Ferraris.
D. Antonio *Gil.*
Dr. D. Joseph Rafael *Gil* de Leon.
D. Francisco *Giles.*
Sr. Dr. y M. D. Pedro *Gomez* de la Cortina.
D. Joseph Felipe *Gomez* de Castro.
D. Sebastian *Gomez* Moron, *por* 2.

Sr. Dr. D. Joseph Maria *Gomez* Villaseñor.
Sr. D. Ciriaco *Gonzalez* Carbajal.
D. Juan Florentin *Gonzalez.*
Dr D Pedro *Gonzalez.*
R. P. Fr. Manuel *Gorjon.*
Br. D. Manuel *Gorriño.*
D. Bernardo Rafael de *Goytia.*
Lic. D. Joseph Mariano *Guadalaxara.*
D. Joseph Antonio *Guadalaxara.*
D. Joseph *Guerrero* y Cervantes, *por* 3.
D. Jayme *Gursa.*
D. Pedro Antonio *Gutierrez.*
D. Joseph *Gutierrez* y Cervantes.
D. Manuel *Gutierrez* Solana.
Teniente Coronel D. Simon de *Herrera*, *por* 2.
D. Pedro *Herrera.*
D. Joseph Maria *Herrera.*
Dr. D. Francisco *Hernandez.*
Dr. D. Joseph Joachîn *Hidalgo* Costilla, *por* 2.
D. Manuel *Horcasitas.*
D. Joseph Zenon *Ibarra.*
D. Manuel *Ladron* de Guevara.

D. Antonio Ramon de *Landa*, *por* 2.
D. Manuel *Lanuza*.
Lic. D. Joseph Maria de *Larriba* y Rada, *por* 2.
D. Francisco *Layseca*.
Lic. D. Joseph Maria *Lebrija*.
Dr. D. Manuel *Lopez*.
D. Joseph Maria *Lopez* Roman.
Br. D. Manuel *Luna*.
D. Joseph Cesareo de *Luxa*.
D. Manuel *Machinena*.
D. Juan *Madrid* de Quiñones.
D. Joachîn *Maniau*.
D. Francisco *Maniau* y Torquemada.
Sr. *Mariscal de Castilla*, *por* 2.
Sr. *Marqués de San Juan de Rayas*.
Sr. *Marqués de Uluapa*.
D. Joseph de *Mata*.
D. Ramon *Mendez*.
Lic. D. Mariano *Mendiola*.
D. Joseph Joachîn *Mendoza*.
D. Joseph Maria *Migoni*.
D. Juan *Migoni*.
Lic. D. Joseph Maria *Monroy*.

D. Joseph *Montaño.*
P. Dr. D. Matias *Monteagudo.*
D. Francisco *Montes* y Guzman.
D. Joseph Antonio *Montoya.*
D. Tomas *Murfi, por* 2.
D. Mateo Lorenzo *Murphi.*
D. Cayetano *Muns.*
D. Ignacio *Navarro.*
Lic. D. Joseph Antonio *Noriega.*
D. Mariano Joseph de *Noriega.*
D. Joseph de Jesus *Noriega.*
D. Pedro *Ochoa.*
D. Jorge *Ojeda.*
Sr. D. Joseph Ignacio *Olvera, por* 6.
D. Juan *Otero.*
D. Ignacio *Otero.*
D. Sebastian *Ortiz.*
Lic. D. Ignacio *Ortiz.*
D. Joachîn *Paulieri.*
R. P. Mtrô. Fr. Miguel *Pensado.*
Lic. D. Miguel de la *Peñaranda.*
Dr. D. Florencio *Perez* Comoto.
D. Marcos *Perez* Marañon.
D. Joseph *Perez* Soriano, *por* 2.

Dr. D. Estevan *Perez* Ximenez.
Br. D. Francisco Felix *Perusquia.*
D. Joseph Ignacio *Puente.*
D. Angel Pedro *Puyade.*
D. Francisco *Puy* y Ochoa.
D. Francisco *Quintanilla.*
D. Francisco *Quiñones.*
D. Agustin de *Quiroga.*
D. Joseph *Quixano.*
D. Francisco *Quixano.*
D. Joseph Crecencio *Ramirez.*
Lic. D. Joseph *Retana.*
D. Juan *Rios. por* 2.
Br. D. Maximo de *Rivera.*
D. Joseph Ignacio *Rodriguez* Alconedo. *por* 2.
Lic. D. Francisco Xavier *Rodriguez* Barquero.
R. P. Fr. Joseph *Roldan.*
Br. D. Mariano *Ruiz* Calado.
D. Alonso *Ruvalcaba.*
Dr. D. Juan *Salvador.*
D. Joseph *Sanchez* Hidalgo.
D. Vicente *Sedano.*

D. Francisco *Selma.*
D. Manuel Ramon de *Sierra.*
D. Luis *Soto mayor.*
D. Agustin *Suarez* Peredo.
Br. D. Christobal *Tamaris.*
D. Joseph Maria *Tamaris* y Lon.
D. Pedro *Tames.*
D. Andres *Tertiles.*
D. Felipe *Teruel.*
R. P. Lector Fr. Simon de la *Torre.*
D. Joseph *Torrentegui.*
Sr. Dr. D. Pedro *Valencia.*
D. Pedro *Valois.*
Lic. D. Joseph Felipe *Vazquez.*
D. Joseph *Vazquez.*
D. Felipe *Vergara.*
D. Tomas del *Villar.*
D. Felipe *Villar* Gutierrez.
Sr. Dr. D. Ciro *Villaurrutia.*
D. Nicolas de *Vitorica.*
D. Miguel Maria *Ximenez.*
D. Joseph *Ximenez* de Cisneros, *por* 3.
D. Ramon *Ximenez* del Guante.
D. Manuel Maria de *Yturraran.*

D. Ignacio *Zaldivar.*
D. Antonio de *Zaldua.*
D. Joseph *Zavaleta.*
Br. D. Joseph Maria *Zelaa* é Hidalgo, *por* 3.
D. Juan Joseph *Zuazola.*
Lic. D. Dionisio Joseph de *Zuniga.*



CLASIFICACION DE LAS ENFERMEDADES SEGUN EL SISTEMA DEL Dr. JUAN BROWN.

Excitabilidad.		*Muerte.*	*Estimulos.*		*Estado del excitament.*	*Potencias que varian el estado del excitamento.*	*Efecto de la alteracion del excitamento.*	*Indicacion curativa.*	*Grado de estimulos que se ha de aplicar.*	
O V. X.	1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10.	*Máxima estenía.* III. *Debilidad indirecta.*	79. 78. 77. 76. 75. 74. 73. 72. 71. 70.	LXXX. LXXV. LXX.	Excitamento disminuido. Debilidad indirecta.	Excitabilidad que va á oprimirse, y aun á extinguirse del todo en fuerza de la accion de los estimulos excesivos.	XI. Torpeza universal por todo el sistema. X. Torpeza en una parte de la maquina.	El método curativo consiste en levantar el excitamento con fuertes estimulantes, tanto difusibles como permanentes. Pero se debe tener cuidado de que el grado de los estimulos administrados no exceda aquel que ha inducido la debilidad indirecta.	50 45 40 35 30 25	*Descenso progresivo de los estímulos.*
XV. XX.	11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20.	*Violenta estenía.* II. *Estado esténico.*	69. 68. 67. 66. 65. 64. 63. 62. 61. 60.	LXV. LX.	Excitamento sumo y máximo.	Las mismas potencias estimulantes que obran con mayor energía de la que se requiere; pero menor de la que corresponde al punto que causa la debilidad indirecta.	III. Afecciones con pirexia é inflamacion en una parte del cuerpo, consistiendo en flegmasias, y exántemas graves. II. Afecciones flogísticas con flegmasia y pirexia sin inflamacion parcial.	La principal indicacion consiste en disminuir el excitamento aumentado, lo que se consigue con la detraccion de los estimulos violentos, y permitiendo solamente que subsista la accion de los pequeños, o disminuyendolos en gran parte por medio de las sangrías, purgantes, dieta rigurosa, quietud del alma, frio &c.	20 19 18 17 16 15 14 13 12 11	*Detraccion progresiva de los estímulos.*
XXV. XXX.	21. 22. 23. 24. 25. 26. 27 28. 29. 30.	*mediana estenía* I. *ó flogístico*	59. 58. 57. 56. 55. 54. 53. 52. 51. 50.	LV. L.	Excitamento algun poco aumentado.	Las mismas potencias nocivas que alteran el excitamento natural aumentándolo algun poco mas, no de modo que produzca un estado de estenía violenta. El excitamento pues es mayor que el que convendria para el verdadero estado de salud.	I. Estado esténico sin pirexia ni inflamacion.	Tambien conviene en este caso disminuir el excitamento; pero menos de lo que se ha expuesto antecedentemente, lo que se consigue con la detraccion de pocos estimulos.	10 9 8 7 6 5 4 3 2 1	
XXXV XL. XLV.	31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49.	*Predisposicion á las enfermedades estenicas* *Graduacion de la Salud.* *Predisposicion á las enfermedades astenicas*	49. 48. 47. 46. 45. 44. 43. 42. 41. 40. 39. 38. 37. 36. 35. 34. 33. 32. 31.	XLV. XL. XXXV.	Salud perfecta.	Las potencias ordinarias, alimentos, fluidos atmosféricos &c. sostienen el excitamento respectivo á la edad, constitucion &c. sin aumentarle ni disminuirle mas de lo justo.	Sobre el grado quadragésimo solamente tiene lugar la mas perfecta salud. Los grados de la escala desde el 30 al 50 indican la graduacion del excitamento, que de ordinario puede tener lugar; pues que en la grandisima diversidad de los estimulos naturales, como por exemplo del alimento, de las pasiones del alma, del movimiento, del calor &c., que ahora obran mas, ahora ménos, excitamento puede hallarse en el punto-medio, y por esto casi siempre está entre el grado 30 y 50.	En tal estado no se requiere algun estimulo artificial.		
L. LV. LX.	50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60.	*mediana astª.* I. *Estado astºº ó*	30. 29. 28. 27. 26. 25. 24. 23. 22. 21. 20.	XXX. XXV. XX.	Primera disminucion del excitamento y principio de la debilidad directa.	Detraccion progresiva de estímulos, como aumento de evacuaciones &c. Abuso de substancias, que aunque excitantes, no estimulan en el grado que conviene Potencias nocivas que disminuyen los estimulos necesarios á la salud, como algunos venenos, y tal vez algun contagio.	I. Debilidad leve, principalmente en los órganos de la digestion. II. Debilidad leve predominante en los órganos secretorios de la periferia del cuerpo (Impetigo) III. Debilidad de los órganos secretorios de diversas partes del cuerpo y de una parte del sistema linfatico; en consequencia secreciones aumentadas y mudadas. (Incontinencias y profluvios serosos, mocosos, lacteos, purulentos &c.)	Conviene aumentar el excitamento por grados, prescribiendo los mismos estimulos que son indicados en la debilidad indirecta. Pero debe empezarse por pequeños grados de estimulo, y aumentarlos sucesivamente.	1 2 3 4 5 6 7 8 9 10	*Aumento progresivo del estímulo.*
LXV. LXX.	61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70.	*Violenta astenía.* II. *antiflogistºº, y por con*	19. 18. 17. 16. 15. 14. 13. 12. 11. 10.	XV. X.	Grande diminucion de excitamento, y por consiguiente verdadera debilidad directa.	Diminucion grande de estímulos causada por el frio, hambre, alimento de mala calidad, temor, abatimiento, &c, o por una inmoderada evacuacion de sangre &c.	IV. Debilidad universal, especialmente predominante en los sistemas vasculares, por falta de partes nutritivas en la sangre. V. Debilidad universal, especialmente predominante en la extremidad de los vasos sanguineos de diversas partes del cuerpo. (Hemorragias) VI. Debilidad universal, especialmente predominante en los organos de la digestion, chilificacion &c. (Afecciones asténicas graves y violentas del ventriculo y canal intestinal.)	Convienen los notados grados de estimulo, con la misma precaucion de prescribirlos, *fracta dosi.*	11 12 13 14 15 16 17 18 19 20	
LXXV. LXXX.	71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80.	*Máxima astenía.* III. *siguiente debilid. direct.* *Muerte.*	9. 8. 7. 6. 5. 4. 3. 2. 1. 0.	V. O.	Diminucion maxima, y por ultimo total falta de excitamento: suma debilidad directa.	Gran falta, ó total detraccion de estimulos.	VII. Debilidad grave universal en toda la máquina. VIII. Debilidad grave universal en toda la máquina especialmente predominante en alguna parte. IX. Debilidad maxima universal efecto de algun contagio pestilencial.	Tambien se requiere aquí una prescripcion análoga de estimulantes en dosis muy pequeña.	21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 0	

